



NOSOTROS

¿Cual será la consecuencia más trascendental de la última guerra? (1)

I

1.—Si se acepta que la Gran Guerra ha asegurado a la humanidad contra los peligros de nuevas conflagraciones en el futuro, ese soló hecho tendría una consecuencia de la mayor trascendencia para la especie humana. Me refiero al cambio en las relaciones recíprocas entre el individuo y el estado.

2.—La amenaza de guerra bajo la cual ha vivido siempre la humanidad ha dado una fisonomía propia a la vida colectiva de los hombres. Si el factor “guerra” no hubiese intervenido nunca en la historia, es seguro que las agrupaciones humanas que llamamos naciones hubieran adoptado una forma diferente. Pero debido, precisamente, a la importancia decisiva de ese factor que ha acompañado siempre al hombre en su historia, las naciones no han sido en todo tiempo sino unidades beligerantes las cuales, aun en la paz, han buscado mantenerse en una condición de efíccia defensiva como protección contra agresiones exteriores que amenazaron perpetuamente la existencia de dichos grupos.

3.—La posibilidad permanente de tales agresiones sancio-

(1) Respuesta del autor a la encuesta levantada por el “Committee on the War and Religious Outlook” de los Estados Unidos.

nó desde temprano *el ideal nacional de eficiencia* y tal peligro hizo aceptable por parte del individuo la absorción de sus libertades por un gobierno central que en retribución garantizase un *statu quo* de paz y de tranquilidad o la victoria contra los enemigos posibles.

4.—La subordinación del individuo con respecto del estado quedó sancionada por un pacto implícito. La necesidad de conservación individual se ha identificado con la necesidad de conservación nacional; la defensa del individuo se alcanza por la defensa del grupo. El patriotismo vino así a ser un sentimiento convencional y necesario en que descansó la solidaridad de los individuos dentro del grupo a que pertenecían.

5.—Rigiendo la ley de fuerza en lo internacional, aquélla debió ser la suprema ley en lo nacional; trayendo ello una abdicación del albedrío individual que ha impedido el reinado más amplio de la libertad, aun en las naciones más eminentemente democráticas.

6.—Como consecuencia colateral, ese reconocimiento de la fuerza como suprema razón, exaltó las actividades del hombre sobre las de la mujer, dando a aquéllas indebida superioridad, y desarrollando desmesuradamente el tipo masculino de civilización.

7.—El ideal de eficiencia sancionó el principio de las castas y clases en la sociedad consolidando el dogma de la predestinación social que hacía posible la división del trabajo dentro del grupo.

8.—El dogmatismo político de la subordinación del individuo, hizo fácil y posible la aceptación del dogmatismo religioso; creó religiones y dioses que legitimaron la nobleza de las actividades guerreras sobre las meniales.

9.—Estos dogmas han afectado el fondo moral de los hombres, permitiendo que el *ideal de gloria*, (nacido para coonestar la expoliación del vencido) prime sobre *el ideal del hombre de bien*, incompatible con las supremas necesidades del grupo colectivo. De aquí que el Cristianismo, que proclamara este último ideal, chocara con gobiernos tan justos como los de Trajano y los Antoninos quienes al defender el paganismo defendían en realidad el fundamento de sus instituciones políticas y sociales.

10.—La moral inspirada en los conceptos sencillos de jus-

ticia predicados originariamente para el uso de gentes en posesión de su albedrío, fué incompatible con el ejercicio de la vida pública; razón por la cual el cristianismo se vió obligado a aceptar el doctrinarismo del estado y entrar en un compromiso que acabó por hacer sus finalidades, ceremonias y prácticas incompatibles también en cierto grado con esa moral sencilla originaria, sobre todo cuando el culto se vió precisado a buscar un apoyo en el estado.

11.—La subordinación del individuo al estado ha tenido por resultado substituir los valores esenciales humanos por valores ficticios derivados de la "temibilidad" con que inviste la representación del estado, cuyos derechos priman sobre los del individuo.

La investidura oficial da a los hombres un valor que se superpone al que procede de sus méritos intrínsecos. A menudo esos valores políticos nacen del ejercicio de las facultades humanas al servicio del doctrinarismo del estado en persecución del ideal de eficiencia, no siempre sinónimo del ideal de justicia. El panteón de los grandes hombres de la espada o de la pluma, así en la política como en la literatura y en el arte, está lleno de falsos héroes cuyos méritos repudia la conciencia individual libre de compromisos con un Estado temeroso de la agresión exterior.

12.—La relación del individuo con el estado ha afectado la finalidad de la educación. Esta ha sido un instrumento en manos del estado, de que se ha valido para realizar sus propios fines de eficiencia social y de consolidación del orden y de conservación de lo existente, más bien que como una oportunidad para ensanchar el radio de la libertad individual y acrecentar la eficiencia personal en prosecución de los propios fines del individuo. En este antagonismo se encierra el conflicto secular entre el ideal del educador y las finalidades educacionales puestas en evidencia por la práctica didáctica en todos los países del mundo.

13.—"Cultura" ha sido la suma de instrumentos espirituales de eficiencia nacional, más bien que la suma de virtudes personales en los componentes de un grupo social. En otro sentido, la cultura ha sido el signo con que el estado ha sancionado la diferencia de clases. Es así un instrumento de conservación de la estratificación social, como la alianza

entre el estado y el capital es un instrumento de fuerza y la alianza con la religión un instrumento de autoridad.

14.—Así como la investidura oficial da a los hombres un valor convencional, así también es inseparable de la vida política de las naciones el reconocimiento de jerarquías en los lugares geográficos de acuerdo con el rango que éstos ocupan en la división administrativa. La importancia ficticia que así adquieren ciertas zonas, afecta el libre juego de los factores económicos que dan a las regiones su importancia respectiva y atraen a ellas la población. Por otra parte una clasificación política del territorio atenta contra los sentimientos naturales de adhesión y lealtad del hombre para con el lugar de nacimiento, impidiendo que prospere un sano regionalismo.

15.—Consecuentemente, la democracia no está aun consumada y los revolucionarios del 76 y del 89 debieron necesariamente quedarse a mitad de camino, sin poder garantizar al pueblo el goce de un supremo derecho al gobierno local. Debieron fortalecer el grupo mayor de la nación y darle la suficiente cohesión para la resistencia o la agresión exterior, invistiendo a sus gobernantes con prerrogativas que llegaron hasta sofocar libertades locales preexistentes. La ficción democrática dió un vestido al viejo organismo estadual.

II

1.—La absoluta seguridad internacional reducirá considerablemente la necesidad de muchas de las atribuciones del estado y aflojará los vínculos del tácito pacto entre aquél y el individuo. Los derechos de este último acrecen a medida que los del estado pierden su autoridad.

2.—La abolición del servicio obligatorio será la primera de una serie de aboliciones de servicios y servidumbres que otrora fueron aceptados por el individuo, pero que perderán su justificación una vez desaparecido el peligro que aglutina los grupos en unidades predatorias o defensivas.

3.—Suprimido el fundamento de la solidaridad entre los grandes grupos en vastas zonas de territorio, con propósitos de agresión o defensa se robustecerán los vínculos de solidaridad entre los pequeños grupos cuyos individuos sienten las mismas

necesidades. Las poblaciones locales reivindicarán el derecho de darse su propio gobierno político, manteniendo bajo su control la administración de lo que concierne a la educación de los hijos o lo que afecta la vida, la salud el bienestar económico de los habitantes. Exigirán la autonomía en la imposición de gravámenes y la libertad en la aplicación de sus recursos económicos. Estas libertades sufrirán las limitaciones que las mismas poblaciones se impongan de acuerdo con nuevos pactos en cuya virtud se formen más extensos conglomerados políticos o económicos, cuyos componentes se despojen de ciertas atribuciones para lograr algún beneficio mediante la asociación; pero la característica de tales federaciones será su modalidad centrífuga, basada en la autonomía decreciente según se consideren grupos más y más complejos. Por otra parte, el carácter de tales pactos será contractual y económico más bien que obligatorio y político.

4.—Así como las concesiones a la libertad e iniciativa personal por parte de instituciones paternalistas (ejército, escuelas, cárceles, etc.), han liberado en el individuo una fuerza nueva cuya existencia no se sospechaba, así también el reconocimiento de la libertad regional y la abolición del paternalismo estadual liberará una fuerza nueva y pondrá en movimiento raudales de originalidad, iniciativa, sana emulación y desinteresada cooperación.

5.—El hombre será la fuente de todo derecho y de toda razón; no el estado; y para hacer que esos derechos no entren en conflicto o sean sacrificados en obsequio de fines demasiado remotos, las unidades políticas serán pequeñas, circunscritas a la zona en que un mismo ambiente fisico-económico imprime a los habitantes necesidades y aspiraciones semejantes.

6.—A la centralización social presente sucederá una descentralización social que radicará al hombre con el suelo, creará un civismo regional y una nueva cultura. Al dogmatismo político fuente de ese doctrinarismo que es una de las causas de la inquietud cultural de la hora presente, sucederá un pragmatismo práctico basado en la aceptación de los hechos y las costumbres y el reconocimiento de las diferencias individuales. El orden social dependerá más de las sanciones de la opinión pública en comunidades donde las relaciones de vecindad son estrechas

o íntimas—que de las abstracciones de la ley que pretende legislar en zonas dilatadas de espacio y de tiempo.

7.—La vida social será más intensa en la periferia que en el centro, y desaparecerán los actuales prestigios del metropolitanismo, con el decrecimiento fatal de las actividades políticas de centralización. La época que se inicia llevará a su crisis final el sistema parlamentario, puesto que será en ella posible hacer de la democracia una realidad, abjurando de sus símbolos aparatosos y superficiales. Los jefes de estado serán meros administradores de ciertos servicios generales.

8.—El socialismo salvará la crisis a que lo llevara la presente guerra, que puso en conflicto los postulados internacionalistas de la doctrina socialista y sus actividades que en realidad eran cooperadoras de la acción del estado. El socialismo encontrará su campo de acción en el gobierno comunal, asemejándose al tipo inglés actual y alejándose de las normas del socialismo francés y alemán.

9.—Al mismo tiempo que se producirá una como condensación del nacionalismo gracias a la intensificación de la vida política y social en los núcleos regionales soberanos, se producirá una expansión de la idea federativa hacia otros grupos más vastos que las actuales naciones; lo cual no es sino una consecuencia de la ventaja de llevar a su mayor límite posible la celebración de pactos entre los diferentes grupos humanos.

10.—El patriotismo será un sentimiento de lealtad al terruño que no excluirá la benevolencia para los demás grupos sociales. Desaparecida la superestructura que altera el valor de la acción humana haciendo del individuo un servidor de los fines agresivos del estado, la moral pública coincidirá con la moral privada. Las virtudes de la benevolencia, y hasta del sacrificio del propio interés serán posibles cuando los valores en juego no sean tan formidables como son hoy los que tienen en el tapete los gobiernos de los grandes grupos llamados naciones.

11.—Debilitado el dogmatismo político, templado el doctrinarismo por una aceptación más amplia de la realidad de la vida, la religión se hará menos dogmática, más tolerante con las interpretaciones individuales y más ansiosa por extender su servicio social entre los hombres. La religión cristiana y es-

pecialmente el catolicismo, podrá volver a las prácticas simples y directas de la religión cristiana primitiva.

12.—La educación será más cuestión del individuo que cuestión del estado. Su finalidad de eficiencia nacional y su rol de conservadora de la estratificación social dará paso a una función cualitativa, de perfeccionamiento del individuo, dando a éste la mayor autonomía en la elección de las vías culturales. Siendo la educación función de los pequeños grupos autónomos y soberanos, su gobierno vendrá a quedar en manos de aquéllos directamente afectados por su marcha, e interesados, por lo tanto, en su perfeccionamiento.

13.—La desvinculación del estado con respecto al gobierno de la universidad (en los países que todavía retienen el tipo napoleónico de universidades "nacionales") hará posible el reemplazo de la función puramente profesional por la función cultural, educativa y libre. Ello quitará la situación de privilegio de que gozan en esos países las carreras profesionales y las pondrá democráticamente en el mismo pie con las actividades comerciales e industriales, con inmensa ventaja para la democratización de la cultura.

14.—El ideal de eficiencia personal diversificará la cultura, al revés de lo que sucede con el ideal de eficiencia nacional, que tiende a unificarle dentro de normas féricas donde no cabe el respeto a la idiosincracia individual. No será pues un inconveniente sino, al contrario, un beneficio, la diversidad cultural nacida de las múltiples tendencias regionales en los grupos políticos autónomos.

15.—Privada del vano escenario en que hoy se exhibe a veces la cultura, ésta se redimirá en una finalidad mucho más noble de aplicación, de utilidad y de servicio. Despojada de los prestigios del estado, será cada vez menos un signo de clase y cada vez más un nivelador de las condiciones sociales. No siendo su finalidad la formación de una *élite*, sino el acrecentamiento del capital psíquico que cada cual aporta, todos los tipos de cultura serán igualmente nobles e importantes.

16.—No conduciendo a la prebenda que comporta la posesión de un título otorgado por el estado, la educación no será competitiva ni servidora del privilegio. La escuela se adaptará al individuo, no el individuo a la escuela. Sus métodos no serán selectivos. Todos tendrán derecho a una educación adapta-

da a sus capacidades, y la exclusión de este beneficio sólo podrá ser aceptable en el caso de seres decididamente anormales, los cuales, por otra parte tendrán derecho a una educación especial. En suma, la educación será un derecho; no el privilegio que resulta de ser un instrumento de eficiencia nacional en manos del estado.

17.—El reconocimiento de la autonomía regional restablecerá el equilibrio entre la población y el medio en que vive; hará cesar la situación de dependencia artificial e injusta de unas zonas respecto de otras; dignificará la vida provincial y rural; despertará una sana emulación regional que se traducirá en la ejecución de obras de utilidad y de ornato; provocará, en suma, un renacimiento del viejo esplendor regional sofocado por el advenimiento de las nacionalidades y la omnipotencia cesarista del estado, que absorbió las viejas libertades.

18.—La obra que iniciaron los republicanos del 76 y del 89 podrá así ser consumada. Porque la democracia no es completa si no se asienta sobre el reconocimiento de la soberanía local, último compromiso tolerable por la soberanía individual.

La participación del ciudadano en la elección de un presidente de república, de un miembro del Congreso o de un gobernador de provincia es más un símbolo de soberanía popular que una realidad práctica. En cambio, la participación del ciudadano en las normas de educación que reciben sus hijos, en el monto de los impuestos, en la inversión de los recursos públicos locales, en la protección de su salud y su vida, es lo que presta realidad e interés al ejercicio de su soberanía individual.

ERNESTO NELSON.

POESIA AMERICANA

Muchachas de provincia.

"Susana, ven;
tu amor quiero gozar..."
(LEHAR: "La Casta Susana").

Muchachas solteronas de provincia,
que los años hilvanan
leyendo folletines
y atisbando en balcones y ventanas...

Muchachas de provincia,
las de aguja y dedal, que no hacen nada,
sino tomar de noche
café con leche y dulce de papaya...

Muchachas de provincia,
que salen — si es que salen de la casa—
muy temprano a la iglesia,
con un andar doméstico de gansas...

Muchachas de provincia,
papandujas, etcétera, que cantan
melancólicamente
de sol a sol: — *Susana, ven... Susana...*

Pobres muchachas, pobres
muchachas tan inútiles y castas,
que hacen decir al Diablo,
con los brazos en cruz: — ¡Pobres muchachas!

Versos para ti.

Y, sin embargo, sé que te quejas.

BÉCQUER.

... Te quiero mucho. — Anoche, parado en una esquina,
te ví llegar... Y como si fuese un colegial,
temblé cual si me dieran sabrosa golosina...
— Yo estaba junto a un viejo farol municipal

Recuerdo los detalles, cualquier simple detalle
de aquel minuto: — como grotesco chimpancé,
la sombra de un mendigo bailaba por la calle,
gimió una puerta, un chico dió a un gato un puntapié...

Y tú pasaste... Y viendo que tú ni a mí volviste,
la luz de tu mirada jarifa como un sol,
me puse más que triste, tan hondamente triste,
que allí me dieron ganas de ahorcarme del farol...

Fabulita.

... Y aquel gran tigre cebado,
que con saña se comía
— de noche y a pleno día —
los burros de mi cercado,

se murió... Todo el ganado
solípedo le temía,
— cual teme la burguesía
la zarpa del potentado...

Tigre viejo, sabio y fuerte,
que a muchos asnos dió muerte
y se murió como en broma,

para que más de un jumento
clamase con sentimiento:
— ¡Murió como una paloma!

Se murió Casimiro...

*A muertos de mogollón
da de balde la parroquia...*

QUEVEDO.

Se murió Casimiro el campanero
de la iglesia rural. Y esta mañana
lo llevaron de prisa a un agujero,
con tres o cuatro dobles de campana...

Se lo llevaron bajo un aguacero,
definitivamente. — Y quedó Juana,
su sobrina, sin sol y sin alero,
— y tal como la bíblica manzana...

... Y es por esto hasta el último suspiro,
que tal vez apurase Casimiro,
con hez y todo, un cáliz de amargura,

si pensó que la lengua viperina
del sacristán, vituperase al cura,
— ¡pues la sobrina es toda una sobrina!

En tono menor.

A Teresita Alcalá, -| el año...

¡Qué tristeza más grande, qué tristeza infinita
de pensar muchas cosas!... ¡De pensar, de pensar!
De pensar, por ejemplo, que hoy tal vez, Teresita
Alcalá, tu recuerdo me recuerda otra edad...

Yo era niño, muy niño... Tú llegabas, viejita
cucaracha de iglesia, por la noche a mi hogar.
Te sacaba la lengua... Mi mamá, muy bonita
y muy dulce, te daba siempre un cacho de pan...

Tú eras medio chiflada... Yo te dí malos ratos
destrozando en tu casa, nido lleno de gatos,
cachivaches y chismes... ¡Oh, qué mala maldad!

Pero ya te moriste... Desde ha tiempo te lloro,
y, al llorarte, mis años infantiles añoro,
¡Teresita Alcalá, Teresita Alcalá!...

LUIS C. LOPEZ.

Cartagena (Colombia).

Caperucita roja.

Caperucita Roja, visitará a la abuela
que en el poblado próximo postra un extraño mal.
Caperucita Roja, la de guedeja rubia,
tiene también el pecho tierno como un panal.

A las primeras luces ya se ha puesto en camino
y va cruzando el bosque con su pasito audaz...
Sale al paso Maese Lobo de ojos diabólicos:
—Caperucita Roja, cuéntame a dónde vas.

Caperucita es cándida como los lirios blancos.
—Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un pastel
y un pucherito suave, que deslíe manteca.
¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada de él.

Y después, por el bosque discurriendo encantada,
recoge bayas rojas, corta ramas en flor
y se enamora de unas mariposas pintadas
que la hacen olvidarse del viaje del traidor.

El Lobo fabuloso de los blanqueados dientes
ha pasado ya el bosque, el molino, el alcor,
y golpea en la plácida puerta de la Abuelita
que le abre. A la niña le ha anunciado el traidor...

Ha tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quien la va a defender!
... Se la comió, sonriendo, sabia y pausadamente,
y se ha puesto en seguida las ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el Lobo: ¿Quién va?
La voz es ronca. Pero la Abuelita está enferma,
dice la niña, y luego: "De parte de mamá"

Caperucita ha entrado, olorosa de frutos.
Le tiemblan en las manos gajos de salvia en flor.
—"Deja los pastelillos. Ven a entibiarme el lecho".
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia, salen las orejas monstruosas.
"¿Por qué tan largas?", dice la niña, con temblor.
Y el velludo engañoso, abrazado a la niña:
"—¿Para qué son tan largas? Para escucharte, amor..."

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
"—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes ojos?
"—Corazoncito mío, para mirarte bien..."

Y el viejo Lobo ríe, y entre la boca negra,
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
"—Abuelita, decidme: ¿por qué esos grandes dientes?"
"—Corazoncito, para devorarte mejor..."

Ha arrollado el velludo, bajo sus pelos ásperos,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón,
y ha molido las carnes, y ha molido los huesos,
y ha exprimido como una cereza el corazón!

GABRIELA MISTRAL.

Punta Arenas (Chile).

A una poetisa.

Yo presentí tu lámpara encendida
en las antorchas de la inmensidad,
y me llegué a tu lado conmovida
y me anegué en tu dulce claridad.

Miedosa por las zarzas de mi sino,
mi alma hurafña la acerqué hasta tí.
Le tendiste la mano en el camino.
Por él mirando tu blancor seguí.

La nieve brilla y se descuelga y baña
este valle, pero tu plenitud
viene más alto que de la montaña...
¡Se azula el valle cuando cantas tú!

¡Ay de nosotros! Lo mejor te llevas.
Se va contigo la azul suavidad
de la luna y los lirios que nievas
cantando para el alma en soledad.

La luz de arriba que a tu mente afluye
sabe hacerla piedad tu corazón.
Tu mano está donde la dicha huye.
¡Tú las tristezas sabes cómo son!

Hoy nuestros ojos húmedos, mojados
estarán en tu ausencia. Hemos de hacer
que sientas como van desamparados
nuestros afectos al anoecer.

Y acaso, entonces, el rumor de tu paso
se oiga en la noche y se oiga tu emoción.
*"El valle, entonces, se dirá que canta
porque esta tierra fué tu corazón".*

Amiga mía, hermana de los tristes,
danos de tu tristeza en tu cristal,
y sufriremos como tú sufriste
para ir librándonos de todo mal.

Entre todas mis sombras...

Mi mustia primavera está sin rosas
 y el corazón se enferma de tristeza...
 Pasa el aliento vago de las cosas
 como ala hostil rozando mi cabeza...

¿Pensar?... ¿En qué pensar, si el pensamiento
 hecho trizas mis sienas martillea?...
 Busco piedad allá en el firmamento
 ¡Y tan alta la estrella centellea!...

Llamo al recuerdo del amor primero
 y el corazón solloza entristecido...
 ¡Surge la imagen del amor postrero,

del loco amor para mi mal nacido
 en la mañana de una primavera
 que entre todas mis sombras reverbera!...

Perdónale, Señor...

Porque iba ilusionado, perdónale, Señor...
 llevaba en sus pupilas sortilegios de luz...
 Porque iba ilusionado, perdónale, Señor...
 Si él me dejó sus rosas, ¿qué ha de pesar mi cruz?

Sus pétalos purpúreos deshojó en mi camino
 aquel amor que un día diáfano me encontró.
 Sus pétalos purpúreos deshojó en mi camino
 y una tarde brumosa de Otoño se alejó!

Por mi huerto florido pasó el amor cantando
 y el corazón amante lo llamó a descansar.
 Por mi huerto florido pasó el amor cantando
 y el alma—rosas, lirios—fué con él a vagar.

Cuando el amor cantaba su palabra dolida
 la noche era promesa de blanco amanecer.
 Cuando el amor cantaba su palabra dolida
 iba por dos caminos trémulos mi querer.

Porque iba ilusionado, perdónale, Señor...
 Fué una lámpara viva que alumbró mi vivir...
 Porque iba ilusionado, perdónale, Señor...
 ¡La lámpara apagada!... Amor, ¿a dónde ir?...

El puente.

Llego tímida hasta el puente,
 y sin pasarlo, medrosa,
 junto al agua rumorosa
 me detengo de repente.

Salta el agua transparente
 hasta mi espíritu rosa,
 y yo soy como una cosa
 que naufraga en la corriente.

Voluptuosidad, tristeza,
 anhelo infinito y mudo
 de vivir soñando y ser

luz, entusiasmo belleza...
 y al fin, solamente un nudo
 que se siente deshacer!

¡Y es buena la vida así!

En el meditar doliente
 de la tarde que se va,
 hay algo triste y silente
 que está en todo y que no está

en tí, no obstante mi empeño
 de hallarlo en tu corazón...
 Haz que despierte el ensueño
 repicando tu emoción.

La vida es mala, ¿verdad?
 Pues buena es la vida así;
 Sobre la fatalidad
 luz de arriba y desde aquí

humo de ensueño... Después
sobre una pena algún llanto...
Y así una vez y otra vez
alegría y desencanto...
¡Y es buena la vida así!

El pañuelo.

Para prolongar mi anhelo,
como ala rota en las peñas,
enredaré aquel pañuelo
con que tanto te hice señas.

El viento en él repitiendo
irá mi largo ensoñar,
cuando yo desvaneciéndome
ya me vaya sobre al mar.

Mi entusiasmo, mi ansiedad,
diré entonces, ¿cuáles son?
¿Dónde está mi amanecer

de quimera y de verdad?
Yo regué mi corazón...
¡Nadie lo vió florecer!

AIDA MORENO LAGOS.

Los Andes (Chile).

Resurrección.

Como un astro que en noche de procela
rasga el crespón de nubes tenebrosas
con viva espada de oro, y ancha estela
tiende sobre las aguas tormentosas,

así surgió en mis noches intranquilas;
y cual milagro que el dolor ensalma,
las abejas de luz de sus pupilas
hincáronme sus dardos en el alma.

La pureza ideal de sus primores
cubrió mi herido corazón de flores
y abrió a mis ojos su infinito azul;

y en un resurgimiento de alegrías
brotó el amor de las tristezas mías
como en las zarzas del Horeb la luz...

Garza blanca

En el mágico prisma de las ondas,
do invierten en estrías verde y lila
sus arabescos las floridas frondas,
inmóvil garza su esbeltez perfila.

Erecto el albo airón que al sol titila,
sigue en el seno de las linfas blondas
con el coral de la vivaz pupila
de ariscos peces las traviesas rondas.

Flor de mármol de Paros que florece
al borde de las aguas encantadas,
cuando el bosque en la siesta desfallece,

quizás con su visión turben su sueño
peces de oro de aletas irisadas
de los lagos azules del ensueño.

Diamantina.

Gota de sepia que en fragante vaso
de iridescente esencia se diluye,
tal del oriente al purpurino ocaso
la noche en ondas lúridas confluye.

Es hora de saudades, en que acaso
el turbio mar de la pasión refluye,
y, libre el alma, se depura al paso
que la altitud de su destino intuye...

En el confín hialino el agrio monte
enarca su perfil de mastodonte;
cruza el lago un temblor de terciopelo,

y en creciente la luna rutilante,
como uña hendiente de león rampante
desgarra el lapislázuli del cielo.

Nostalgia.

Cuando florece el mirto y los jardines
se enguirnaldan de lilas y de rosas,
y el hálito nupcial de los jazmines
hace languidecer hasta las cosas;

Cuando afinan sus líricos violines
las brisas y las aguas candorosas,
y sus rondas de amor y sus festines
celebran las joyantes mariposas;

Cuando siento que hay alas en los nidos
y unción de santas manos que en la umbría
de las tardes bendicen los egidos;

Pienso en ti, y evocando mi terneza
que jamás comprendiste, a mi alegría
mezcla su amargo vino la tristeza...

Serpiente de coral.

Cual boas gigantescas las lianas
penden de los barbados sicomoros;
en sus aéreas criptas los sonoros
nidales suspendieron sus dianas.

Exótico collar de ardientes granas,
una coral ostenta los tesoros
de su toisón a los radiantes oros
de un sol en plenas glorias africanas.

Ceñida en torno a grácil asfodelo,
en inerte sopor yace enroscada,
de la selva ancestral en el seguro;

Y ominosa en el verde terciopelo,
muestra la inerte testa lanceolada
su siniestra blancura de cianuro.

Serenata.

Noche fragante a nardos y jazmines,
que a esta mi soledad gentil hermanas
tu santa soledad!

Que en el perfume de tus alas llevas
los adioses de amor — todos mis versos —
que cual votivas flores
de mi alma hacia ella van:

Pondré en tu altar ungido de misterios,
de mis vanas tristezas
y mis recuerdos, deshojada flor;

Y en el lenguaje mudo de los astros,
y en la voz solitaria de las fuentes,
mi último canto, mi postrer adiós!...

A. Z. LÓPEZ - PENEHA.

Cartagena de Indias (Colombia).

HENRI BARBUSSE (1)

La guerra volvió inútiles muchas de las cosas que hasta su estallido habían pasado como respetables y llenas de significado. Entre ellas se encontró la literatura, tal como a la sazón se entendía y practicaba. Las concepciones extravagantes o inmorales; las audacias de doctrina, presuntuosas y abusivas; el rebuscamiento encarnizado de la expresión, en que empleaban su tiempo, con religiosa constancia, los hombres de letras contemporáneos; todo pareció en la nueva vida seria y trágica, juego vano de ociosos cantores o chocante ligereza de monomaniáticos falaces. La crítica y el público lector abandonaron, la una, su comprensiva amplitud de juicio, y el otro su despreocupada prescindencia respecto de las caprichosas lucubraciones de los mandarines de la literatura, para exigir de ésta, rectitud de sentimientos y entusiasmo incondicional por la patria.

En esa vía se echaron de inmediato casi todos los escritores, fuera de alguno que otro iluso que persistió en su celo por la independencia del criterio. Tuvieron que modificar sus espíritus de acuerdo con las nuevas tendencias y en algunos casos cambiar radicalmente de orientación, con la docilidad de un catavientos, so pena de caer en la furiosa indignación de los simples y en la reprobación interesada de los del oficio.

Hubo escritores, sin embargo, que removidos por lo extraordinario del acontecimiento, se despojaron de toda afectación, adquirieron noción clara de sus facultades, circunscribieron su ejercicio, y lo intensificaron, para dar una nota profunda en su sinceridad formidable, sin abdicar de la propia filosofía, sin abjurar del pasado intelectual ni simular un difícil cambio de sensibilidad.

(1) *L'Enfer, Nous Autres... Le Feu.*

Durante toda su vida de literato y orador, el conde de Mun no hizo otra cosa que expresar con raro valor natural, el entusiasmo de su patriotismo inflamado. Sólo consiguió con ello, provocar la zumba inconsiderada y descortés, y la lástima del vulgo, que en su indiferencia egoísta por los intereses colectivos trataba de disfrazar su mezquindad con desdenes de superior filosofía. Por otra parte la retórica excesiva del escritor, disminuía la fuerza de los sentimientos del apóstol patriota.

Venida la guerra, mil factores diversos modificaron el ambiente en un sentido favorable. Y el conde de Mun abandonó la exageración retórica, abandonó lo que había de forzado en su actitud anterior, y dedicó sus energías a la glorificación de las cosas nacionales, ganando en pocos días una nombradía que no le dieron muchos años de predicación constante y valerosa.

En cuanto a Barbusse, escritor premioso e intencionado como buen literato moderno, de estilo fuerte y duro, aunque armonioso, descriptor sorprendente y tal vez único en nuestra época, flojo compositor, escéptico, pesimista desesperante, y apóstol generoso de un socialismo de acción, siguió siendo todo eso una vez producida la guerra, se aplicó a describir ésta, y fué de un día para otro, el más genial de sus intérpretes.

I

Para darnos cuenta del fenómeno literario que ese hecho implica, y para verlo, examinaré las producciones de nuestro autor, anteriores a la guerra.

Como la mayoría de los escritores franceses, Barbusse se inició con un libro de poesías. El título de esas poesías, *Pleureuses*, es significativo. Yo conjeturo que son acentos melancólicos de resignada desesperación. Posiblemente muy temprano percibió Barbusse, con la ayuda de un siglo entero de literatura pesimista, la miseria inevitable de la vida. Y eso debió provocar en una naturaleza sensible como la suya un sentimiento de profundo desconsuelo y una inclinación a la piedad.

Después de otro libro de versos, *Les Suppliantes*, vino *L'Enfer*. Es un análisis de todas las cosas de la vida. Ese análisis pretende ser exacto y definitivo. Todo es tristeza, fealdad desagradable, dolores agudos y perennes, desencanto, desesperación tremenda, horribles desgarramientos, impotencia, sufrimientos

naturales e infinitos. En el deseo de gloria de un hombre cualquiera ve Barbusse un instinto de robo; en el transcurso monótono de una vida común, con sus pequeñas preocupaciones e insignificantes altibajos, la vulgaridad irremediable de todas las vidas. En el trato social descubre la aviesa y desconfiada hipocresía de todas las personas; en la voluptuosidad, una convulsión agotadora. En el amor halla por causa una simple turpitud animal; y como esencia, un "retroceso invencible de la carne": primero un ansia inefable, enseguida un infinito goce, y bruscamente, el profundo disgusto de las cosas probadas; la completa unión del placer con el dolor, como fenómenos gemelos, y su inmediatísima y necesaria sucesión, tan bien iluminada por Fedón cuando al trazar el cuadro patético y sublime del último coloquio de Sócrates con sus discípulos y amigos, esboza una escueta armazón de fábula esópica. Dice Fedón: "creo que si Esopo se hubiese fijado en esta idea, habría sacado de ella una fábula. Habría dicho que Zeus, habiendo querido reconciliar estos enemigos — (el placer y el dolor) — y no habiendo podido conseguirlo, se contentó con atarlos a una misma cadena; de suerte que, desde aquel tiempo, cuando el uno llega, el otro le sigue de cerca".

El hombre reflexivo a quien ha sido dado observar, en *L'Enfer*, desde un agujero de un tabique divisorio, los hechos de la existencia de gentes diversas que pasan a la ventura por una pieza de hotel en momentos sucesivos, piensa en las chateadas del matrimonio (ya detalladas por Flaubert como *explicativo*), para justificar un adulterio que en apasionada escena se ofrece a su vista.

En las enfermedades palpa Barbusse "toda la podredumbre de nuestra miseria, toda la angustia en que efectivamente se derrumba el género humano, y que es tal que uno se pregunta cómo hay quien osa hablar de otros dramas".

Y en las desigualdades sociales lamenta la injusticia suprema "que no tiene más fundamento que la que creaba en otro tiempo las razas, esclavas"; expone sin rebozo la transformación del patriotismo en "sentimiento estrecho y ofensivo, que alimentará, mientras exista, la guerra horrible y la extenuación del mundo", y proclama la necesidad de un esfuerzo revolucionario, para crear cosas mejores.

Por último, refiriéndose a la naturaleza de los individuos

nuestro autor los sabe y los pinta débiles, sepsuales, egoístas, mediocres, ignorantes e ilusos; buenos sólo por interés, y en general malos; presos en el ergástulo cerebral del absoluto subjetivismo, incapaces de salir de sí mismos y de entrar en el alma de los otros, y suplicados con la existencia a la vista y conocida, de una perfección inaccesible. Los trabajos que soporta el hombre son como los de Sisifo por lo continuos y azarosos. Y su mayor desventura es no poder ser socorrido por ninguna fuerza extraña a él. Para corroborar la regla, Barbusse muestra excepciones, aunque en un sentido muy restricto.

Como se ve, el fondo ideológico de las obras de Barbusse no es halagador. La precaria naturaleza humana no ha hallado nunca un expositor más poderoso ni más hiperbólico. El pesimismo incurable de Baudelaire subsiste aquí con parecido tinte de preferencias sensualistas que van hasta una extrema lujuria, pero también, cambiada su tendencia suavemente mística en indignación blasfematoria y rebelde. El nihilismo imponente de Leconte de Lisle, el sincero de Jean Lahor, y el amargo y fuerte de Anatole France, no retoñan con la majestad, la ternura amorosa y la divina luz en que respectivamente aparecieron a nuestros maravillados ojos esas flores de textura sorprendente y de rara belleza. El sólo repite con mayor insistencia las mismas quejas y destila sin interrupción la melancolía abrumadora del transcurso del tiempo y de la eterna ilusión que nos envuelve. Mas la copa en que Barbusse nos sirve su acre licor no está cincelada ni con mucha facilidad ni con sumo arte. Hay en los flancos dibujos reales de extraordinaria nitidez y en el pie, líneas y trazos elegantes. El material es fuerte, de inmejorable calidad. Pero el trazado general es inferior. Carece de aplomo, de esbeltez. El orfebre no modela bien.

En resumen, el Barbusse de *L'Enfer* usa el escepticismo como sistema interpretativo y es pesimista en consecuencia. Pero no renuncia a la acción por el convencimiento de una perfectibilidad casi imposible. No es estóico resignado. Tampoco es epicúreo egoísta, hábil en gozar de una indiferencia fácil, sin incomodarse por reparar errores — los de la naturaleza y de la vida. Su filosofía práctica, razonable, justa y un poco utópica, revela una generosidad tanto más digna cuanto más anacrónica.

Su teoría del arte es completamente libertaria. Para el escritor no hay, no debe haber escrúpulos de ninguna especie. La observación exacta y la expresión acabada y sin embozos de la verdad, son su procedimiento y su norma obligados. Así, creyendo en la universal sensualidad de los hombres, y persiguiendo la verdad con la constancia y el atrevimiento indomables de un buscador de oro, Barbusse no retrocede ante la reproducción de escenas lúbricas crudísimas. Cultiva pues la novela erótica, aunque por verismo, lo cual le sirve de disculpa, si es que la necesita.

II

Pasaron seis años después de la aparición de *L'Enfer*. Al cabo de ellos publicó Barbusse *Nous Autres...* Hasta este libro la línea seguida fué recta. Aquí ella se desvía un poco:

En *Nous Autres...* hay escepticismo y pesimismo. La vida aparece triste, lamentable, a veces ridícula y por ello mismo desgraciada, terrible en sus acontecimientos e injusta en los hechos misteriosos que cumple, absurda en ocasiones y también contradictoria. Mas no falta en el conjunto un detalle aliviador. Además, la melancolía de Barbusse se ha mitigado notablemente. Porque ya no se muestra empecinadamente lúgubre. Porque su visión de las cosas es más exacta. Porque encontrar al mundo, malo sin variedad es tan erróneo como creerlo bueno sin tacha. Porque una menor parcialidad revela penetración, probidad intelectual y puro amor a la verdad.

El amor, aunque caprichoso, ya no es todo instinto. El ciego asañador no toma más por blanco, objetos materiales, ni son absurdos o terribles sus móviles. Por el contrario, metamorfosea con maravillosas insinuaciones a los pobres de espíritu en geniales creadores de felicidad o suaviza con el encanto de su recuerdo rosa la grosería de las almas empedernidas en una vida mísera e insignificante. No hace tanto daño como antes el Toro Acéfalo del maestro ingenioso. Produce con ceguera, sin inteligencia, resultados inconsultos pero buenos. No tiene ni corazón ni cerebro. Sin embargo, realiza la secreta finalidad de la perduración del mundo.

La fatalidad que en *L'Enfer* no está precisada, y que sólo se percibe por la idea de un destino desgraciado inevita-

ble, es presentada aquí con todos los caracteres de un profundo escepticismo. Los hombres son el juguete de las apariencias. Fuerzas oscuras y misteriosas los conducen sin voluntad al fin común. En el camino se entusiasman con pueriles ilusiones, experimentan luego desencantos, hasta que llegan al término con cierto hastío que la aproximación de la muerte cambia en resignado acatamiento. Mas siempre son ridículos. La seriedad específica no cuadra en seres de tan débil poder de inteligencia. Y por otra parte sus risas tontas y alocadas contrastan con sus ocupaciones de supuesta trascendencia. Siempre se aferran a ilusiones imposibles. Y sin que casi lo sepan, engañan sus pobres espíritus con mentiras piadosas.

Pero la menguada condición del hombre, que desempeña en nuestros días el papel del antiguo destino, no es del todo desfavorable. Y en la gran variedad de las vidas individuales, Barbusse ha descubierto algunas felices. Y en las más desgraciadas ha visto intervalos de relativa calma. No ve o no quiere ver más. No conoce la ligereza saludable de la mayoría de las personas. No sabe por lo tanto, que gracias a ella viven descuidadas y contentas hasta que el azar se encarga de recordarles su naturaleza frágil y precaria.

Todo aquello pues, lo mueve a compasión. Y la última parte del libro respira honda piedad. Piedad cristianísima que nace de un sincero amor por los hombres, personificados en los entes de ficción que el autor crea, y de la pena que le produce la miseria de aquellos. Los novelistas tienen esa suerte. Para amar la humanidad hay que amarla en cabeza de alguien. Y los novelistas la aman en los personajes en que infunden vida con la taumaturgia del arte.

Barbusse no se inquieta ahora demasiado con la idea de la desgracia humana. Tampoco se indigna por las fealdades y las injusticias del mundo. Las ve menos grandes, según son. La lástima es el sentimiento tranquilo que ha sustituido sus sombrías rebeldías de otro tiempo.

Su humanitarismo es a la vez sincero y sencillo, no como el de los políticos y el de los ñoños. falso y de aparato.

III

Consecuencia de ese humanitarismo, acrecido por los acontecimientos que fueron mayor motivo para atizarlo, es *Le Feu*, la obra de guerra de Barbusse.

De hecho, cuando vino la guerra, y con ella la paralización de los trabajos en todo orden de cosas, la literatura entró en un profundo sueño. No era sólo que los escritores, estupefactos con la grandiosa agitación de los primeros días, hubieran detenido el movimiento de las plumas obedientes, o que se percataran de que el público no quería saber nada de lindezas literarias. Tampoco fué que las empresas de impresión hubieran totalmente suspendido sus trabajos. Es que la nación entera, el pueblo bajo y alto, atravesaba un momento de crisis y de angustia. Y en tan grave momento no era ni lícito ni cuerdo distraer la atención con el frívolo juego de la literatura.

Este coma tenía caracteres de inacabable. No se podía augurar cuándo terminaría. Remy de Gourmont no se animaba a pronosticarlo. No quería embarcarse en los pronósticos. "Es un género de buque que naufraga a menudo" (1), — decía.

Lo único que no cesaba era el periodismo. Y aún los diarios suprimieron en sus columnas toda colaboración literaria o pintoresca. La gente no leía más que los comunicados oficiales, y, sin fijar mucho la atención, las colaboraciones de carácter político a que se dieron los maestros más conocidos de la literatura.

Mas no duró demasiado tan lamentable estado de cosas. De improviso, las prensas vueltas a la vida, vomitaron infinidad de libros. Mejorada la economía del país por el cariz favorable de los sucesos, los trabajos de imprenta se reanudaron con afán, y los escritores, repuestos de las primeras impresiones dolorosas, se aprestaron a dar forma como antes, a sus sentimientos y a los de la colectividad. Ese es su oficio, tal vez penoso en ocasiones, pero único, y al cual habían de recurrir para la contribución patriótica a que cada individuo se vió, moral o materialmente obligado.

A muy poco andar las prensas tomaron el curso normal

(1) *Pendant la guerre*. p. 85.

anterior y volvieron a ahogar con un fárrago de libros, al público lector.

Pasado, pues, el sobresalto, la literatura retornó a vivir. No presenta en su nueva vida los mismos rasgos. Pero ellos no son tan diferentes que la hagan tener un aspecto radicalmente diverso. La mayoría de los literatos hace esfuerzos por despojarse de la afectación en el estilo. Ya no pulen más las frases con exceso. Pero la retórica indispensable adquiere muchas veces proporciones indiscretas.

En *Nous Autres...*, Barbusse ha simplificado el estilo de manera sensible. No declama. Y aunque su estilo tenga menos brillo que en *L'Enfer*, resulta de un mérito superior, porque la sencillez alcanzada, le agrega belleza.

En *Le Feu* el estilo de Barbusse es de una naturalidad sorprendente. De seguro él, al sentirse impulsado a escribir, se dio cuenta de que su estado de ánimo era propicio como nunca a la sinceridad grande, y que la ocasión la exigía con imposiciones parecidas a las de la hora de la muerte.

No ha querido hacer literatura primorosa. ¡Lejos de él semejante propósito! Únicamente ha querido retratar la realidad, si vale el término, con un instrumento apropiado. Y para ello nada mejor que un estilo sencillo en que se destacaran los vivientes cuadros que el autor sabría pintar con su enorme poder de descripción.

Innumerables son los literatos que han intentado un trabajo de igual especie. El lactuoso Jean de Vignes-Rouges (1) muestra con verdad el horror de la guerra y la aflicción del combatiente. Pero disculpa los malos procederes de la gente de retaguardia, por una idea de unidad nacional. Levis Mirepoix (2), un premiado de la Academia Francesa, exprime los viejos odres de la elocuencia para rendir homenaje a la gloria del soldado, y por otra parte se pone en ridícula postura al querer alcanzar con un estilo líquido, la actitud del momento. El capitán Dubarle (3) y Emile Henriot (4) han descripto los hechos de guerra en libros de apreciable valor, que sólo pecan por descosidos y fragmentarios. Léo Larguier, en *Les Heures*

(1) *André Rieu, officier de France*. novela.

(2) *Les campagnes ardentes*.

(3) *Lettres de guerre*.

(4) *Carnet d'un dragon*.

Dechirées habla con acierto de la vida en las trincheras y Marcel Prévost (1) de sus andanzas militares. Maurice Dide (2) relata con subida elocuencia sucesos emocionantes y pinta escenas muy verídicas. Pero todos echan a perder sus producciones por el afán petulante de disertar en ellas sobre táctica y estrategia. Lo mismo los de retaguardia. Joseph Reinach (Polybe) se ha especializado en comentar día a día, con habilidad y soltura, el desarrollo de las operaciones. Y Charles Le Goffic, el poeta "muy simple y muy sabio" del *Amour Breton*, se ha dedicado a historiar seria y escrupulosamente algunas fases de la guerra.

Sobre todo en los anteriores resulta reprensibles esa manía. . Escriben diciéndose soldados, actores del drama, o espectadores de primera fila. Y el soldado y los que están cerca del fuego no saben nada del movimiento de los ejércitos. Más allá de la vida miserable que soportan contrariados sólo ven enemigos que matar. "Al soldado nunca se le advierte de lo que se va a hacer con él. Se le pone en los ojos una venda para sacársela al último momento" (3).

Barbusse se ha limitado a describir la guerra tal cual la ha visto. De ello ha resultado un motivo para que su indignación se acrecentara. El anhela demasiado el bien del pueblo, y en la ocasión presente lo ha visto padecer males cruentos en la carne de sus hijos, los soldados.

Por el carácter generoso de su sensibilidad y por la clase de su talento literario, inclinado a investigar la verdad, Barbusse ha resultado ser paladín de esta, y no culpable favorecedor de los políticos en la tarea de engañar al pueblo, en exceso cándido y confiado.

En su preocupación por el desarrollo y porvenir de la literatura de su patria, Remy de Gourmont buscaba con ahinco, elementos de juicio, y examinaba el pasado literario para dar base a sus inquietas reflexiones. Y al comentar un texto de los Goncourt en que se habla de estados de ánimo parecidos a los actuales, con motivo de la guerra del setenta, aventura una predicción que se ha cumplido. Da la norma, con el texto ajeno, de lo que debería ser el descriptor de esta guerra.

(1) *D'un poste de commandement.*

(2) *Ceux qui combattent et ceux qui meurent.*

(3) *Le Feu*, p. 233.

“Leo—dice—en la fecha 22 de Junio de 1869, en el diario “ de los Goncourt: “El general Bataille nos habla de la emoción en la línea de fuego. Nada de emociones una vez empeñada la acción; pero antes, por ejemplo, a los primeros disparos hechos sobre las líneas de un campo, cuando todavía “ se está acostado, tenemos un sentimiento de opresión en “ el pecho, con una especie de tristeza en el fondo de sí. Se “ podría hacer sobre eso un muy curioso, interesante y nuevo “ volumen de fragmentos de narraciones militares, intitulado, “ *La Guerra*, en el cual el autor no sería más que el inteligente “ estenógrafo de las cosas contadas”. Este pasaje de Julio de Goncourt, que iba a morir a la aurora de una guerra que anunciaba esta actual, muestra bien la diferencia entre la idea de entonces y la de ahora, sobre el acontecimiento. Un libro tal, sería muy distinto de lo que él imaginaba, y sobre todo, la realidad le agregaría páginas en las que él no pensaba, las páginas del horror” (1). Barbusse ha estenografiado y ha fotografiado la guerra. Los cuadros aislados en que pasea los vivientes personajes de su novela, son aguasfuertes magistrales. Nadie las ha hecho tan emocionantes de realidad. El retrato es fidelísimo, el trazo seguro, el color preciso, y la escena es la naturaleza misma. Y más que una fotografía, si se me pasa lo prosaico de la comparación, se podría decir que sus descripciones son un film cinematográfico. Gracias a su enorme cantidad de verbos, el estilo de Barbusse en *Le Feu* es de un movimiento prodigioso. Es lo que Diana Cazadora en la estuaria griega, estatua que entre las otras, inanimadas, produce una estupenda sensación del movimiento. Las metáforas son llanas y apropiadas. Tienen la seriedad que el momento exige, y se ve que al autor nada le cuesta crearlas. Las ha hecho con sólo describir exactamente las sensaciones experimentadas. El de Barbusse es un procedimiento impresionista. En la oscuridad de una noche de borrasca guerrera, no hay tierra ni hay cielo, porque él no los ve. En un ataque, cuando el enemigo se defiende, los cañonazos, “las estridencias de los estallidos que pasan, os hacen doler las orejas, os golpean en la nuca, os atraviesan las sienes, y cuando se los sufre uno no puede contener un grito” (2). Los grandes percutores producen un rui-

(1) *Pendant l'Orage*, tableaux de guerre, 11 janvier 1915.

(2) *Le Feu*, p. 247.

do de "trueno de locomotora desenfrenada que se estrella súbitamente contra un muro" (1). En fin, los mil ruidos feroces de todas las clases de cañonazos lo estremecen, lo ahogan, le trituran las orejas, lo hacen rechinar de dientes, le remueven el vientre.

Rara vez se buscan los efectos de elocuencia en *Le Feu*. No hay en todo el libro otra elocuencia que la de los hechos. En ese sentido las cosas han sido pintadas con una exactitud que raya en el cinismo. A causa de ello el autor ha recogido reproches (2): los de siempre. Ni por lo excepcional de las circunstancias se deja de chicanear sobre la pulcritud en el arte. Aunque tal vez los de París hayan esperado que las cosas no fueran tan feas y tan negras en la línea de fuego. Sin embargo la vida que en ellas se pasa no es precisamente lo que diríamos buena.

Los soldados presentan un aspecto pintoresco por la variedad de trajes, de edades, de razas, de costumbres, de oficios. Al mismo tiempo que pintoresco ese aspecto es miserable. Atestigua una pobreza material grandísima, pero tiene su compensación en la promiscuidad democrática que existe en las trincheras. Porque, es cierto: los soldados difieren profundamente. Sin embargo se asemejan. No obstante las diversidades de edad, de origen, de educación y de situación, en conjunto son iguales. "A través de la misma silueta grosera se esconden y manifiestan las mismas costumbres, los mismos hábitos, el mismo carácter simplificado de hombres vueltos al estado primitivo" (3). Esta semejanza, hija de las circunstancias, establecida entre los soldados, crea afectos, origina vinculaciones seguras y confiadas, y facilita la vida en común que podría haber sido de todo punto insoportable subsistiendo las desigualdades individuales. Así, los componentes de la compañía le acentúan a ésta, por la fuerza de una mayor simpatía general, su carácter de última unidad colectiva en la composición de los ejércitos. Y en ella, además de la libertad del trato, comunicativo, sin reservas, íntimo, cada uno tiene con sus compa-

(1) p. 217.

(2) Paul Louday, en *Le Temps* del 25 de diciembre de 1916, Francis Chevassu, el 3 de Enero de 1917 y Eugène Hollande en la *Revue Bleue* de Abril del mismo año.

(3) *Le Feu*, p. 17.

ñeros, cuidados de padre y cariño de hermanos. Y esos seres arrancados de sus hogares, pobres víctimas de ambiciones ajenas o tal vez — ¿quién sabe? — de la inevitable desgracia de la condición y el destino humanos, hallan refugio para el corazón en orfandad y el aliento necesario para resistir la pesada vida y los trabajos de la guerra, en el afecto inmediato de los compañeros que la suerte amontona sin mayor selección en los ejércitos. Las pequeñas preocupaciones, los disgustos nimios de la vida diaria, son fácilmente olvidados en alegres conversaciones de picante sabor.

Más también llegan los momentos de desgano, en que no hay nada que decirse. Entonces, la incómoda inmovilidad necesaria los absorbe enormemente. “Estamos a la espera, dice Barbusse. Cuando uno se cansa de estar sentado, se levanta. Las articulaciones crujen como madera o goznes viejos; la humedad roe los hombres como los fusiles, más lentamente, pero más a fondo... Siempre se sigue esperando. Eso hay que hacer en la guerra; convertirse en máquinas de esperar” (1).

A ello se suman, para hacer más penosa esa vida pesada, la escasez de alimentos de toda clase, los traslados, las marchas inacabables hacia acantonamientos “inverosímiles y legendarios” (2) por lo lejanos. Y en estos, el egoísmo de los no combatientes se resuelve en una explotación despiadada del soldado, que no halla así entre los compatriotas que le deben su defensa, el agradecimiento compensador. Por otra parte la enorme injusticia que representa la existencia de muchísimos *emboscados* impunes, provoca “la gran cólera” (3), y la suerte de contento irónico, risueño, con que los no combatientes hablan a los soldados y elogian sus heroicidades (4), acentúa más y más la división del pueblo en dos clases: la que goza frente a la que sufre, la que aprovecha de la guerra, y la que en ella todo lo sacrifica.

Pero es tan poderosa la predisposición del hombre a escapar del dolor y conquistar la dicha, que para recuperar el buen humor le basta una nada (5), un pequeño rayo de sol,

(1) p. 18.

(2) p. 63.

(3) p. 107.

(4) p. 300.

(5) p. 83.

una apariencia de comodidad, y a veces, hasta en las almas oscuras, el amor, carnal e instintivo o ingénuo y delicado. Barbusse nos lo hace ver. Así Eudoxia, la bella refugiada que vive cerca de la región de las trincheras, embellece con su presencia los paisajes que frecuenta, anima el corazón de Fardadet, el fino, flexible y tembloroso Farfadet, con la inteligencia de un común amor, a la vez que despierta en Lamuse la brutal alegría del deseo. Y el todo, pone en el cuadro oscuro de la guerra interminable la necesaria claridad que complementa los tonos y destaca en relieve sus tristes sombras.

Llegado el momento de ir a las primeras líneas truecan sus hastios y cansancios por la inquietud del peligro cercano. No mejoran de condición. Pero olvidan algo que se les hacía cada vez más irritante, la idea de la propia miseria.

Ahora en todo trabajan con ardor. Y si aquí también se cansan de largas marchas por el barro, y en duros trabajos bajo el fuego enemigo, la excitación en que están los aturde y los fortifica.

Cuando de veras van a la línea de fuego, conociendo su pequeñez en el mar de los ejércitos, se olvidan de sí mismos y contemplan con admiración el asombroso espectáculo de las modernas batallas.

La compañía va en marcha. "De repente una estrella luminosamente intensa aparece allá lejos en dirección de los vagos parajes adonde vamos: es un cohete que ilumina una gran porción de cielo con un halo lechoso, borrando las constelaciones, y que desciende luego graciosamente con aires de hada. Una luz frente a nosotros, allá; un relámpago, una detonación. Es un obús" (1). Los obuses se suceden, de una parte y de otra; se cruzan formando una fabulosa bóveda sonora, toda iluminada. "Es como si vieras un fuego artificial" (2) — dice un soldado.

"En medio de un olor de azufre, de pólvora negra, de paños quemados, de tierra calcinada, que rueda en napas sobre la campaña, la artillería, desencadenada, ruge. Mugidos, rugidos, gruñidos feroces y extraños, maullidos de gato, que os tri-

(1) p. 207.

(2) p. 207.

turan ferozmente las orejas y os revuelven el vientre, o bien el largo ulular penetrante que exhala la sirena de un buque en peligro sobre el mar. A veces también algo así como exclamaciones raras, se cruzan en el aire, a las cuales extraños cambios de tono comunican un acento humano. La campaña, en partes, se levanta y vuelve a caer; delante de nosotros, de uno a otro extremo del horizonte, ella aparece cual una extraordinaria tempestad de las cosas.

“Y las piezas de grueso calibre, a lo lejos, a lo lejos, propagan gruñidos muy apagados, muy ahogados, pero cuya fuerza se siente cuando el aire es desplazado, y parece que os martillan en las orejas” (1).

En la noche, esperando el estallido de la tormenta, Barbusse, de guardia, ve en la pared de atrás, una excavación donde hay “un amontonamiento de cosas horizontales”. Son sus compañeros muertos, son cadáveres.

“Han sido muertos juntos en una exploración. Barque, rígido, parece desmesurado. Tiene los brazos pegados a lo largo del cuerpo, hundido el pecho y horadado el vientre como una cubeta. Con la cabeza repechada en un montón de barro, parece mirar por encima a los que llegan por la izquierda, con su cara semitapada por la mancha viscosa de los cabellos caídos y por espesas costras de sangre negra; los ojos sangrientos y como cocidos.

“Eudoro, por el contrario, parece más pequeño de lo que era, y su carita está enteramente blanca, tan blanca que se diría la cara de un Pierrot, y es penoso ver esta mancha, como un círculo de papel blanco, entre el montón gris y cárdeno de los cadáveres” (2).

Cuadros como ese abundan a continuación. Dar cuenta de todos, y de todas las fases del libro fuera empeño vano. Bástenos con decir que la impresión recibida en la lectura es tan intensa de sombría emoción como nunca la hemos experimentado leyendo narraciones guerreras. Los textos antiguos, sobrecargados de datos técnicos, geográficos, políticos, sólo dejan un lugar mínimo a la parte puramente descriptiva de la literatura de guerra. Y en los tiempos modernos anteriores a los nuestros, el arte naturalista tal como se hace ahora, no exis-

(1) p. 213.

(2) p. 229.

tía. Barbusse con su realismo verista fundamental ha conseguido efectos notables de descripción. Al pintar el momento mismo del asalto de la infantería, sus toques alcanzan la grandiosidad de la epopeya. Se ve una zona convulsa, cubierta de gigantescas napas de llamas, limitadas por cortinas estriadas de oblicuos bastones — los proyectiles. Y se ve entrar en esa zona la hormigueante multitud de los soldados. No entran

... a pas lents, musique en tête sans fureur, tranquilles souriant à la
(mitraille.

como la guardia imperial en Waterloo, según Victor Hugo. Alocados, sobreexcitados por el horrisono estruendo del combate, corren desahoradamente, ciegamente, hacia un objetivo que ignoran, transformados de apacibles e inofensivos ciudadanos, en matadores implacables. El sacudimiento que les produce la tempestad, explica suficientemente, y a mi entender justifica tan lastimosa metamorfosis.

Una sensación de horror se desprende del libro en esa parte, horror que se une a un abatimiento indescriptible a la vista de la desolación en que quedan los campos de batalla después de los bombardeos y las lluvias incesantes que anegan, enlodan y oscurecen al escenario de la lucha.

Después de la pesadilla del combate, todavía tienen los soldados que correr arriesgadas aventuras por entre la confusión de las trincheras de ambos bandos (1). Y al cabo de algún tiempo, agotadas las fuerzas, perdidas las esperanzas de sosiego, con una rabia sorda en el pecho en contra de la guerra sin fin, comienza a aparecer en el ánimo del soldado, sobre el descontento anterior, un furor tanto más grande cuanto más clara es la noción de su impotencia. Ya es mucho haber sido empujado por la fuerza a la lucha brutal. Lo es más aún soportar las penurias de una vida detestable y la vista de injusticias numerosas. Pero es más todavía la desesperación tremenda del que ha estado en un infierno del que ha salido sin saber cómo, y al que tiene la espantosa perspectiva de volver. Y en la desolación gris, triste y monótona de los campos descuajados por el bombardeo y anegados en lluvia, los soldados aventuran, ya tímidos, ya audaces, conceptos de subversión y de franco descontento. Los que en países neutrales son testi-

(1) p. 325.

gos de la situación en que se encuentran las poblaciones civiles de las naciones en guerra, se apiadarían justamente de las desgracias que ésta acarrea. Mas el horror de la guerra en sí misma, en las líneas de fuego, en las trincheras, sobrepasa sin duda todo lo que de lamentable podamos imaginar nosotros sobre el caso (1). “Más que las cargas parecidas a los desfiles de una gran revista; más que las batallas con banderas desplegadas; más aún que los cuerpo a cuerpo en que se combate gritando, esta guerra es la fatiga sobrenatural, con el agua hasta la cintura, con barro, basura e infame suciedad. Es las caras musgosas y las carnes en girones, y los cadáveres que sobrenadan en la tierra voraz. ¡Es esto!, esta monotonía infinita de miseria, interrumpida por terribles dramas, esto, y no la bayoneta que brilla como plata, ni el cacareo del clarín al sol” (2).

En una palabra, la guerra vista de cerca es espantosa. Y hay motivo, conociéndola, para ser pesimista. Barbusse lo es. No lamenta en una tarde gris y solitaria la mediocridad de la vida. Lo que le conmueve hasta las lágrimas es la desgracia inmensa de los soldados, hijos del pueblo, víctimas obligadas de absurdas decisiones políticas en las que su voluntad que debía ser soberana, no tiene más parte que la que tenía antiguamente, cuando eran preterida plebe o raza esclava.

IV

Barbusse protesta. Sus protestas son airadas pero justas.

Los soldados, insignificantes, míseros, ignaros, soportan imbecilmente una carga mayor que la que les corresponde. Lo hacen en aras de la patria, por la grandeza de los pueblos — dicese. Pero los pueblos son ellos. Sin ellos no habría ni guerra ni masacres. Son los pueblos los que hacen la guerra, impulsados y manejados por los hombres dirigentes de cada nación. “Hay que reconocer que si las naciones sacrifican al Idolo de la guerra la carne fresca de mil quinientos jóvenes por día, es para la satisfacción personal de algunos mangoneadores que se podrían contar; todos los pueblos van a la matanza, formados en rebaños de ejércitos para que una casta

(1) p. 331.

(2) p. 330.

con galones dorados escriba sus nombres de príncipes en la Historia, para que otra gente también dorada, de la misma ralea, abarque más negocios: por cuestiones personales y por cuestiones de bolsillo" (1). Hay además, interesados en la guerra. los banqueros, para quienes todo es ocasión de negocio; y los especuladores, que aprovechan de la confusión para realizar operaciones leoninas; los sujetos de sensibilidad enfermiza "que se embriagan con la música militar" y que bajo protestas de acendrado patriotismo ocultan la feroz alegría que les produce el espectáculo; los tradicionalistas, los que dejándose gobernar por los muertos, cultivan los mismos odios de éstos y les someten "el porvenir, y el progreso, palpitante y apasionado"; los curas "que procuran excitar y adormecer con la morfina de su paraíso, para que nada cambie; los abogados y ergotistas que proclaman el irreductible antagonismo de las razas nacionales entre sí (2). Todas esas gentes, menos el pueblo mismo, son los que desean la guerra. En nombre del patriotismo cometen crímenes que transforman en virtudes con nada más que una palabra, desnaturalizan la moral, y deforman la verdad, substituyendo cada uno a la verdad eterna su verdad nacional.

Esos son los enemigos del pueblo, cualquiera que sea el lugar donde nacieron, la manera cómo se pronuncian sus nombres, y la lengua en que mientan. Hay que mirarlos en el cielo y sobre la tierra. Hay que mirarlos en todas partes y acordarse de ellos para siempre. Ellos son los que todavía aumentan más el desprecio del soldado que ha sufrido desproporcionalmente, ponderándole sus actos de heroísmo, no para recompensarlo con un agradecimiento conmovido y sincero, sino para adornarse, a la vista de los extraños, con méritos ajenos. Así, el soldado no recibe honor alguno. Por el contrario, pronto su sacrificio es olvidado, y ese olvido sirve para hacer resaltar de manera más visible la gloria militar de algunos pocos elegidos. Pero eso no se puede decir. Se ha creado en torno al penacho una religión tan mala, torpe y perniciosa como la otra (3).

(1) p. 342.

(2) pgs. 344 y siguientes.

(3) ibid

Tales son las observaciones de Barbusse. En su enunciación él alcanza una elocuencia de profeta imprecador.

Los empeñados en sostener la pureza de móviles de la guerra actual acusarán a nuestro autor de inexactitud y de preconcepto. Los patriotas juiciosos gritarán en contra de su veracidad cínica y culpable. En momentos en que es necesario mantener levantada la moral del público, no hay que descubrir los defectos de un estado de cosas fatal e incambiable. Además, hacer eso es incurrir en antipatriotismo. Y en estos tiempos la libertad bien entendida no permite tanta licencia de sentimientos. Es preciso ser patriota, y a la manera de todos.

Por nuestra parte — y percatándonos de que tal vez cometamos el funesto delito de hacer diletantismo en la crítica — creemos que Barbusse tiene indiscutibles derechos a pensar lo que quiera y decir lo que piensa, y sobre todo, a indignarse por los crímenes de lesa justicia, y exponer al oprobio de la parte esclarecida de la humanidad los monstruosos egoismos o las monstruosas puerilidades que a su juicio han engendrado la guerra.

Con el mismo valor moral insuperable con que ha hecho las comprobaciones expuestas, imagina y propone medios para remediar la injusticia de las cosas. El primero, y, según él, más eficaz, es el implantamiento de un régimen social de igualdad. Refiriéndose a los tres principios básicos de la moderna democracia, dice: “la libertad y la fraternidad son palabras, mientras que la igualdad es una cosa. La igualdad social — pues cada uno de los individuos tiene más o menos valor, pero todos deben participar en la sociedad en la misma medida; y es justo, porque la vida de un ser humano es tan grande como la vida de cualquier otro — es la gran fórmula del progreso. Su importancia es prodigiosa. El principio de la igualdad de los derechos de cada criatura y de la voluntad santa de la mayoría, es impecable; y debe ser invencible — y traerá todos los progresos, con una fuerza verdaderamente divina. Traerá desde luego el gran cimiento de todos los progresos: la reglamentación de los conflictos por la justicia, que es exactamente lo mismo que el interés general”. (1) Cuando Barbusse afirma que la libertad y la fraternidad son palabras, pero que la igualdad es una cosa, me parece que no quiere decir (hay que fijarse

(1) 341.

bien) que la igualdad sea un hecho de la naturaleza o una realidad. La igualdad es según toda apariencia, un ideal. Y a mi juicio Barbusse lo reconoce cuando dice que los individuos tienen valores diferentes; pero para él la igualdad en todo caso, es un ideal realizable. Barbusse es idealista convencido y generoso. Vé la injusticia de nuestros regímenes políticos y sociales y proclama la necesidad de un mejoramiento. Sus aspiraciones, sus ideales, podrán ser de fácil o difícil realización, pero puede ser que sean de una verdad oculta y superior o que estén en los fines secretos del mundo, o en los fines de Dios, o que sean más simplemente (como parece creerlo Barbusse) los obligados ideales de la humanidad, en cuya realización deberán empeñarse todos los hombres.

Después, como medio de acción inmediata para impedir la reproducción de la guerra, Barbusse hace resaltar el derecho del pueblo a manejarse solo, y aconseja que los distintos pueblos se entiendan entre sí, por encima de los aprovechadores y de los espadones, "a través de la piel y sobre el vientre de los que los explotan de una u otra manera" (1). Se trata del problema político de la nacionalidad frente al internacionalismo.

La idea de Barbusse sobre la conducta a seguir por los pueblos con respecto a sus directores de hoy es revolucionaria, y subvierte los conceptos y sentimientos de patriotismo que, en boga durante el último siglo, habían obtenido un alza en sus acciones con el advenimiento de la guerra, y ya antes, con el resurgimiento del misticismo, y del monarquismo y el aristocratismo teóricos. En efecto, por los tiempos que corren, es generalmente admitido que los pueblos, es decir, todos los hombres de cada nación, deben sacrificarse en aras de la patria. Para ello, llegado el caso de una guerra, todas las contribuciones serán pocas. Y antes de que dicho caso sea llegado, es preciso en su previsión, trabajar por la patria de todas maneras y profesarle un exclusivo sentimiento de amor, que afiance el fondo del carácter y virtudes nacionales. Así el sacrificio, como necesario, será más suave, y hasta podrá ser gozoso. Eso es lo que piensan algunos de los que se ocupan en teorizar y filosofar sobre estas cosas. Tengan o no razón, el pueblo, que ya ha abierto los ojos, y se sabe en inferioridad de condiciones,

(1) 340.

y cree en la justicia de sus pretensiones de igualdad social en el punto de partida, afirma cada día más sus derechos a prescindir de la idea de patria, siempre que ella involucre la monstruosidad de las guerras y siempre que éstas se realicen en las condiciones desproporcionadamente desfavorables con respecto a la mayoría, como hasta el día se han realizado. Por otra parte hay quienes piensan que son más sagrados, más augustos y más verdaderos la conservación de la vida humana y el respeto a ese sentimiento de conservación, que todas las combinaciones políticas del mundo. La finalidad del mundo puede hallarse en el ensueño aristocrático de un Renán, por ejemplo, en que la consecución muy ulterior de un supremo bien exigirá tal vez el sacrificio de innumerables víctimas oscuras; o en las filosofías audaces, materialistas y brutales de Nietzsche. El mundo existe de cierta manera; los filósofos tratan de comprender el mundo; y expresan en sistemas el modo cómo lo comprenden. De ese estudio puede resultar que la naturaleza del mundo sea aristocrática y diversa, o igualitaria y democrática. Mas ante la incertidumbre de las soluciones y con la noción de la injusticia que reina aquí abajo, parece que lo más cuerdo y más honrado es luchar por la justicia, y como parte de ello, dejarse conmover por la tremenda desgracia de los pueblos que hacen la guerra en contra de su voluntad.

En el terreno sentimental y artístico, como muy bien lo dice nuestro autor, el patriotismo es absolutamente respetable. Además, no hay duda de que en el estado actual de la política internacional en el planeta que habitamos, y siempre que uno esté convencido de la imposibilidad de un gran progreso, el debilitamiento de la idea patriótica es peligroso y funestísimo. Pero desde que se admite, y lo que es más, se muestra cómo las cosas son susceptibles de mejorar en el sentido de suprimir la guerra y tender al predominio de la justicia en la tierra (y tal es el caso de Barbusse), es lícito posponer el patriotismo al ideal humanitario de la concordia universal a despecho de los interesados en sacar partido del antagonismo entre las naciones.

V

Quisiera, para terminar, expresar una última apreciación referente a la parte puramente artística de *Le Feu*. El valor

de la obra es inmenso. Ella es de lo poco bueno que ha producido la literatura de guerra. Revela en su autor aguzada sensibilidad, riqueza de ideas generosas, y gran talento de ejecución literaria. Es una obra de filiación naturalista en el mejor sentido de la palabra.

Los maestros casi seguros de Barbusse en este libro son los Goncourt y Maupassant. De aquellos, nuestro autor es voluntario discípulo en los procedimientos de composición, simplísimos, y en cierto dejo de "escritura artística" que de *L'Enfer* acá, ha disminuído sin desaparecer del todo. Del segundo es natural discípulo por la identidad del talento en el "rendu" de la observación.

Por lo demás, este libro valiente y sincero es una prueba de que la independencia del criterio y el libre pensamiento, nobleza y gloria del espíritu humano, no se han eclipsado en absoluto. Y su poder de convicción delatará a la vista de los bien intencionados todos los trampantojos que puedan propiciar funestas equivocaciones con el miraje de sus brillantes apariencias.

JULIO IRAZUSTA.

Febrero de 1919.

El anterior estudio nos fué remitido el mes pasado, de Gualaguaychú, por el joven escritor Julio Irazusta, uno de los directores de la *Revista Nacional* que aquí se publica. Ya compuesto el trabajo, ha llegado a Buenos Aires la última novela de Barbusse, *Clarté*, que logrará, sin duda, la misma resonancia y difusión que *Le Feu*. Toda refundición de este estudio que nos habla de la obra de Barbusse hasta *El Fuego*, si pretendiese ocuparse asimismo de *Claridad*, resultaría impropia. Así hemos preferido darlo a luz tal como fué concebido con anterioridad a esta última novedad de librería. Confiamos en que no nos faltará colaborador, acaso el propio Irazusta, el cual nos hable largamente de *Clarté* en algún número próximo. A juicio de esta dirección, *Claridad*, si menos dramática que *El Fuego*, es obra igualmente poderosa, profunda y admirable. Barbusse, en esta novela, ha vuelto a tratar de la guerra, pero lo que pudo temerse, que él se repitiera, no ha sucedido. La guerra que despierta la conciencia dormida del pueblo, que lo levanta a la necesaria obra de justicia social que los tiempos reclaman, eso aparece en *Claridad*. En *El Fuego* resuena una clamorosa protesta contra la insana matanza; en *Claridad*, el grito es más horrisono, más lacerante aún: pocas obras se han escrito, más rebeldes, más iconoclasta que ella. Si tantas cosas decisivas y terribles dicen sus 350 páginas, ¿qué cosa dirían los cortos fragmentos que la censura ha tachado?. — N. DE LA D.

La pintura española desde el Greco a Goya (1)

Segunda conferencia

Ahora llega con su cortejo de sublimes creaciones, el más grande, el más completo, el más definitivo de los genios pictóricos españoles, el glorioso Velázquez. Es el maestro sevillano que vió el día en 1599, a orillas del Guadalquivir y cerró sus ojos para siempre, en Madrid, el 6 de agosto de 1660. Lo que vieron aquellos ojos, dueños soberanos de la luz y fijó en el lienzo su pincel prodigioso es un mundo de forma, color y filosofía que cubre de inmortalidad los muros del Museo del Prado madrileño. Es el alma entera de la monarquía española en el siglo XVII, con sus bufones, sus idiotas, sus príncipes degenerados, sus favoritos orgullosos, sus cloróticas infantas sepultadas en hinchados tottillos, sus decadentes reyes. . . .

Toda la obra de Velázquez puede condensarse en tres épocas. La primera comprende el aprendizaje del joven artista con Herrera el Viejo, cuya brutalidad hizo desertar pronto de la legión reunida por el feroz maestro a un muchacho, cuya nobleza de abolengo y altivo carácter no le permitían sufrir humillaciones ni malos tratos. Sin embargo, el vigoroso y dramático estilo de aquel viejo irascible, tenía que impresionar al infantil espíritu de un futuro pintor, genialmente dotado. Algo después, los cuadros de Ribera y del Greco, ejercieron una influencia aún más decisiva sobre el joven Velázquez. De sus estudios con Pacheco no podía obtener gran fruto. Y en efecto nada tan opuesto como el criterio rigidamente escolástico y ortodoxo del devoto maestro y el genio profundo, ardiente e innovador del alumno, más

(1) Conferencias dadas por el Sr. Ernesto de La Guardia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, los días 3 y 10 de Octubre de 1918. Léase la primera en el N.º 117 de Nosotros.

dado a pintar la "vida" que los símbolos dogmáticos. Más que las pinturas de Pacheco, pareció seducir al joven la obra humana del maestro, es decir, su propia hija, bella niña que endulzaba los sermones y críticas del viejo. Casado con aquella mocita, Velázquez continúa sus primeros trabajos y en ellos, a pesar de no haber encontrado aún los amplios procedimientos y desenvoltura de ejecución alcanzados más tarde, se observa ya esa fuerte tendencia al naturalismo y verdad de expresión, que presentan el "Aguador de Sevilla" y la "Vieja friendo huevos". Como los asuntos religiosos eran de obligación ineludible para un pintor español, aparecen en seguida dos cuadros de tal carácter con la "Adoración de los pastores" y la "Adoración de los Reyes". Pero aquí ya no se trata de misticismo atormentado, sino de un sentimiento plácido y contemplativo.

En 1623, con la protección del Conde-duque de Olivares, el artista sevillano fija su residencia en la corte y obtiene el favor real. Felipe IV le nombra pintor de cámara, a fin de disipar su tedio de soberano ocioso. Datan de aquella época numerosos estudios de naturaleza muerta y la "Reunión de hidalgos", del Louvre. En este cuadro o quizá en el de "La expulsión de los moriscos", destruido por un incendio y con el cual Velázquez ganó el premio en un concurso sobre Vicente Carducho, Caxés y Nardi, debe encontrarse el punto de partida de la segunda época, que se afirma tan poderosamente con "Los Borrachos", pintado en 1628. En tal obra se ha pretendido ver alguna influencia de Rubens, que por aquella fecha fué a Madrid, encargado de una misión diplomática. Sin embargo, la manera del pintor español es ya muy personal y el colorido armonioso, cálido, como la potente ejecución, revelan bien la personalidad del artista. Aquellos hombres de vicioso rostro y ávida mirada, rodean a Baco, el cual corona de pámpanos a un neófito de su culto. En el mocetón que simboliza al dios de los ebrios, se empieza a observar aquel espíritu de sorna y profunda ironía con que Velázquez se complace en tratar al clásico Olimpo. Es un rasgo de genialidad que volveremos a encontrar en el "Vulcano", "Marte" y "Mercurio y Argos".

En Italia, adonde se dirige Velázquez por consejo de Rubens, copia los más célebres cuadros de aquella escuela

y ejecuta diversos trabajos originales, entre los que descuellos "La fragua de Vulcano", magnífico estudio de luz y color. También de Roma proceden los delicados paisajes de la Villa Medicis que encantan por su fino colorido. Luego, en Nápoles, el artista sevillano cultivó el trato y la amistad de su colega Ribera.

Vuelto a Madrid inicia el maestro la serie de espléndidos retratos del rey, del infante D. Fernando, del infante Baltasar Carlos, que en todos, trajes y formas inmortalizaron sus figuras de tristes y aburridos príncipes, gracias al genio de Velázquez. El gran pintor cortesano careció sin duda de espíritu de adulación y no trató de embellecer los augustos modelos que copiaba. Era verista ante todo.

El año 1639 señala otra cúspide en el arte de Velázquez, con su famoso Cristo. Después de tanta pintura mundana, vuelve a un asunto místico, ¡y en qué forma!... ¿Era Velázquez un creyente fervoroso, como el Greco, Morales o Zurbarán? De ningún modo; y sin embargo a él se debe la imagen más impresionante y conmovedora del Cristo crucificado. Velázquez pareció soñar en ella, más que una inspiración divina, un símbolo profundamente humano, de infinito dolor. Sobre fondo negro, como la más oscura noche, brilla, rasgando las tinieblas, un rayo luminoso, una trágica visión. Es la Cruz, de la que pende el lacerado cuerpo del Mártir, cuyo rostro, semioculto por el largo cabello sugiere emoción indescriptible.

A ese Cristo, concepción de sublime idealismo, podrían servirle de contrapeso las filosóficas e irónicas figuras de Esopo y Menipo, pobres vagabundos que responden a tan ilustres nombres. Uno respira dolor resignado; el otro un cinismo de truhán.

Entre los retratos de diversos personajes, como el almirante Pareja y el Conde de Benavente, pintados alrededor de 1640, sobresale uno extraordinario: el ecuestre del Conde-duque de Olivares, en el que caballo y jinete alcanzan una fuerza de movimiento maravilloso. Aquí como en el retrato ecuestre del infante Baltasar Carlos, y en los cazadores de la familia real, se observan esos fondos de agrisadas lejanías, de azuladas sierras envueltas en atmósfera sutil y transparente: son los típicos paisajes de Castilla. En cuanto a la

expresión con que aparece el rostro del célebre favorito no puede ser más sugerente por su aspecto fanfarrón y su aire de general, mandando una batalla. La verdad de movimiento en el galope del caballo montado por el Conde-duque lo hace muy superior al caballito del infante Baltasar Carlos, en el que se observa desproporción evidente.

El año 1640 y los sucesivos fueron de prueba para el imperialismo español, que empezaba a vacilar desde Felipe III. Los fuertes golpes dados por los ejércitos franceses y las insurrecciones de Portugal, Cataluña y Nápoles, señalaban una de sus crisis. Después de la caída del valido, Felipe IV parte con sus tropas para la rebelde región y toma la ciudad de Lérida. El pálido monarca no podía en ninguna ocasión dejar de ver reproducida su imagen por el pintor de cámara, y a la campaña fué también Velázquez, quien dejó, como recuerdo impercedero de ella un soberbio retrato ecuestre del rey, en el que, quizá por única vez, disimula un poco, bajo una apostura marcial, la regia estupidez de su sempiterno y augusto modelo. Sin embargo, el inexpresivo rostro que se dibuja bajo el airoso chambergo, traiciona al opaco espíritu del penúltimo Austria.

El rey establece su corte en Aragón, mientras el ejército termina la campaña. Su tedio habitual le devora, y, como siempre, recurre al pobre gran pintor para distraerse. Ahora tiene la peregrina idea de ver retratados a sus bufones y locos, que merecieron así el alto honor de vivir eternamente, porque su deformidad repugnante fué acariciada por las alas de luz del genio. Nada tan sugerente como la reunión del rey, los bufones y el pintor, bajo el techo de la misma cámara. Para el monarca, su pintor que le divierte es el bufón principal; pero el artista-filósofo nos descubre en su amo al bufón coronado de aquella corte de idiotas. Es la venganza que contra el destino de Velázquez ejercieron los siglos...

Inicia esa original serie de retratos un enano llamado "el Primo", hombrecito de aspecto grave y negro vestido; sentado en el suelo hojea un gran volumen, pero aquellos tristes ojos, reflejo de una inteligencia apagada, ya no pueden descifrarlo. A este extraño personaje suceden otros muchos, deformes y degenerados algunos, como el "Niño de

Vallecas" — ¡pobre despojo humano!, — "Sebastián de Morra", el "Bobo de Coria", "Don Antonio el Inglés" — enano de aspecto feroz que sujeta a un gran perro, — desdichados dementes, como "Don Juan de Austria", o redomados pícaros, cual "Pablillos de Valladolid" y "Pernia o Barbarroja". Es el mundo de miseria, dolor y pillería, que aliviaba el tedio del triste rey.

En 1647, Velázquez produce otra obra estupenda: "La rendición de Breda" o "Las Lanzas". Sobre una inmensa llanura que se pierde en el horizonte nebuloso, inundada a trozos, salpicada de incendios, forman dos ejércitos. A la derecha, el español con sus largas picas; a la izquierda, el flamenco. El vencedor, Spinola, recibe, afable y cortés, al vencido Nassau, que le entrega la llave de la ciudad. No se sabe qué admirar más en esta célebre obra de arte, si la agrupación de las figuras, la espléndida perspectiva, la verdad de la luz, aire y ambiente que lo envuelven, o la expresión psicológica de los dos héroes. Con razón el notable crítico Gustave Geffroy cree hallar en la sonrisa de Spinola un tinte de ironía amarga, y de él deduce que Velázquez sobre su obra genial colocó su escéptica filosofía acerca de las glorias del humano poderío. En efecto, el cuadro fué pintado diez años después de la reconquista de Breda por los flamencos, con lo que la causa de aquel pueblo, martirizado un día por el terrible Alba, volvió a triunfar de sus obstinados perseguidores.

Después de un nuevo viaje de Velázquez a Italia, donde pintó el retrato del papa Inocencio X, que es una combinación asombrosa de todos los matices del rojo, regresó a España en 1651, y el rey completó su obra perjudicial sobre el artista, nombrándole aposentador de palacio con una renta mucho más difícil de cobrar que de señalar. El nuevo cargo le obligaba a tareas indignas de su genio, en perjuicio de su trabajo predilecto. Pero Velázquez no puede renunciar a ser pintor y todavía halla medio de producir sus últimas obras maestras. Aquí comienza su tercera época, con la invención del "impresionismo", técnica más rápida, más ligera, que sin el cuidado minucioso del detalle, logra la más completa impresión de conjunto. Así aparecen "Las Hilanderas", cuadro inconcluso, con fragmentos borrosos, apenas

bosquejados, a pesar de lo cual causan el mejor efecto dentro del movimiento general de las figuras y del torrente de luz que penetra por el fondo, haciendo este cuadro de una belleza única.

Aquí aparecen otra vez los temas religiosos, pero dulces y serenos. Uno es la "Coronación de la Virgen", otro, "San Antonio Abad, visitando a San Pablo ermitaño". Este lienzo es una joya por la suavidad de su composición, por su evocación de un carácter primitivo e ingenuo, en perfecta armonía con el asunto. Las alargadas figuras de los dos santos nos recuerdan al Greco; pero no su expresión de apacible y contemplativo éxtasis. A su alrededor se extiende un paisaje de armonía y encanto infinitos, que se aleja con la dulzura de un ensueño. Este cuadro sugiere emoción íntima y recogida, pareciendo imposible que fuese pintado por el mismo pincel creador de la "Rendición de Breda" o de los grotescos bufones.

De esta época es asimismo el retrato de Martínez Montañés; el de la infanta Margarita; algunos más de Felipe IV; probablemente el de la reina Doña Mariana de Austria, que otros suponen anterior, el cual nos presenta a una dama, fea, seca y rígida como pintarrajeada marioneta. También data de entonces la "Venus del espejo", excepcional y único desnudo femenino de toda la pintura clásica española, hasta llegar a Goya, quien no teme pintar la carne de mujer. Pero tal cosa en tiempos de Velázquez era una audacia que no podía tolerar la gazmoñería reinante, bajo la cual se disfrazaba la depravación más inmoral.

Esta Venus se alejó prudentemente de España, refugiándose en Londres.

Entre las últimas obras de Velázquez deben citarse además la infanta María Teresa, y, sobre todas, la agrupación prodigiosa de retratos que forma "Las Meninas". Este lienzo capital fué creado en 1656, y reproduce el estudio de Velázquez. Una niña, la infanta Margarita María está en medio de sus dos damitas de honor, las meninas, María Agustina Sarmiento e Isabel de Velasco. Un enanito, otra enana monstruosa y un perro, tan notable como los compañeros de los infantiles cazadores, completa el grupo. La puerta abierta del fondo, en la que se ve a otro personaje es un efecto ma-

gistral de luz. Las paredes están cubiertas de cuadros, y en un espejo se reflejan los agrios rostros del rey y de la reina, los monótonos modelos, que molestan por centésima vez al artista con su presencia. El pobre pintor se dispone a retratarlos de nuevo y para dejarnos la prueba de su implacable suplicio se ha colocado él mismo, en el centro de su cuadro, al pie del caballete, en actitud de emprender un nuevo y fatigoso trabajo. Nos lo dice su semblante triste y cansado, en el que ya no se pinta el vigor de sus autorretratos anteriores. Pero su genio era, sin embargo, más potente que nunca para crear semejante maravilla. Y allí está el maestro, eternamente unido a su obra, en la que su efigie también goza el derecho de inmortalizarse.

Se cuenta que Teófilo Gautier al ver "Las Meninas", preguntó: ¿Dónde está el cuadro? Y en efecto, la pregunta es lógica, porque aquello no es pintura, sino realidad. Durante algún tiempo este cuadro hallábase instalado en el Museo del Prado, ante un gran espejo, y al contemplarlo sobre la luna produciase tal milagro de perspectiva, que las figuras se destacaban de la tela y adquirían completo relieve, como seres vivientes en eterna inmovilidad.

Poco tiempo vivió el artista después de esta gran obra. Concertada con Francia la paz de los Pirineos, fué encargado Velázquez de decorar suntuosamente la Isla de los Faisanes, en la que se celebraron las bodas de Luis XIV con la infanta María Teresa. Los trabajos fatigaron mucho al maestro y falleció a su regreso a Madrid. Fué la última molestia que le proporcionó su regio amo.



Herederero del cargo palaciego de Velázquez, aunque no de su genio, fué Carreño de Miranda. Sin embargo este pintor poseía indiscutibles méritos. Si bien no recibió la enseñanza directa de Velázquez, se inspiró profundamente en toda su obra. El gran maestro sevillano, cuya nobleza de carácter le permitía reconocer inmediatamente el talento ajeno, le hizo su amigo, llevando su protección a hacerle abandonar un humilde empleo que poseía en una oficina, para poder consagrarse totalmente a la pintura. Además le enco-

mendó importantes cuadros para decorar el palacio real. Nombrado Carreño pintor de cámara, en los últimos años de Felipe IV, fué también el retratista oficial de la obscura corte de Carlos II.

Carreño pintó bellos cuadros religiosos y notables retratos de bufones, monstruos palatinos y altos personajes. Citaré el retrato de la reina Mariana, en hábito monjil, como señal de luto, y el admirable del último Austria.

Otro protegido de Velázquez fué Juan de Pareja, que había nacido esclavo. Entró al servicio de aquel maestro, quien al descubrir las inclinaciones artísticas de su siervo, lo emancipó e hizo de él un buen pintor. Justamente se ha observado que en cambio nadie emancipó a Velázquez, el cual fué en realidad un esclavo de la corte.

Mateo Cerezo, brillante discípulo de Carreño, se inspiró mucho en la escuela veneciana, y Martínez del Mazo, yerno de Velázquez y el preferido entre sus discípulos, compartió con Carreño de Miranda, al morir el maestro, las tareas de pintor del rey, y Felipe IV continuó, por tanto, perpetuando su imagen hasta lo infinito...

En Alonso Cano (1601-1667), resurge la universalidad del Renacimiento, que ya iba perdiéndose. El autor de "Las Meninas" fué un genio pictórico típico, con exclusión de cuanto no fuese pintura. Cano se distinguió como pintor y escultor, siendo además arquitecto, pero no alcanzó la genialidad. Su talento se muestra vigoroso en la escultura, como en el "San Francisco de Asís"; menos interesante y hasta algo frío, a fuerza de excesiva corrección, en la pintura. Sin embargo, su "Cristo difunto sostenido por un ángel" es un cuadro excelente. Lo más raro es que ese pintor tan medido y correcto, que hoy casi podríamos llamar "académico", fué un hombre turbulento, de vida agitada y aventurera, con duelos, persecuciones por la justicia y otras vicisitudes tormentosas, que acabaron en la toma de un hábito eclesiástico. Como en Ribera, la existencia real de Alonso Cano se confunde con la novela. Durante cierta época pasada en Madrid, no le faltó la protección de Velázquez, quien le hizo nombrar profesor de dibujo del infante Baltasar Carlos y aconsejó la compra para palacio de varios cuadros suyos.

Con Murillo encontramos un nuevo aspecto de pintura.

El sentimiento religioso, bastante entibiado en Velázquez, vuelve a recobrar sus altos derechos dentro del arte español, e inspira casi toda la obra de Murillo. Mas ahora se trata de un misticismo dulcísimo, sin fervores, sin ansias, sin anhelos. Como en Zurbarán, tampoco hay violencias, pero el espíritu es infinitamente más seráfico y apacible. En la serena fe de Murillo no existen los terrores ni las sombras inquisitoriales del fanatismo. Es un alma ingenua, justa, honrada, que expresa su devoción con la suavidad de una pura sonrisa de la luz.

La infancia del artista, nacido en Sevilla en 1618, es conmovedora. Huérfano, privado de maestro, cuando apenas había empezado a manchar telas, sin recursos ni protección, el pequeño pintor decide vender cuadritos en la vía pública y trabaja sin descanso para lograr algunas monedas. El encuentro con un condiscípulo pintor y soldado, Pedro de Moya, que regresaba de Flandes e Inglaterra, maravillado de los Rubens y los Van-Dyck, despierta en el joven Murillo el deseo de aventuras y resuelve visitar la patria de Teniers para admirar el arte de tan grandes maestros. Pero Murillo, a pesar del aspecto mosqueteril con que lo presenta un autorretrato, no poseía genio aventurero. Emprende el viaje, llega a Madrid, donde logra favores y consejos del gran protector de los artistas. Obtiene por medio de Velázquez trabajos productivos, y regresa a su ciudad natal, dueño de una técnica y personalidad que hasta entonces sólo había alboreado. Luego transcurre en Andalucía el resto de su tranquila existencia, consagrada a fecundo trabajo, que vino a interrumpir el desgraciado accidente de la caída de un andamio, sufrida en Cádiz, cuando pintaba en la iglesia de los Capuchinos. A consecuencia de ella, murió el maestro el 3 de abril de 1682.

En la obra general de Murillo, de tan fina delicadeza y seductora gracia, se observa, no obstante, el defecto de una monotonía excesiva en los asuntos: Santos, niños, vírgenes y querubines. La suavidad de color y finura de dibujo: la angélica y eterna sonrisa del "pintor del cielo" llega a parecer fatigosa, dulce en extremo y se advierte en su arte demasiada blandura y falta de vigor. Es indudable que algunos rasgos característicos de la decadencia empiezan a ma-

nifestarse en Murillo; pero este maestro es grande todavía y en numerosas obras resplandece su belleza suave y tranquila. Entre los mejores cuadros de Murillo figuran las conocidas "Concepciones" y otras vírgenes, donde más que a la iluminada Madre de Dios, podrían reconocerse a sencillas y graciosas muchachas sevillanas. Sus inspiraciones sobre la "Adoración de los pastores" y la "Sagrada familia del pajarito" poseen encantadora intimidad. "Santa Isabel de Hungría, curando a los leprosos" y algunos lienzos conservados en Sevilla, como "Cristo abrazando a San Francisco", son obras notabilísimas. En alguno que otro cuadro, el "Niño mendigo", por ejemplo, Murillo se acerca mucho a la manera de Velázquez, pero tales aproximaciones son escasas.

Con Herrera el Mozo, contemporáneo de Murillo, y otros pintores se inicia ya una franca y rapidísima decadencia contra la que lucharán en vano los dos últimos artistas célebres de la época: Valdés Leal y Claudio Coello. El primero fué un pintor tétrico y terrible de la muerte y de la tumba. Coello, que se perfeccionó con Carreño de Miranda, heredó a la muerte del maestro el cargo de aposentador de Palacio, llegando a tiempo de pintar la agonía de la casa de Austria, mientras el arte español completaba su ruina. Coello murió en 1694, seis años antes que el rey. Sus postreros días fueron muy tristes. Era el último resto de aquella pintura espléndida, que apenas treinta años atrás podía competir con la mejor de Europa; y con ella, las demás artes y las letras españolas del siglo de oro sucumbían tristemente, en medio de la ruina general. Claudio Coello era viejo y solo, y murió sin la esperanza de que un heredero luchara todavía en pro del moribundo arte. ¡Triste final de un artista consciente! En tanto, el italiano Luca Giordano, llamado "Fa-presto", por su facilidad asombrosa, cubría a la corte y a España entera con un alud de pobres y mediocres pinturas, torrencial diluvio de colorines. Era una desgraciada mueca de payaso, que, cual carcajada burlesca, rasgaba los fúnebres velos de tanta melancolía.

Claudio Coello dejó cuadros notables, como la "Sagrada Forma", del Escorial, y otros del Museo del Prado. Entre

todos sobresale un magistral retrato de Carlos II, tanto o más expresivo que el de Carreño de Miranda.

Observando el macilento rostro del "Hechizado", con su expresión de imbecilidad, se comprende toda la degeneración a que llegó gradualmente la dinastía de los Austrias, degeneración paralela a la ruina política y económica en que se iba derrumbando la nación para la cual era estrecho el mundo cien años antes(1).

(1) Tal decadencia, la más grande y sorprendente acaso que registra la historia, fué causada por los continuos e incorregibles errores de la monarquía, bajo aquella funesta casa reinante. Un distinguido catedrático español, Macías Picavea, ha llamado "austracismo" la desdichada influencia ejercida en España por esa dinastía. Así, con la ambición ilimitada, que aspiraba a la dominación universal, creando un imperio infinitamente más vasto que el romano, nació el más implacable despotismo que acabó con la libertad y casi la vida de las regiones, aun mal consolidadas en la reciente unidad; un absorbente y feroz centralismo cuyas funestas consecuencias habrían de perpetuarse; la intolerancia religiosa con la Inquisición por dueña de conciencias; las inmensas equivocaciones, fruto del fanatismo, de expulsar a judíos y moriscos; la emigración desmedida al Nuevo Mundo, como consecuencia del antiguo carácter aventurero de la raza; la administración desastrosa y corrompida de reyes y favoritos, que dejaban escapar de España el río de oro procedente de América y la riqueza nacional, mientras la miseria reinaba sobre el pueblo... Y, como consecuencia de todo, la despoblación, la perpetua guerra, la muerte de la industria, del comercio y la ignorancia universal, dueña de los espíritus. En menos de cien años, España cayó del primero al último lugar entre las naciones de Europa, mientras su gran imperio colonial de la otra orilla del Atlántico, pésimamente gobernado, dormía, esperando la hora de la libertad. Esa fué la herencia que dejó la casa de Austria y lo que es peor aún: cierto sedimento de negro obscurantismo, de monarquismo inveterado, de apego a lo rancio y retrógado, que no ha podido vencer todavía el moderno espíritu liberal, cuya aurora señalaron los gloriosos ministros de Carlos III, para madurar más tarde en las épicas luchas civiles del pasado siglo. Pero la España de los Austrias late aún y se ha hecho más evidente ante el horrendo drama que desangra al mundo.

A fines del siglo XVII, sobre el abismo en que yacía España, se alzaba, como un espectro, el pobre rey, en quien la superstición creyó ver un poseído del demonio que conjuraban los exorcistas, mientras la hechizada Majestad Católica, bajo cuya corona se había alojado comodamente Satanás, se moría de anemia y de terror.

Con razón ha dicho un historiador conocido que "Carlos I fué general y rey; Felipe II sólo rey; los dos Felipes III y IV ya no supieron ser reyes y Carlos II ni siquiera fué hombre". El escritor Viardot, refiriéndose a los retratos de estos monarcas, dijo que en Carlos V se reconoce la penetración fina, la voluntad obstinada, la fuerza tranquila; en Felipe II la celosa suspicacia, la voluntad poderosa aún, pero astuta y vengativa; en Felipe III el conato de voluntad, pero incierta, insuficiente, el querer sin poder; en Felipe IV la debilidad indolente; en Carlos II la imbecilidad". A estas sutiles observaciones del literato francés podría agregarse para Carlos V una expresión de fría crueldad; para Felipe II, reserva impenetrable e impasibilidad imponente; para Felipe IV, el tedio incurable y la idiotez incipiente; para Carlos II, la degeneración absoluta.

Con los reyes borbónicos comienza una vida nueva en la decaída España, que renacía como el Fénix, pero el arte destruido a la muerte de Carlos II, no irradió su luz durante cerca de un siglo. Como antes del Greco, los pintores de la península ibérica se limitaron a imitar el arte extranjero. Su genio original, cuya franca decadencia se precipitó después de Murillo, parecía muerto definitivamente. En toda la primera mitad del siglo XVIII, apenas podría mencionarse más que uno solo y no muy notable pintor, el catalán Viladomat, que conservase una huella de la gran tradición pictórica española. Los monarcas Borbones traen pintores de Francia; los italianos siguen las huellas de Giordano y continúan inundando a España de fáciles pinturas. Felipe V, con toda su familia, se hace retratar por Vanloo, quien deja en Madrid un cuadro de monumentales dimensiones, pero de frialdad absoluta. El feliz reinado de Fernando VI, prematuramente interrumpido por una terrible neurastenia que llevó al soberano a la demencia y a la muerte, dejó como recuerdo de la protección dispensada a las artes por el regio amigo del cantor Farinelli, la fundación de la Academia de San Fernando, establecida en 1751. Su objeto era fomentar con una enseñanza oficializada el resurgimiento de la pintura nacional. Sin embargo los resultados fueron casi nulos.

Algo después, reinando Carlos III, fué nombrado director de Bellas Artes un artista de nacionalidad indefinida, Rafael Mengs, nacido en Bohemia, de sangre danesa y de espíritu italiano, dadas sus tendencias artísticas. Pero Mengs, al contrario del Greco, no creó arte de carácter español, proponiéndose en cambio fundar una escuela pseudo-clásica, a base de eclecticismo excesivo y ambicioso, donde pretendía sintetizar todas las cualidades de las más brillantes escuelas italianas. Entre sus discípulos sobresalieron Bayeu, Ferro y Maella, pero la gran empresa emprendida por Mengs fracasó. Entre tanto, los dos Tiépolo decoraban el nuevo palacio real, y los Wateau, Nattier, Fragonard y otros franceses seguían imponiendo su escuela, de la que fué un hijo espiri-

tual muy distinguido Luis Paret, el más fino imitador español de aquella sutil y elegante pintura, que exhala todavía un exquisito perfume del Trianon.

En medió de aquel estado de cosas, el año de 1746 vino a ser memorable, porque en él se produjo un verdadero milagro: el renacimiento del genio pictórico genuinamente español, encarnado en el rudo y turbulento aragonés D. Francisco de Goya y Lucientes. Tan insigne artista había de fulminar con la violencia del rayo todo el falso y convencional neo-clasicismo cultivado por sus compatriotas. A través de la gran laguna observada en la historia de la pintura española, Goya extiende su brazo gigantesco para dar la mano a Velázquez y aún al Greco, estableciendo así el nexo de la tradición en el arte nacional. Pero esto sólo se produce en cuanto se refiere a ciertos procedimientos de técnica, a determinados efectos expresivos, a algunos recursos para reflejar el carácter vigoroso y el fuerte realismo, cualidades típicas de toda la escuela. Respecto al espíritu es diferente en absoluto, pues el ambiente en que vivió Goya, y que supo reflejar a maravilla en sus cuadros no se parece ya al medio de las épocas anteriores. Además Velázquez tuvo la desgracia de ser casi un esclavo de la Corte; en cambio Goya fué un hijo del pueblo, un espíritu libre e inquieto, al que sólo pudo sujetar la Corona, haciéndole su servidor, un cierto período de su vida. Por tanto, el alma entera popular pareció encarnarse en el pintor de Fuendetodos. Goya no fué jamás un personaje cortesano y todavía menos, un místico. La Fe, inspiradora de casi todos los pintores españoles, que en Velázquez se debilita considerablemente, desaparece en Goya hasta el punto de que en sus propios cuadros religiosos el maestro aragonés se olvidaba del cielo, mirando solamente a la tierra. Los "frescos" de San Antonio de la Florida, en Madrid, el "Cristo", del Prado, las "Santas Justa y Rufina", de Sevilla y otras obras análogas, parecen presentarnos majos y manolas, que en lugar de estar clavados en una cruz, o ciñendo ropajes monacales, deberían tañer una guitarra, cubiertos por un capote de torero o hacer ondular al viento la mantilla madroñera, símbolo grácil de todo el garbo y donaire populares. Esta observación destruye el pretendido misticismo que algunos creen ver en el maestro. La

fe religiosa en Goya se halla sustituida por hondo ingenio satírico, que se ha comparado al de Quevedo, y penetrante observación filosófica. Aquel artista de notable incultura, que escribía sus cartas en forma torpe y plagadas de errores ortográficos, era sin embargo un verdadero filósofo, el cual a falta de pluma, se valía del pincel para meditar sobre las miserias y flaquezas del mundo. Pero más que un contemplativo, como Velázquez, Goya era hombre de acción y no pudiendo contentarse solamente con meditar y reflejar, obraba, cayendo cual una tromba sobre todo y sobre todos, no respetando altar, ni trono, ni inquisición, ni aristocracia, ni conventos, y en su furia demoledora soñaba las fantásticas y endiabladas visiones de los "Caprichos", donde la iglesia, el mundo y la sociedad salían vapuleados por este feroz Aristófanes de la pintura.

Goya fué un hijo espiritual de la Revolución francesa y en tal sentido es curioso compararlo con un contemporáneo suyo, sublime genio alemán, el inmortal Beethoven, que glorificó a Bonaparte, Primer Cónsul de Francia y renegó de Napoleón, emperador de Europa. No es menos interesante observar que la notable afinidad de ideas, el carácter franco y rudo, la independencia y el amor a la libertad de Beethoven y Goya, se completan por algún parecido de ciertos rasgos físicos y hasta en el achaque de la sordera que afligió a ambos maestros. El arte de Beethoven es idealista y contemplativo. El de Goya realista, caústico o simbólico; más, a pesar de ello, sus autores tenían puntos de contacto psíquicos y materiales. Un crítico, — Benigno Pallol — ha dicho con todo acierto que "Goya se llevó al sepulcro una doble llave: la que cerró el templo donde refulgen las glorias de la pintura antigua, y la que abre nuevos horizontes al arte universal". Idéntico juicio, respecto a música, podría aplicarse a Beethoven.

Comparado Goya con Velázquez se observa que a pesar de ciertas analogías pictóricas, el aspecto y espíritu de los dos artistas es muy diferente. El maestro sevillano era un tipo aristocrático, de elegancia y distinción supremas, de gallarda apostura. Bajo el pintor parecía ocultarse un príncipe. Goya era de facha tosca y ruda, de traje descuidado,

de aspecto bohemio, de facciones enérgicas e imperiosas hasta lo brutal. Algo los hacía hermanos: el genio.

Por los diversos conceptos expresados se comprenderá que si bien Goya se enlaza bajo ciertos aspectos con la tradición clásica española, es al mismo tiempo tan audaz en su espíritu y en su forma, que puede considerársele como el brillante pórtico de la moderna escuela ibérica.

En los antiguos pintores españoles se encuentran con frecuencia dos tipos psicológicos diferentes. Uno es sereno y apacible, como Zurbarán, Velázquez, Murillo; otro, atormentado, turbulento, vehemente, aventurero, como el Greco y Ribera. Goya pertenece al segundo. Hasta hace poco creíase conocer muy bien la vida del artista aragonés; pero el autorizado crítico Beruete y Moret, ha sembrado la duda, proyectando sombra y desconfianza sobre numerosas anécdotas que se creían verídicas hasta ahora, por donde la conocida biografía de un pintor relativamente moderno viene a resultar casi tan novelesca como la del Españolito o la de Alonso Cano.

Aunque, según Beruete, faltan pruebas, es probable que la primera juventud de Goya, transcurrida en Zaragoza y Madrid fuese bastante borrascosa, si bien no ha quedado una demostración tangible de la serie de escándalos, maridos burlados, desafíos y cuestiones con la policía que, como nos cuentan diversos biógrafos, ocasionaba a su paso aquel Tenorio aragonés; pero si algo hubo quizá, lo indudable es que se exageró considerablemente. Definida su vocación artística, después de un breve estudio hecho en Zaragoza con Luján, y algunos ensayos realizados en Madrid, por consejo de su amigo y colega Bayeu, Goya se dirige a Roma donde estudia las obras maestras de los italianos, con un método bien singular, consistente en no copiar ni pintar nada, sino tan sólo mirar y observar mucho (1).

En Roma hace amistad con el pintor francés David y después de algunas aventuras, también dudosas, regresa a España. Goya contaba cerca de treinta años y no había producido casi nada importante, revelando así una completa

(1) Algunos afirman que para llegar desde Madrid al puerto donde embarcó para Italia, Goya tuvo que agregarse a una cuadrilla de toreros ambulantes.

falta de precocidad, a pesar de sus brillantes aptitudes. Como excepción puede considerarse su cuadro "Anibal, vencedor, contemplando desde los Alpes las campiñas de Italia", pintado en 1771, a los veinticinco años, que le valió un segundo premio en un concurso abierto en Parma.

Vuelto a Zaragoza, pinta la decoración de la iglesia del Pilar, inaugurando así su verdadera carrera artística; pero su trabajo le cuesta grandes disgustos con los canónigos. Se casa con la hermana de su amigo Bayen, e instalado en Madrid, obtiene, por mediación de Mengs, un encargo muy importante, que había de ocuparle largos años, consistente en la pintura de cartones para la fábrica de tapices de Santa Bárbara. Así, después del "Almuerzo sobre la hierba", con que inicia la serie, pinta los más variados asuntos, siempre dentro del carácter popular y lo hace con tanta gracia y delicadeza, con tan brillante colorido, con tal verdad de ambiente que todo el espíritu del pueblo desfila por esa notabilísima colección de cartones, entre los que descuellan "La gallina ciega", "El pelele", "Las majas y el embozado", "Baile a orillas del Manzanares", "El cacharrero", "El juego de pelota" y otras escenas pintorescas tratadas con primoroso arte. Se suele reprochar alguna sequedad de ejecución o coloridos demasiado chillones; pero es preciso tener en cuenta que tales cuadros no son definitivos, sino simples modelos para tapices, donde la obra resulta completa.

En 1778 experimentó Goya una revelación que había de ejercer profunda influencia sobre su espíritu: conoció el arte de Velázquez. Las obras de este pintor estaban repartidas por los palacios de los diversos sitios reales y Carlos III, deseando reunir todos los cuadros en el nuevo alcázar de Madrid, ordenó a Mengs su traslado a la capital. Pero la pintura de Velázquez, lo mismo que la de todos los grandes artistas españoles del siglo XVII, se hallaba fuera del gusto de la época. Mengs despreciaba profundamente a Velázquez y los cuadros que hoy son la más preciada joya del Prado, fueron entonces a cualquier rincón del nuevo y fastuoso palacio. Goya conoció así a Velázquez, y desde aquel momento no quiso estudiar ni copiar otra cosa. Quizá una inspiración inconsciente decía a Goya que él continuaría y renovaría el

espléndido arte nacional que tenía en el autor de "Las Meninas" su más alta cima.

En otros cuadros, además de los cartones, continuaba Goya su tarea de pintor popular, que inmortalizara a majas y chisperos, cuando en los últimos años del siglo XVIII, la ejecución magistral de varios retratos, le hace el pintor de moda de la aristocracia y retrata sin descanso a los más encumbrados personajes y las más linajudas damas. Es fama que Goya gozaba de grandes simpatías entre ellas y a tal cosa se debe su amistad con la duquesa de Alba, mujer independiente y de amplias ideas que forzosamente debía simpatizar con el artista. Cuéntase que la duquesa fué desterrada de la corte por sus escándalos; que Goya la siguió a sus posesiones de Andalucía y vivió con ella hasta que la dama pudo regresar a Madrid; que la pintó vestida de maja y completamente desnuda y que luego, al ser abandonado por ella, hizo su caricatura en los "Caprichos", con el título de "Sueño de mentira e inconstancia". Si toda esta historia es realidad o fantasía no se sabe positivamente. Beruete la pone en duda. Es cierto, sí, que la intimidad entre el pintor y la duquesa fué grande, pero no podría afirmarse hasta qué grado llegó. Los diversos retratos que dejó Goya de su amiga son bellísimos por su elegancia y distinción; en cuanto a los dos cuadros celebérrimos conocidos ambos por "La Maja", inspiradores de poetas y novelistas, es poco verosímil que representen a la duquesa, porque fueron pintados después de la muerte de la dama, fallecida en 1802, todavía en plena juventud. Además "La Maja" no recuerda los auténticos retratos de la duquesa. El desnudo femenino de Goya es la segunda excepción en la antigua pintura española.

La creciente fama de Goya, como retratista, le hizo ser nombrado pintor de cámara de Carlos IV, en 1799 y reprodujo la imagen de aquel rey fanteche y de su augusta esposa, María Luisa, que solía olvidar las mayestáticas pompas ante los encantos físicos de Godoy, en medio del general libertinaje de la Corte, demasiado rígida e injusta con la pobre duquesa de Alba, si en rigor fué desterrada. Los hipócritas velos del siglo anterior, habían caído para dejar ver la verdad desnuda. Sería más deshonesto, pero menos infame.

De 1800 data la obra capital de Goya, como pintor de retratos. La "Familia de Carlos IV" es un cuadro maravilloso, un derroche de colorido y luz deslumbradores, de magnífico realismo, de vida sorprendente. El rey muestra su mansa figura; la reina su violencia y sensualidad desenfrenada; el príncipe de Asturias, su perversidad naciente. Los demás reales personajes y cortesanos completan el conjunto, que brilla con atornasolados reflejos, como precioso plumaje de papagayos. Profunda y caricaturesca ironía envuelve a las regias personas. Goya, en sus "Caprichos" había disparado ya los dardos de su sátira. "El sueño de la razón—decía—engendra monstruos", y al crear endriagos y brujas y evocar diabólicos aquelarres, se había reído de todos los ídolos de la humanidad.

Luego crea Goya los trabajos al agua-fuerte de la "Tauromaquia", pero una grande y poderosa emoción le inspira sus "Desastres de la guerra". Los ejércitos napoleónicos han invadido a España, y Goya, como Beethoven, formula su protesta contra el imperialismo extranjero. Protesta muda, pero elocuente, que surge en las terribles "Escenas del 2 y 3 de mayo de 1808".

Sin embargo, el pintor simpatizaba tanto con las nuevas ideas, que con frecuencia pasó por "afrancesado". Pero que siguiera bajo el efímero reinado de José Bonaparte en su puesto de pintor de cámara y que ejecutase retratos del hermano de Napoleón es otra leyenda que se ha destruido.

No obstante, en los "Desastres de la guerra", el sentimiento del artista parece elevarse más allá de la exaltación patriótica para condenar los horrores de la barbarie. Allí palpita una protesta contra la guerra y un latido de piedad universal.

Cuando en 1814 regresó de Francia el tristemente célebre "Deseado", Goya fué de nuevo pintor del rey, si bien el monarca no vaciló en participarle la satisfacción con que lo habría visto ahorcado. Fernando VII no era un pobre imbécil como Carlos II, sino un degenerado perverso, cuya abyección se refleja bien en los retratos pintados entonces por Goya.

Poco después, el maestro, siempre joven de espíritu, se inflama por una nueva pasión artística: es el Greco, a quien

estudia profundamente, y del cual, a pesar de la edad avanzada de Goya, se deja influenciar en los retratos de aquella época.

Entre tanto los sucesos políticos se agravaban cada vez más. Dueños los "blancos" del poder ejercían su implacable terrorismo. La Inquisición volvía a reinar, a los gritos de "¡Viva el Rey neto!", "¡Vivan las cadenas!" y la inmortal obra de las Cortes de Cádiz se anulaba con el martirio de sus gloriosos creadores.

Goya vivía retirado, en las afueras de Madrid, como un hipocondriaco, y habitaba la llamada "quinta del Sordo", entregado a sus sombrías meditaciones, en medio de sus tétricos caprichos, de aquellas fúnebres aguafuertes que le hacían contemplar a la Muerte derribando los tronos y las humanas grandezas, y al cadáver que en sus crispados dedos sostenía esta implacable sentencia: "¡Nada!" Pero el espíritu luchaba siempre y contra el negro escepticismo surgía la luz del fondo de la noche, "Luz ex tenebris", escribía el maestro y a través de las profundas tinieblas hacía pasar un rayo deslumbrador que ahuyentaba a cuervos y lechuzas.

Mas los tiempos no eran para meditar. El intento de resucitar la constitución había fracasado y la Santa Alianza, invocada por el rey aplastaba el espíritu rebelde español, afianzando el triunfo de la reacción en toda Europa (1).

Goya, reputado como un liberal empedernido, comprendió que su posición se hacía peligrosa. En 1824 el anciano pintor buscó un pretexto para salir de Madrid dirigiéndose a Francia. Se instaló en Burdeos, donde residían numerosas familias españolas emigradas, y allí murió, el año 1828, a los ochenta y dos de edad, casi ciego, pero esforzándose, no obstante, en trabajar aún ensayando la litografía.

Así, en el destierro voluntario, se extinguió aquella agitada y fecunda vida del artista, que con Theotocópuli y Velázquez señala los tres momentos más gloriosos en la historia de la pintura española.

ERNESTO DE LA GUARDIA.

(1) La expedición contra España de aquellos "cien mil hijos de San Luis" que culminó con la toma del Trocadero, era la antítesis de las ideas revolucionarias que entraron antes desde los Pirineos. La restauración borbónica en Francia echó esa mancha sobre la historia de la gran nación libertadora del hombre.

IRREMEDIABLEMENTE... (1)

Soy esa flor...

Tu vida es un gran río, va caudalosamente...
A su orilla, invisible, yo broto dulcemente;
Soy esa flor perdida entre juncos y achiras
Que piadoso alimentas, pero acaso ni miras.

Cuando creces me arrastras y me muero en tu seno,
Cuando secas me muero poco a poco en el cieno,
Pero de nuevo vuelvo a brotar dulcemente
Cuando en los días bellos vas caudalosamente.

Soy esa flor perdida que brota en tus riberas
Humilde y silenciosa, todas las primaveras.

Peso ancestral

Tu me dijiste: no lloró mi padre,
Tu me dijiste: no lloró mi abuelo,
No han llorado los hombres de mi raza,
Eran de acero.

Así diciendo te brotó una lágrima
Y me cayó en la boca.
Más veneno yo he bebido nunca en otro vaso,
Así pequeño.

(1) Del libro del mismo nombre, próximo a aparecer. —

Débil mujer, pobre mujer que entiende,
Dolor de siglos conocí al beberlo...
Ah, el alma mía soportar no puede
Todo su peso!

Silencio...

Un día estaré muerta, blanca como la nieve,
Dulce como los sueños en la tarde que llueve.

Un día estaré muerta, fría como la piedra,
Quieta como el olvido, triste como la hiedra.

Un día habré logrado el sueño vespertino,
El sueño bien amado donde acaba el camino.

Un día habré dormido con un sueño tan largo
Que ni tus besos puedan avivar el letargo.

Un día estaré sola, como está la montaña
Entre el largo desierto y la mar que la baña.

Será una tarde llena de dulzuras celestes,
Con pájaros que callan, con tréboles agrestes.

La primavera rosa como un labio de infante
Entrará por las puertas con su aliento fragante.

La primavera rosa me pondrá en las mejillas
—La primavera rosa!—dos rosas amarillas...

La primavera dulce, la que me puso rosas
Encarnadas y blancas en las manos sedosas.

La primavera dulce que me enseñara a amarte,
La primavera misma que me ayudó a lograrlo.

La primavera—dioses—portará a mis mejillas
Las rosas estrujadas, las rosas amarillas!

Oh la tarde postrera que imagino yo muerta
Como ciudad en ruinas, milenaria y desierta.

Oh la tarde como esos silencios de laguna
Amarillos y quietos bajo el rayo de luna!

Oh la tarde embriagada de armonía perfecta:
Cuán amarga es la vida... Y la muerte qué recta!

La muerte justiciera que nos lleva al olvido
Como al pájaro errante lo acogen en el nido.

Me besarás los ojos... estarás a mi lado...
—Adiós, hasta mañana, hasta mañana amado.

Y caerá en mis pupilas una luz bienhechora,
La luz azul-celeste de la última hora.

Una luz tamizada que bajando del cielo
Me pondrá en las pupilas la dulzura de un velo.

Una luz tamizada que ha de cubrirse toda
Con su velo impalpable como un velo de boda.

Una luz que en el alma musitará despacio:
La vida es una cueva, la muerte es el espacio...

Y que ha de deshacerme en calma lenta y suma
Como en la playa de oro se deshace la espuma.

.....

Oh silencio, silencio... esta tarde es la tarde
En que la sangre mía ya no corre ni arde.

Oh silencio, silencio... en torno de mi cama
Tu boca bien amada dulcemente me llama.

Oh silencio, silencio, que tus besos sin ecos
Se pierden en mi alma temblorosos y secos.

Oh silencio, silencio, que la tarde se alarga
Y pone sus tristezas en tu lágrima amarga.

Oh silencio, silencio, que se callan las aves,
Se adormecen las flores, se detienen las naves.

Oh silencio, silencio, que una estrella ha caído
Dulcemente a la tierra, dulcemente y sin ruido.

Oh silencio, silencio, que la noche se allega
Y en mi lecho se esconde, susurra, gime y ruega.

Oh silencio, silencio, que el Silencio me toca,
Y me apaga los ojos, y me apaga la boca.

Oh silencio, silencio, que la calma destilan
Mis manos cuyos dedos lentamente se afilan...

Esa estrella...

Esa estrella, la roja, de tal modo escintila
Que quisiera sentirla palpitar en mi pecho...
Silenciosa me quedo en la noche tranquila
Encogida de miedo, bajo el fúlgido techo.

Cómo es roja y pequeña!... Se me antoja una guinda
Madurada y sabrosa... Quisiera poseerla,
Redondearla en mis dedos, conocer lo que brinda,
Paladearla en mi boca, con mis dientes morderla.

Oh la fruta divina que crear a Dios plugo...
¿Qué sabor delicioso no tendría su jugo!
¿Qué perfume selecto no tendría su pulpa!

Pobre boca la mía, codiciosa del cielo,
Pobre boca imprudente que no logra consuelo,
Pobre boca sedienta castigada sin culpa!

Vieja luna

Me protegen tus brazos del invierno;
Bajo su amparo tierno
Dejo pasar las horas en letargo
Triste y largo.

Siento que toda cosa me es amada,
Que de la caridad estoy acompañada,
Amo hasta el mal que hiera...
Piedad para el que muere!

Oh vieja luna, descarnado mundo
Que recorres el cielo en silencio profundo...
¡Cuánto calor tiene el amado mío!
Luna... ¿no tienes frío?

Tanta dulzura

Tanta dulzura alcánzame tu mano
Que pienso si las frutas te engendraron,
Si abejas con su miel te amamantaron
Y si eres nieto excelso del Verano.

Tanta dulzura no es de rango humano;
Los dioses tus pañales perfumaron,
Sobre tu sangre roja desfilaron
Ojos de niños, lasitud del llano.

Tanta dulzura, que cayendo al alma
Mueve esperanzas, le procura calma
Y todo anhelo de virtud corona.

Tanta dulzura, para bien sentida,
Que digo al mal que me consume: olvida,
Y al fuerte daño que me dan: perdona.

Ven...

Ven esta noche, amado, tengo el mundo
Sobre mi corazón, la vida estalla!...
Ven esta noche, amado, tengo miedo
De mi alma.

Oh, no puedo llorar! Dame tus manos
Y verás cómo el alma se resbala
Tranquilamente, cómo el alma cae
En una lágrima.

¿Y tú?...

Si, yo me muevo, vivo, me equivoco,
Agua que corre y se entremezcla, siento
El vértigo feroz del movimiento:
Huelo las selvas, tierras nuevas toco.

Si, yo me muevo; voy buscando acaso
Soles, aurora, tempestad y olvido.
¿Qué haces allí misérrimo y pulido?
Eres la piedra a cuyo lado paso.

Me atreveré a besarte...

Tu, de las manos fuertes, con dureza de hierro
Y los ojos sombríos como un mar en tormenta,
Toda suerte o ventura en tus manos se asienta,
La fortuna te sigue, la fortuna es tu perro.

Mírame aquí a tu lado, tirada dulcemente;
Soy un lirio caído al pie de una montaña...
Mírame aquí a tu lado... Esa luz que me baña
Me viene de tus ojos como de un sol naciente.

Cómo envidio tus uñas insertas en tus dedos
Y tus dedos insertos de tu mano en la palma
Y tu ser todo inserto en el molde de tu alma!
Cómo envidio tus uñas insertas en tus dedos.

A tus plantas te llamo, a tus plantas deliro...
Ah, tus ojos me asustan... cuando miran el cielo
Le hacen brotar estrellas. Yo postrada en el suelo
Te llamo humildemente con un leve suspiro.

Acoje mi pedido: oye mi voz sumisa,
Vuélvete a donde quedo postrada y sin aliento,
Celosa de tus penas, esclava de tu risa,
Sobra de tus anhelos y de tu pensamiento.

Acoge este deseo: dame la muerte tuya,
Tu postrera mirada, tu abandono postrero,
Dame tu cobardía, para tenerte entero
Dame el momento mismo en que todo concluya.

Te miraré a los ojos cuando empiece la sombra
A rondarte despacio... cuando se oiga en la sala
Un ruido misterioso que ni es paso ni es ala,
Un ruido misterioso que se arrastra en la alfombra.

Te miraré a los ojos cuando la muerte abroche
Tu boca bien amada que no he besado nunca...
Me atreveré a besarte cuando se haga la noche
Sobre tu vida trunca.

ALFONSINA STORNI.

Los estudios filosóficos en nuestra Facultad de Filosofía y Letras ⁽¹⁾

En un libro interesante publicado por un profesor francés, Mr. E. Haguénin, con motivo de un viaje de estudio que efectuara a través de las universidades italianas, su autor emite el juicio de que las Facultades de Filosofía y Letras de dicho país "son una mezcla compleja de instituciones antiguas, de tendencias nuevas, de préstamos mal hechos, incompletos y contradictorios, de reglamentaciones retardatarias e improvisadas siem-

(1) A fines de 1917, cuando ocupaba la presidencia del Centro Estudiantes de Filosofía y Letras, expresé la necesidad de reformar los planes de estudio en sus diferentes secciones, pues puse de relieve las graves deficiencias e incoherencias del plan vigente. En una nota a un artículo de Roberto F. Giusti (*Los estudios literarios en la Facultad de Filosofía y Letras*, "Verbum", Marzo y Abril de 1918) expresé lo siguiente: "Resolvió entonces la Comisión Directiva encomendar la crítica y proyecto de reformas a egresados de nuestra Facultad, para elevar al Consejo Directivo, a base de dichos informes, un plan integral que contuviera las modificaciones indispensables a juicio del Centro. Fueron designados para informar, acerca de la sección Letras el doctor R. F. Giusti, de la sección Historia el doctor Arturo Vázquez Cey y de la sección Filosofía el profesor G. Bermann. Publicamos hoy el juicio crítico que ha enviado, a nuestro pedido, un ex-alumno que honra a nuestra Facultad, una personalidad cuyos poderosos rasgos originales hácenle resaltar en la crítica latino-americana. Nos permitimos recomendar insistentemente a nuestros profesores, amigos y condiscípulos que lean y mediten esta valiente exposición del doctor Giusti, cuya parte constructiva deberá completarse. Y les agradeceríamos nos envíen las conclusiones de su análisis y modo de pensar sobre esta cuestión de indudable trascendencia para el porvenir ideal de esta casa de altos estudios".

La comisión nombrada se reunió algunas veces y resolvió publicar los informes parciales. Habiendo tomado en aquella época parte activa en el movimiento estudiantil, no tuve tiempo de dar forma a mi pensamiento sobre este tema. La influencia del movimiento de Córdoba, ha precipitado la Reforma de los estatutos universitarios y ha permitido la participación de los delegados estudiantiles en la dirección de las Facultades, propiciando así la Reforma del Plan de estudios. Uno de di-

pre parciales y por eso mismo inútiles" (1). Estas apreciaciones convienen perfectamente a nuestra Facultad de Filosofía y Letras. La diferencia reside en que las Facultades similares italianas y las francesas — que son también pasibles de la misma crítica — dotadas de una vasta tradición cultural, adolecen de múltiples fallas, dentro de la fisonomía característica que han ido modelando siglos de existencia. La nuestra, en cambio, vive de reflejo la vida de aquellas, pues ha adoptado sus programas y organización, gracias a lo cual sufre de sus errores y padece por los propios defectos.

Se comprueba este aserto mediante el análisis de su plan de estudios, y es mi objeto demostrarlo en lo que respecta a la sección de Filosofía. El esfuerzo pertinaz de algunos de sus dirigentes — no siempre entusiastas — nos ha legado una institución de altos estudios valiosa por muchos conceptos, tal vez más por lo que promete ser, que por lo que es en realidad. Demasiados motivos de agradecimiento debemos a nuestros predecesores para que fuere necesario arrojar tierra sobre su acción — a fin de explicarse la deficiencia de los estudios. — Basta para explicarla lo novedoso de la iniciativa a la que han opuesto resistencia los espíritus "prácticos", lo incipiente de nuestra cultura, y la desorientación ambiente. Es bueno consignar expresamente que la sección de Filosofía es de las que presta más servicios, pero que si se estanca en su situación actual perderá los sencillos prestigios que tiene.

En el proyecto de Leguizamón y en el informe mencionado de Giusti se han señalado ya algunas de las incoherencias del plan vigente. Desde luego, por el solo hecho de distinguir entre la sección de Filosofía y las otras, como un departamento que tiene su radio de estudio propio, es que considero un absurdo sin par que se regale el título de Doctor en Filosofía y Letras a un alumno que haya cursado cualquiera de las secciones. Es

chos delegados, el diligente consejero señor J. Guasch Leguizamón, presentó un Proyecto de Plan de Estudios de algunas de cuyas opiniones participo, pero que no me satisface por entero. Por eso, creo un deber aportar mi juicio, lo mismo que cada uno debe hacerlo, en visperas de la ansiada reforma. En el sentido indicado publico estas líneas que resumen largos años de observación y en las que alienta un anhelo ferviente de que nuestra Facultad mejore, posición inversa a la de aquellos que se esterilizan en una crítica de enfermizo escepticismo que solo revela impotencia.—N. del A.

(1) *Notes sur les Universités Italiennes*. Paris 1901.

suficiente recorrer los programas para comprobar con qué escaso bagaje de conocimientos filosóficos egresa el que cursó Historia, y viceversa; y por cierto que no puede tener grandes pretensiones literarias el que se ha doctorado en Filosofía; mientras que los literatos envanecidos por el título de filósofos, creen hacer filosofía al ocuparse de los temas a ella concernientes, cuando no hacen más que retórica vulgar. Es por esto que es indispensable asignar un carácter de independencia a cada una de las disciplinas, intensificando sus estudios, sin que por ello se borren las conexiones naturales que tienen entre sí; porque de realizar estudios seriamente, es preciso que los escolares se especialicen, so pena de caer en un diletantismo de que sobrados motivos hay para quejarse.

En virtud de las precedentes consideraciones debería la Facultad conceder diplomas de profesor de enseñanza secundaria y de doctor o licenciado en Filosofía. Para estudios de conjunto, en que se podrían correlacionar las asignaturas de orden general de los diferentes departamentos, podría crearse el Doctorado en Humanidades, título al que podrían aspirar los que anhelan una cultura general, que tendría necesariamente mucho de clásica. Es un tema original y grato sobre el que retornaré alguna vez.

En este Proyecto de reforma no me coloco fuera de las realidades factibles, pero tampoco me limito, ciertamente, a lo existente. Hago al mismo tiempo algunas observaciones sobre las cátedras existentes, que solo tienen por objeto acentuar lo que sostengo.

Para mayor claridad divido este trabajo en las siguientes partes: 1) La enseñanza de la filosofía. 2) La ética y la sociología. 3) La enseñanza de la psicología. 4) La cuestión de los idiomas clásicos. Asignaturas de cultura general. 5) El profesorado en filosofía. 6) Plan antiguo y Plan nuevo. Consideraciones acerca de su realización.

No me circunscribo a enumerar el programa que propongo: quiero hacer un detenido análisis del contenido que debe darse a las asignaturas del nuevo plan y de la correlación que se establece entre ellas.

I. — LA ENSEÑANZA DE LA FILOSOFÍA

Algunas personas de vistas limitadas pretenden reducir la filosofía al estudio del problema del conocimiento y de algunos otros fundamentales problemas metafísicos, lógicos y psicológicos. También estamos muy lejos de aquella época en que formaban parte de ella tanto la física como la teología; con haberse desglosado numerosas materias, quedan bajo su égida, al menos nominalmente: la filosofía propiamente dicha, la psicología, la lógica y la estética. Y fuera de su radio, la sociología, ciencia que le fuera incluida cuando lejos de tener los caracteres positivos que hoy tiene, era una vaga teoría de la sociedad. Para dar una idea clara de las orientaciones modernas en esta materia, creo oportuno transcribir una parte del programa de filosofía de una universidad norteamericana y de la impresión que su lectura me produjo.

Hojeaba hace tiempo los Boletines de información de la Universidad de Columbia en la sección correspondiente a Filosofía, Psicología y Antropología y quedé entonces admirado y suspenso ante la variedad de asignaturas y la riqueza de conocimientos que se ofrecen a los alumnos. Vuelvo a recorrer el Boletín último (1918-19) y revivo la emoción antes experimentada. Después de transcribir una parte de su contenido se comprenderá el por qué de ese sentimiento.

Los cursos del Departamento de Filosofía se dividen en: A Cursos para escolares no graduados aún, que no tienen título académico (*Courses of Under graduates*). B Estudios generales para graduados (*General Introductory Graduate Courses*); C Estudios superiores (*Advanced Graduate Courses*).

Para los no graduados se dictan algunos cursos de introducción, que comprenden cada uno de ellos: *Introducción a la Filosofía, Sistemas filosóficos y teorías psicológicas, Lógica, Lógica y Psicología*, que se dan en un semestre. A más se dictan otros en número de diez, entre los que se hallan: *Historia general de la filosofía, Filosofía contemporánea, Filosofía de la religión, Lógicos clásicos, Epistemologistas clásicos, Los problemas de la conducta en la vida económica y social de hoy día*.

En la subdivisión dedicada a los graduados se dictan, entre otros, cursos como los siguientes: *Filosofía inglesa moderna,*

desde Spencer, incluyendo las filosofías idealista, pragmática y neorrealista; *Historia general de la filosofía*; *Los diálogos de Platón*, con referencia a su valor intrínseco y a su interés histórico; *La filosofía actual en América*, las escuelas empíricas naturalistas, pragmáticas y realistas desde 1900, especialmente W. James y G. Santayana; *La filosofía actual y el problema de la evolución*, curso en el que se estudian las teorías evolucionistas del materialismo naturalista y del idealismo absoluto, debiéndose comentar entre los autores naturalistas a Haeckel, Pearson, Huxley, Clifford, Spencer y Santayana, y entre los idealistas a Schopenhauer, Mac Taggart, Lotze, Eucken, Joachim, Bradley y Rope; *Logística*; *Psicología ética*; *Neo-escolasticismo*, precedido de algunas lecturas de escolásticos representativos: Abelardo, Tomás de Aquino, Duns Escotto, Guillermo de Occan, Gabriel Biel, a las que seguirán críticas modernas sobre las categorías aristotélicas, las universales, origen de las ideas, la materia y la forma; *La actual posición de la religión a la luz de la filosofía y de la ciencia*; y citaré para terminar: *Filosofía política y social* (en la temporada siguiente se estudiarán los problemas económicos y los aspectos morales de la organización industrial de la sociedad), pasándose revista a los escritores de la escuela utilitaria desde Bentham hasta Spencer y a los contemporáneos de la misma tendencia.

En los cursos superiores, exclusivamente para graduados, son dignos de mención los siguientes: *Tipos de teorías lógicas*; *Metafísica*; *Filosofía inglesa*, desde Bacon hasta Spencer; *Filosofía continental*: en el semestre de invierno, Descartes, Spinoza Leibnitz, Wolff, y en el de verano, Kant, Hegel, Schopenhauer; *Principales problemas de la moral*, en seminario; *Filosofía de la educación*: curso práctico cuyo principal objeto es investigar cual es el sistema de educación más apropiado en una sociedad democrática como Norte América. Aclarará este problema el contraste entre la educación total de Norte América y la de Alemania e Inglaterra; un *Seminario* (al que solo tienen acceso alumnos escogidos), donde se estudian los escritos morales, políticos y lógicos de Stuart Mill; *Seminario de Filosofía de la religión*; en el curso de *Filosofía y educación en sus relaciones históricas*, es considerada la histórica interacción de la filosofía y de las teorías educacionales. Desde el punto de vista filosófico, a qué filosofía se debe el haberse formulado los ideales

y métodos de la educación, y desde el de la educación, sentar las ideas sobre el mundo y sobre la vida que han influido en su desarrollo.

A más, se darán conferencias en cada Departamento en las que los candidatos al título de Master of Arts y de Doctor en Filosofía deberán participar mediante la presentación de trabajos y discusión de los mismos. Todavía me eximo de citar los cursos complementarios que se dan en otros Departamentos de la Universidad y que versan sobre Literatura y principalmente sobre teorías políticas y sociales, y hago mención tan solo de la Extensión Universitaria y de los cursos de verano. No es obligatorio que los alumnos sigan todas las materias enumeradas; cada una de éstas tiene un valor en puntos, que varía de tres hasta ocho. Los alumnos pueden terminar su carrera concurriendo a los cursos que elijan, con tal de que estos sumen el mínimum de puntos exigidos por el reglamento.

A aquel que no desea hacer una vida de pobreza, sino de sin par riqueza, le asaltan deseos de tomar la maleta y partir a uno de esos focos de cultura, donde en vez de la luz que proporciona una lámpara mortecina, pueda recibirla a torrentes. El programa transcripto da la impresión de una de aquellas cartas que escriben los inmigrantes de un país, contando las maravillas de aquel donde se halla, y uno duda si no es cuento. Pero aseveraciones personales y la seriedad de la institución, dan testimonio de la verdad del aserto. Compárese esta abundancia de enseñanza con la pobreza franciscana de la que se da en nuestra Facultad de las materias propiamente filosóficas, aún salvando la distancia que hay entre una de las más grandes casas de altos estudios de los americanos del Norte y esta Facultad de Filosofía y Letras, la más antigua y la primera, según creo, de Sud América. Véase si nó a cuáles materias se reducen—excluyendo la psicología que examinaré aparte: — Lógica, Ética y Metafísica, Historia de la Filosofía, Estética, total, cuatro materias. A más de otras, una objeción fundamental debe hacerse a la enseñanza de la Filosofía entre nosotros. Solo por la costumbre de hallar bien lo que ya está hecho, no caemos en el absurdo que significa pasar del segundo o tercer año en que se enseñan ciencias más o menos positivas (Biología, Antropología, Psicología) y lenguas muertas, sin saber quién era Aristóteles o Bacon, a la Metafísica e Historia de la Filosofía, que contienen problemas

abstrusos para quienes los abordan por primera vez. Bien es cierto que el alumno al cabo de uno o dos años será Doctor en Filosofía y Letras y tendrá patente de enciclopédico saber. ¡Menguado caudal que sólo da la ilusión de sabiduría...!

Subsana en parte este inconveniente el profesor de Historia de la Filosofía, quien con loable esfuerzo dicta cada año un curso intensivo de la materia, realizando así en cuatro años el ciclo casi total del pensamiento filosófico al estudiar sucesivamente la filosofía griega, la moderna, la del siglo XIX y la contemporánea, después de explicar cada vez, previamente, cuales son los problemas de la filosofía. Pero la Historia de la Filosofía se da en cuarto año, el último del doctorado; de manera que cuando el discípulo podía comenzar el aprendizaje de la filosofía, debe retirarse de la Facultad, pues son contados los que tienen la suerte de concurrir desde el primer momento de su ingreso a la antedicha cátedra.

El hecho de existir en el programa una asignatura como biología, denota una sana tendencia de que carece el Departamento de Filosofía de la Columbia University. A mi juicio este se concreta demasiado a la Historia del espíritu humano y hunde poco sus raíces en la realidad presente, y aún mismo cuando estudia la filosofía contemporánea se concreta a considerar a las cimas del pensamiento filosófico de estas edades. Lo mismo que en el pasado los grandes pensadores bebían en la ciencia de su siglo para dar a luz sus magnos sistemas, es deber de los filósofos de hoy día beber en la experiencia de su época, y pues hay que dirigirse a la misma fuente de donde ellos se nutren y sustentan. Claro es que no sostengo que el estudiante de filosofía deba ser un erudito en una o varias ciencias naturales, sino que sería altamente conveniente que tenga una clara comprensión de las cuestiones generales de las ciencias. Esta es la teoría que sustenta Ingenieros en un ensayo magistral (1).

Por esto, a la Biología que ya se enseña debería agregarse la Antropología — que es extraño no se haya incorporado ya a Filosofía, pues se la ha relegado, incomprensiblemente, a la sección Historia; — corresponde a la Antropología, en filosofía, no ser enseñada con un detallismo excesivo. En la misma co-

(1) *La Filosofía Científica en la organización de las Universidades*, Trabajo presentado al Segundo Congreso Científico Pan-Americano de 1916, y que he comentado en "Verbum", Mayo y Junio de 1916.

rriente de ideas debería enseñarse en nuestra sección los principios del razonamiento matemático y nociones de filosofía matemática, de astronomía, de físico-química, todas materias que podrían seguirse en las Escuelas respectivas de la Facultad de Ciencias Exactas. No es posible comprender el actual sistemático aislamiento de las Facultades, sino por nuestra idiosincrasia de dividir en casilleros y de hacer una vida retraída. Lo lógico en este orden de ideas, después de haber comprobado definitivamente la unidad del conocimiento, es correlacionar las diferentes ramas del saber, salvando con inteligencia en la práctica, los abismos que entre estas se han abierto. Una grave preocupación de los dirigentes universitarios, durante algunos años, será sin duda la correlación de estudios entre las diversas partes de la Universidad. Si no hay la posibilidad de crear en nuestra Facultad las cátedras enunciadas no veo la dificultad de que las cursen en otras Facultades. Algo significan también los cursos libres de física que se han dado los últimos años en la Facultad.

Volviendo a la enseñanza de la Filosofía propiamente dicha, creo indispensable un curso de Introducción a la Filosofía, en el que se plantearía y daría noción de los problemas filosóficos y se harían lecturas de las obras más importantes de la filosofía clásica, como se hacía en el primer curso del Departamento de Filosofía del Instituto Nacional del Profesorado Secundario (1). Así, podrían darse lecturas de los Diálogos de Platón, las Meditaciones metafísicas de Descartes, la Ética de Spinoza, trozos selectos de Kant, Comte, Spencer, Schopenhauer, etc. El profesor de *Introducción a la Filosofía* podría dictar un año esta asignatura y otro año *Historia de la filosofía antigua y moderna*. En el tercer año se daría la segunda parte de la Historia de la Filosofía, que podría referirse a *La situación actual de los problemas filosóficos,—sus soluciones*. Y por último, el mismo profesor podría dictar alternativamente con el anterior, un curso terminal de *Historia del pensamiento* (religión, ciencias, historia intelectual, política, etc.); y podría dedicarse una parte del curso a estudiar cómo la Filosofía y las ciencias de los siglos XVIII, XIX y XX han repercutido en nuestra tierra, los pensadores que la han interpretado y los movimientos de opinión que

(1) "El Instituto Nacional del Profesorado Secundario en la primera década de su existencia". El Departamento de Filosofía y su enseñanza. 1916.

han provocado. Estas asignaturas deberán enseñarse correlacionadamente. Los dos últimos cursos serán de seminario y deberán los alumnos encontrar estímulos para la publicación de sus trabajos.

II.—ÉTICA Y SOCIOLOGÍA

Hay en la Facultad una cátedra de Ética y Metafísica. Justificada esta cátedra hace un siglo, ese contubernio no tiene hoy razón de ser. Es lo mismo que si se dictase Psicología y Metafísica. Indudablemente tiene más relación la Metafísica con las ciencias que se denominan del espíritu, que con las ciencias naturales, pero hace tiempo que la ética se ha independizado de aquella y ha adquirido fisonomía personalísima. En sus dominios es esencial distinguir la filosofía moral de la ética social. Aquella dá margen a las soluciones individuales que surgen con energía en la mente de los grandes moralistas de todas las edades: Sócrates, Jesús, Kant, Emerson, quienes sistematizan los materiales que toman ya sea de la Metafísica, ya de la religión, o de la realidad y que van desarrollando según su poderoso y privilegiado sentir personal. Son normas morales de imponderable valer que convienen en el estado actual de cosas, variadamente, a hombres escogidos y por lo tanto de número bien limitado. Cada uno de dichos sistemas considera a los hombres como entes abstractos a los cuales puede ajustarse un mismo patrón moral.

La *moral social*, que aparece con Comte, difiere radicalmente por su método y por sus resultados de esa moral clásica; ella asienta sus principios sobre la ancha y complejísima base de la realidad social; su método es la observación; aprovecha de las experiencias que ocasionalmente se realizan; utiliza ventajosamente los elementos que la historia le suministra, y es poco clara su distinción de la Sociología, como que se confunde con ella en cierto modo. Por eso Levy Brühl que es hoy maestro en Francia, ha designado a esta ciencia con el nombre de "Ciencia de las costumbres", la que postula substancialmente el mayor bien para todos los componentes de una colectividad, y busca las condiciones generales para hacer la vida lo más intensa y completa posible; así se va construyendo con amplio y fecundo esfuerzo la moral científica, que si bien está aún bastante lejos de

su constitución definitiva — de ahí la divergencia entre los que tienden a la moral natural — ya ha echado los primeros y firmes jalones de su trayectoria.

Por eso hablaba de la unión ilícita entre la ética y la metafísica. Lo cual se comprueba evidentemente en la práctica, pues su profesor actual malogra con ello su cátedra. Es mi convicción que ocupándose tan sólo de moral, el profesor lograría el éxito que le tiene merecido su saber y su reputación. El profesor se ocuparía especialmente de la moral social y de la filosofía moral y no estarían de más lecturas de moralistas: Marco Aurelio, Pascal, Kant y Emerson, que llenarían al mismo tiempo de fervor moral a los discípulos.

En la enseñanza de la Sociología, es excelente el método de seminario que se emplea y el estudio intensivo de algún punto de su vasto programa o de Historia Argentina. Cuando se trata de ésta se hace tanto historia como sociología, casi más de aquello que de esto. Por este y otros motivos me parece necesario un curso de *Sociología general*, aunque esta especificación sea una redundancia, puesto que la sociología es por definición, lo mismo que la biología, general. Hay alumnos distinguidos en la materia que desconocen las leyes de la evolución de los pueblos, y de la historia de los sistemas de sociología apenas tienen noticia. La Sociología general podría cursarse en la Facultad de Derecho, y podría complementársela con un curso de *Economía Política* que se da en la Facultad de Ciencias Económicas. Tal vez así podría evitarse que el programa de Historia de la Filosofía (año 1917) en la parte de "Las escuelas positivistas" comprenda un capítulo sobre "El materialismo histórico", que no pertenece a los dominios de la filosofía.

Dividida la Sociología en dos cursos, uno de introducción y otro de especialización, gana su enseñanza desde todos los puntos de vista. Ambos pueden y deben ser de *seminario*. Faltaría a mi concepción de la enseñanza universitaria, si no objetara al estudio de la sociología, tal como hoy se realiza, su falta de aplicación al momento presente, cuando tan útiles servicios puede prestar. ¿Por qué en vez de dedicar tan solícita atención a la época pre-colombiana o al Archivo de Indias, no se dedican los alumnos con el mismo entusiasmo a dilucidar nuestros actuales fenómenos sociales, tan llenos de incógnitas como falseados por los saltimbanquis del patrioterismo? Enseñanza fructífera para

mí fué el conocimiento que adquirí hace seis años del fenómeno social en Australia y Nueva Zelandia, sobre el que se explayó el profesor de vuelta de uno de sus viajes; bien es cierto que el suplente había enseñado durante largos meses Sociología general.

Mejor aún sería la observación de nuestra realidad social; se haría así, si se me permite la expresión, una vivisección de la sociedad, acostumbando al alumno a ver claro en el maremagnum social, y la enseñanza estaría llena de vida y de interés. Se despertaría en lo seducandos el ansia de justicia, un sano afán de reforma social, porque la realidad es injusta, es ingrata y es antiestética; porque es necesario que también en la Universidad se enseñe que el bienestar y la cultura no deben ser privilegio de unos cuantos, sino que debe asegurarse a todo hombre la facilidad para un máximo desarrollo. Hay colegas de enseñanza secundaria de esta ciudad, de Rosario y de La Plata, que han investigado personalmente la forma miserable en que se desarrolla buena parte de nuestra clase proletaria. ¡Qué grandes enseñanzas reporta ello! ¡Cuánto más fecunda es esta clase de trabajos que ir a la biblioteca a sacudir la polilla — y no es figura literaria, pues yo lo he visto* — de un mamotreto del Archivo de Indias, copiando de él por luengas horas documentos de grandísima trascendencia, sin duda, para la Nación!

III.—LA ENSEÑANZA DE LA PSICOLOGÍA

Un joven estudiante de derecho resolvió dar base firme a sus estudios jurídicos y emprendió entusiastamente el estudio de la psicología y de otras disciplinas. Sin orientación y sin plan, dirigióse a la Facultad de Filosofía y Letras, donde bajo el nombre de Psicología un profesor enseñaba biología y metafísica, histología y fisiología del sistema nervioso, psiquiatría y psicología experimental y comparada. En un segundo curso un distinguido caballero, muy atareado, repetía y completaba, cuando tenía tiempo, una parte de lo que se enseñaba el año anterior. Salió un tanto desorientado. Algunos libros le repitieron que la psicología debía ser principalmente experimental y fisiológica y concurrió al Instituto del Profesorado, donde durante algunos años estudió anatomía y fisiología nerviosa, hizo experiencias y aprendió teorías. No le satisfizo aún eso y llevó el sacrificio hasta inscribirse en la Facultad de Ciencias de la Educación de La

Plata en cuyo programa constaba la Psicología fisiológica, la anormal y la pedagógica. Tal fué la odisea de mi amigo, de la que recogió escasos frutos por sus desvelos, ya que en el "medio del camino de su vida", comprendió que estaba en disposición de aprender, pues poco le habían enseñado. Abundan entre nosotros casas de altos estudios, que aisladas ofrecen rudimentos fragmentarios de algunas ciencias, pero que unidas pueden rendir los conocimientos exigibles en una institución de tal naturaleza.

Si se cuenta con algunas buenas voluntades puede realizarse en nuestra Facultad un programa que será de verdadero beneficio si se lleva a cabo honestamente. Podría entonces ser un centro de estudios psicológicos, en el que se reuniría un grupo de jóvenes que tienen vocación por ciencia de tanto interés e importancia, formándose de esa manera una pequeña escuela, para la que entreveo, si tiene una dirección acertada, un grande porvenir. Hasta ahora, por lo que menos se han preocupado los profesores, ha sido por formar discípulos.

El plan que ofrezco es modesto. En un primer curso se dictaría Psicología fisiológica o sea una introducción fisiológica a la psicología: anatomía, histología y fisiología del sistema nervioso, su evolución y filogénesis, órganos de los sentidos, y a más sensaciones y percepciones y métodos.

En el segundo año se estudiaría Psicología analítica con un programa semejante al que se daba en 1915 bajo la designación errónea de Psicología experimental en el Instituto del Profesorado: imágenes, memoria, atención, ideación, juicio, sentimientos, las formas simples y complejas de la acción, lenguaje, etc.; se haría de esos procesos un estudio comparativo en el hombre y en los animales. Mientras que en la primer parte se harían las experiencias comunes de laboratorio, en la segunda pueden efectuarse ensayos de introspección y realizar un estudio experimental de la inteligencia, a la manera que aconseja Binet.

En el tercero y último curso se estudiaría la *Psicología sintética* o mejor *descriptiva* y *los problemas filosóficos de la psicología y de la lógica*. Después de haber reducido los fenómenos psicológicos a esquemas o haberlos agrupado en leyes — según un procedimiento común a tantas otras ciencias—corresponde reconstruir conforme a la realidad "la corriente de la conciencia": habituarse a ver en las personas y en las circunstancias, lo que

hasta entonces se habla visto más en los libros que en la vida. Tiene esto sumo interés para el problema de la conducta.

En cuanto a la Lógica, para abordarla certeramente es necesario poseer, como he escrito en una ocasión al referirme a la teoría del conocimiento (1) no un conocimiento de pacotilla, como es corriente, sino sólidos principios de biología, de psicología genética, de historia de la filosofía. Se necesita una preparación efectiva aunque sea general. La metodología en lógica, tan importante, por lo menos no exige tanto y tan difícil trato con las ramas del saber. Por ello, los principios de la lógica clásica, la renovación de Stuart Mill, y la metodología de las ciencias podría dictarse en segundo año bajo la denominación actual.

En cambio, en tercer año, vendría admirablemente que junto con el estudio de los Problemas generales de la Psicología, se trataran temas de tan estrecha conexión con aquéllos como la formación de los conceptos, la verdad y el error, el valor de la ciencia, naturaleza, formación y función del conocimiento. He dicho admirable, porque sería una de las maneras de ponerse en línea con el progreso de estos estudios que tanto se han transformado en las últimas décadas.

IV.—LA CUESTIÓN DE LOS IDIOMAS CLÁSICOS — ASIGNATURAS DE CULTURA GENERAL

Es notorio que esta cuestión de la enseñanza del latín y del griego ha sido el campo de agramante de los educadores modernos. Si no fuera ya excesivamente largo este artículo me apresaría a demostrar con lujo de argumentación que su enseñanza es en cierto modo inútil en la sección de filosofía; espero que no faltará ocasión para volver sobre el tema. No resisto sin embargo al deseo de transcribir algunas de las enseñanzas que he recogido.

Dice Sarmiento, no recuerdo en qué tomo de sus obras, que no es broma aprender el latín y el griego con el aprendizaje de la gramática latina y griega, y declaraba estar con el alemán Heine cuando exclama: "¡Cuán felices fueron los romanos que no

(1) "La teoría del conocimiento según Spencer". *Verbum*, Setiembre y Octubre de 1917.

tuvieron que aprender la gramática latina, pues si lo hubieran hecho no hubieran tenido tiempo de conquistar el mundo". En un grado un poquito más reducido es lo que pasa con los estudiantes de filosofía; gracias al peso de los idiomas muertos no les falta a los alumnos el justificado pretexto de que se hallan imposibilitados de conquistar el mundo del pensamiento. La jocosa expresión de Heine explica muchas cosas...

Califico al latín y al griego en el profesorado y doctorado en filosofía — no los discuto en letras — como materias de relleno; de igual modo el industrial cuando no da suficiente materia noble en su producto, por lo costosa, le agrega cualquier sustancia falsificada, y en cantidad. Son materias de relleno con las que los dirigentes engañan, a sí mismos, inconscientemente tal vez, acerca del valor de los estudios, y en segundo término a los educandos acerca de su preparación. Para los que citen la enseñanza que se imparte en los institutos similares de N. América y de Europa, de Francia e Italia, he de recordarles que ni en la Facultad de París ni en las demás de esa categoría se enseña los idiomas clásicos, aunque sí ya se los había estudiado largamente en los liceos. En la Columbia University de la que he reproducido un programa significativo, solo se exige el conocimiento de dichas lenguas en muy reducido número de asignaturas. Y en Norte América son más adictos a la cultura clásica que entre nosotros, pues tienen una tradición inglesa que es, esencialmente, griega y latina; allí es una materia que figura en una de las bifurcaciones del Colegio Nacional. Pero una cosa es aprender el latín y griego en la niñez y en la adolescencia y otra es, cuando pasados los veinte años, se pisan los umbrales de la Facultad, para abordar con amor el estudio de las disciplinas filosóficas y se tropieza con ese obstáculo ante el cual debe hacerse un amplio desgaste de energías para salvarlo, energías que hartamente se necesitan para otra clase de estudios.

Por otra parte, ya se tiene la suficiente experiencia en el ambiente para afirmar que la enseñanza de dichos idiomas no da resultado en filosofía. He conversado con muchos distinguidos ex discípulos que después de haber terminado los cuatro años de latín, y abandonado por bien poco tiempo su cultivo, ya que la índole de sus estudios no se lo exigía, se hallaban igualmente a oscuras en dicho terreno; nada digo del griego, que se pretende transmitir en dos años. Resulta así un fardo inútil, pues

desentona con nuestra tradición cultural y con la índole del estudio que se realiza. Quedan dos alternativas, o estudiar seriamente el latín y el griego, y entonces será necesario cambiar el método y aumentar en uno o varios años su enseñanza, o bien reemplazarlos por entero con las asignaturas de que hablara en partes anteriores. Demás está decir que esta segunda solución es la única aceptable, y que forzosamente ha de regir, sino mañana, dentro de algunos años. Por esto me parece inaceptable la modificación propuesta por el Consejero Guash Lequizamón, quien conserva aún Latín I° y II° para el doctorado, después de suprimir los dos cursos de griego, Latín III° y Literatura Latina. Puede ser un paso hacia lo que propongo.

De las virtudes secretas y trascendentales que se atribuyen a la enseñanza del latín, la menos misteriosa y la más importante es la ilustración en humanidades, o sea, dicho del modo más sencillo, el contacto con los grandes espíritus y las grandes épocas pasadas. Pero sucede ¡hecho contraproducente! que el alumno de filosofía estudia trabajosamente las lenguas muertas, y luego conoce por el manual de Fouillée u otro cualquiera a Platón o a Aristóteles, a Bacón o a Schopenhauer. ¡Cuánto mejor sería leerlos, pero leerlos de verdad, en una buena traducción española, francesa o italiana, como lo he propuesto para cada uno de los varios cursos que se crearían!

Si es el estudio de las humanidades el que hace al humanista, al hombre sutil, bueno y sabio, creo oportuno recordar que hay muchos elementos en la época moderna y contemporánea, que podrían llenar muy bien esa misión. Lo cual no excluye el estudio de los estoicos, o de Goethe, Emerson o Romain Rolland, por ejemplo, en la plena seguridad que así se contribuiría a formar personas de espíritu superior y de torso fuerte y elegante, y no seres híbridos y vacíos de contenido.

Reemplácese o no los idiomas clásicos, la sección de filosofía debe comprender algunas materias de cultura general. Diré brevemente lo que creo necesario en este orden de ideas, que considero de trascendencia. Es manifiesta la dificultad que tienen los universitarios para escribir en castellano, aunque menos los de esta que los de otras Facultades. Y no debe subsanarse mucho esta deficiencia con el latín cuando hay tanto egresado de seminario eclesiástico que escribe bastante medio-

cremente. Se ha creado no hace tiempo en Liceos y Facultades del viejo continente una asignatura — que ya tiene una crecida literatura — que llenaría singularmente el fin anhelado. Me refiero a la cátedra de composición y estilo, mejor llamada que de Teoría literaria, existente ya en la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata. Observa Payot en una de sus obras — todas ellas tan notables — que en el curso de sus estudios jamás había recibido una lección precisa y concreta sobre el arte de escribir, que es lo que pretendemos se enseñe. Su implacable análisis lo llevó a la conclusión de que la mayor parte de los bachilleres no tienen ni aún la sospecha de lo que es escribir en francés. ¡Si esto sucede en el país de la elocuencia y del buen estilo, cuan justamente cruel debiera ser la crítica acerca del estilo de nuestros doctores y bachilleres! El hecho de que tantos escritores políticos argentinos se hayan desaguado durante décadas en un verbalismo inconsistente e inconexo, se debe a que no se enseñó a pensar, ni a traducir exactamente las ideas en los escritos; se enseñó las palabras sin el contenido que son las ideas, lo mismo que se da a un hambriento la cáscara de la fruta, sin el jugoso alimento que ella encierra. Sería prolongar demasiado este escrito si describiese los métodos pertinentes, pero esta es, indudablemente, una de las cuestiones que más preocuparán a nuestros educadores, y tal vez constituya la base de la reforma de nuestro sistema educacional.

Podría servir de complemento a este curso de *Composición y estilo*, las *Lecturas de Literatura castellana*. A más, ya en un año superior, los alumnos de filosofía deberán cursar la parte general del curso de *Literatura argentina*. Y por último es obvio señalar los motivos que me inducen a incorporar la *Historia Argentina* a este Proyecto de Plan de estudios.

V. — EL PROFESORADO EN FILOSOFÍA

Es elemental que en el Profesorado de Filosofía se conserve la misma estructura del plan que en el doctorado. ¿De qué serviría, en efecto, suprimir un curso de Psicología o de Historia de la Filosofía, o alguna otra materia, como pretende alguno, sino para romper la armonía del programa y aminorar el caudal de conocimientos de un profesor, que no creo deban ser menos en la especialidad que los de un doctor? Pero pue-

den suprimirse las materias de cultura general — excepto Composición y estilo — a saber: Lecturas de literatura castellana, Historia argentina y Literatura argentina.

En cambio deben agregarse las asignaturas que faciliten su futura misión docente. Es adecuadamente que figuran en el plan vigente la Ciencia de la Educación y la Crítica y Práctica pedagógica. Reducir la Ciencia de la Educación a una historia de la pedagogía o de las instituciones educacionales, es estrechar sin motivo el campo de estudio de esa disciplina. Debe comprender también una *Filosofía de la educación* en el sentido indicado por la Universidad de Nueva York, donde se estudia a la educación, en un primer semestre, como una empresa social en relación con los otros factores de una sociedad democrática; y en el semestre subsiguiente, la naturaleza de la educación, los principios del currículo, las bases del método.

Un curso de *Psicología de la educación* podría coordinar los datos de la psicología con las necesidades de la pedagogía. Se estudiaría con interés en él, la Psicología del niño y del adolescente. El profesor de Psicología analítica o de Psicología III podría dar alternativamente esta materia y Psicología de la educación, de modo que no sería necesario crear otra cátedra.

VI. — PLAN VIGENTE Y PLAN NUEVO. — CONSIDERACIONES ACERCA DE SU REALIZACIÓN

He aquí como se dispondrían en los diferentes años las asignaturas en el nuevo plan de estudios. De ponerse en práctica, ya no se podrá permitir que los alumnos elijan las materias que quieran cursar en un año dado, como ha sucedido en épocas pasadas, sino que deben seguir un orden, como es el siguiente orden lógico que propongo:

PLAN NUEVO

Doctorado o licenciatura en Filosofía

Primer año:

- a) Introducción a la Filosofía
- b) Psicología I
- c) Ética
- d) Biología
- e) Composición y estilo

PLAN VIGENTE

*Doctorado en Filosofía
y Letras*

Plan vigente

- Latín
- Griego
- Biología
- Psicología I

Segundo año:

- | | | |
|--|---|---------------|
| a) Historia de la filosofía (antigua y moderna). | } | Latín |
| b) Psicología II. | | Griego |
| c) Lógica | | Psicología II |
| d) Antropología. | | Lógica |
| e) Lecturas de literatura castellana. | | |

Tercer año:

- | | | |
|--|---|-------------------------|
| a) Historia de la filosofía (contemporánea). | } | Latín |
| b) Psicología descriptiva y problemas filosóficos de la psicología y de la lógica. | | Historiología |
| c) Sociología general. | | Estética |
| d) Historia argentina. | | Ciencia de la educación |

Cuarto año:

- | | | |
|---|---|---------------------------|
| a) Historia del pensamiento (ciencias, religión, historia intelectual, política, de las artes). | } | Latín y literatura latina |
| b) Sociología. (Seminarios. Estudios de actualidad). | | Ética y metafísica |
| c) Estética. | | Historia de la filosofía |
| d) Literatura argentina. | | Sociología |

Materias complementarias

Nociones de Filosofía matemática.
 Nociones de Astronomía.
 Nociones de Físico-química.
 Filosofía de la educación.
 Economía política.

En forma sencilla, sin eufemismos, he esbozado los lineamientos generales de este nuevo plan de estudios. Quien conozca la Facultad de Filosofía y Letras y los medios de que dispone, no puede hacerse ilusiones acerca de la posibilidad inmediata de que se realicen tan justificados anhelos. No debe creerse por eso que es un plan presuntuoso, muy lejos de ello, pero para realizarlo cumplidamente exige no ya un año, sino varios lustros de labor. Ninguna hora tan conveniente para iniciarla. La Reforma universitaria, tenazmente reclamada, no ha tenido sólo por objeto cambiar el régimen electoral y administrativo de las Facultades; incurre en un craso error quien lo crea así. La renovación de los cuerpos directivos a base de un régimen electoral equitativo, no pasa de ser un medio, el más importante, sin duda, para verificar

la reforma en los estudios, tendiente a hacer mucho más reales y fructíferos los que se han hecho hasta ahora, crear una ciencia y un arte original, y buscarles una aplicación altamente provechosa para todas las clases sociales. Por eso una radical renovación en la enseñanza secundaria y en algunas ramas de la universitaria es una necesidad imperiosa.

Los Consejos Directivos recientemente electos tienen un serio compromiso moral que cumplir. Los actuales deben echar al menos la base, y deben hacerlo con mano viril y con altura de miras. Tengo la convicción de que las esperanzas no serán defraudadas, convicción que se halla fundada en mi asistencia a las sesiones de un C. D. donde he observado, a más de las deficiencias propias de los hombres nuevos de todo cuerpo que se inicia en sus funciones, un sincero amor por el progreso de la respectiva escuela. Pero debe temerse un tanto el miedo al esfuerzo, el poder grande que tiene la inercia.

Para contribuir al mejoramiento de la enseñanza en la Facultad, siendo una de las medidas más urgentes la Reforma del Plan de estudios, el Consejo Directivo deberá abocarse a una serie de problemas complejos, sin cuya imprescindible solución será casi vana la reforma. He aquí algunos de ellos. El primero y esencialísimo es la validez de los títulos que la Facultad expide, que hoy no se sabe para qué sirven. Si se consigue que los diplomas faciliten la "adquisición" de una cátedra, se obtendrá una selección de alumnos, pues ya hay en el país jóvenes, y en cantidad, dispuestos a seguir seriamente la carrera del profesorado y lo prueba la cantidad de inscriptos en la Facultad y en el Instituto, aunque su porvenir sea muy incierto. También se seleccionará a los alumnos mediante un adecuado examen de ingreso a que serán sometidos los que no tienen un certificado de estudios de valer.

Por otra parte deberán fusionarse los departamentos respectivos del Instituto Nacional del Profesorado Secundario con la Facultad, e incorporarse los elementos prestigiosos de aquél. No existe la menor razón para que hagan vida independiente estos dos establecimientos, cuando no pueden llenar por si solos, separadamente, el rol correspondiente. Hoy,

día ello significa una dispersión de energías y una dilapidación del presupuesto. Se tendrá también con ello un Colegio Nacional —el incorporado al Instituto— donde se podría hacer muy bien la práctica pedagógica. Más que los alumnos deben seleccionarse cuidadosamente los profesores, y si no los hay, tender a formar un buen plantel de profesores suplentes que muy bien podría surgir de entre los egresados de la casa.

Refiriéndome a la situación actual de nuestro país, que abandonado hoy casi a sus propias energías, debe labrar su porvenir con el esfuerzo inteligente y la vigorosa pujanza de sus hijos, decía hace un año, dirigiéndome a los consocios, en la memoria del período 1917-18 del Centro Estudiantes: "En esta emergencia de hechos y de ideas tiene su real importancia nuestra Facultad de Filosofía y Letras, más que otro instituto educacional. Recordemos que las Humanidades eran en pasados tiempos ¿no lo siguen siendo? el fondo mismo de toda cultura y la fuente de las acciones mejor inspiradas, y esta casa tiende a enseñar, esencialmente, Humanidades. ¿Cómo, pues, no ha de deber jugar un rol representativo en la formación del nuevo espíritu, nuestra Facultad? Que no lo han de formar me imagino, los traficantes de la política, los latifundistas o los comerciantes! Nuestra Facultad, casi única en Hispano-América, puede imprimir orientaciones de trascendencia no sólo nacional, sino también americana, para la gestación de un porvenir esplendente. Y a ello pueden contribuir tanto los hombres de investigación y de estudio que aspira a formar, como las poderosas fuerzas morales que puede despertar. ¡Véase cuán amplios son nuestros horizontes!"

GREGORIO BERMANN.

Choele Choel.—Febrero de 1919.

DEL PROBLEMA SEXUAL

A propósito de un drama. (1)

Un drama como el que ha escrito Berisso dá, siempre, ocasión para hacer algunas observaciones sobre el problema sexual. Y, aún a riesgo de repetir mucho de lo que ya se ha dicho, vamos a comentar la vida de la mujer a través del drama teatral. Si la repetición no logra modificar la psicología de lectores y espectadores, por lo menos tiene el valor de hacer fijar de nuevo la atención sobre el problema palpitante que aún no se resuelve.

Una síntesis del drama hará comprender mejor el comentario.

Una mujer de la alta sociedad se une maritalmente con un hombre de su clase social, que es un abogado de fama y que llega a ocupar el cargo de juez. Esa mujer había sido, antes de esta unión legal, la amante de otro hombre. Siendo muy joven, cayó víctima del amor o de su inexperiencia, pero de cualquier modo, impulsada por su propio sexo. Luego fué abandonada por su amante que huyó al extranjero, para no verse envuelto en un proceso a consecuencia de robos cometidos en una repartición pública en la que era empleado. Su ausencia duró varios años. Nelly, creyéndose abandonada definitivamente, termina por olvidar a su amante Linares. Conoce a Julián, se enamoran ambos, y se unen legalmente. La vida se desenvuelve tranquila hasta que aparece Linares. Desde ese entonces comienza para Nelly una existencia angustiosa, intranquila y llena de sobresaltos, temiendo que su marido llegue a conocer su pasado. Linares es una amenaza continua por su misma presencia, y sobre todo, por la manifiesta intención de volver a ser el amante de Nelly.

(1) *Con las alas rotas*, por Emilio Berisso.

Y fundamenta su deseo alegando que él la quiere. Todo entristece la vida de esa mujer, que no sabe qué hacer para conservar el amor de Julián y para que su pasado siga siendo un secreto. Linares habla con Nelly. Con vehemencia, apasionadamente, insiste en su querer. Nelly resiste, defiende su nuevo amor, rogando que la deje tranquila, que no destruya su felicidad y la de Julián, que siga su camino, que en el mundo hay muchas mujeres, de entre las cuales podrá encontrar y elegir una en quien poner su cariño. Linares insiste, con evidente apasionamiento, respondiendo que, si bien es cierto que en el mundo hay muchas mujeres, también no es menos cierto que para él ninguna es como ella. A la manifestación ardiente de que ella ama a Julián, "que es su único y verdadero amor", Linares opone que él, solamente, es quien la ama y que no renunciará a la dicha de volverla a poseer, ni se resignará a sufrir en silencio. Ni los ruegos ni el llanto de Nelly logran disuadirle. Todo lo que ella intenta le fracasa. Linares resuelve revelar a Julián el pasado de su esposa, enviándole cartas de su ex amante, que él conservaba. Proclama bien alto que con esa acción va a poner a prueba a Julián, al hombre que ama a Nelly — y que ella tanto quiere — para ver si ese amor es real, para que Nelly sepa cual de los dos hombres, la ama de veras. Julián llega a conocer el pasado de su mujer. Es presa de la mayor angustia e indignación y, a pesar de las manifestaciones de protesta de su amor por Nelly, triunfa, sobreponiéndose en él, el concepto del "honor", concepto que le impulsa a separarse de su mujer legal. Linares vuelve a insistir, alegando, con una argumentación no muy común en casos semejantes, que él es quien la ama porque "quien ama no se separa", como acaba de separarse Julián que, verbalmente dice amar a Nelly y en la práctica se aleja de ella, rompiendo el vínculo matrimonial. Intenta convencer a Nelly de que él es quien le ama y no su marido, ese hombre que por sobre el amor ha sido impulsado por el concepto del "honor", que para él ha sido una potencia mayor, la determinante de la separación. Nelly se niega a seguirle. Linares, derrotado, se elimina suicidándose; Julián se reconcentra, se aísla y se convierte en un alcoholista. Nelly no ha aceptado la ayuda pecuniaria del esposo ofrecida para su sostenimiento y el del futuro hijo que ya lleva en sus entrañas, empeñándose en vivir de su propio esfuerzo. Se lanza a la lucha, trabaja y cuida de su hija. Pasan varios años.

La valiente madre ha cuidado de su pequeña; ha sufrido humillaciones, ha hecho una amarga experiencia de la vida del trabajo. Un día, cuando menos lo esperaba, el esposo recurre a la justicia, tergiversa los hechos, y, con el apoyo legal, obtiene que el juez ordene le sea entregada la hija de Nelly. La pobre mujer, vencida por el dolor, muere. El marido vive y retiene a la hija de la víctima del bárbaro concepto del "honor".

Todas las escenas del drama son igualmente interesantes. La acción gira casi totalmente alrededor del concepto del honor. Los dos hombres — Julián y Linares — aman a una misma mujer. Berisso ha presentado a un ex-amante que no es el personaje común que todos conocemos, el desvergonzado y cobarde que intenta aprovecharse del pasado de una mujer, para hacerla — bajo amenaza de revelaciones — nuevamente su amante. Ha tomado otro tipo, que no es vulgar; un tipo repulsivo mas sólo en apariencia; que se siente fuerte, franco y libre; que razona con una dureza dolorosa, y que ha vuelto para proclamar su amor y para llevarse la mujer que fué suya. La argumentación de Linares es sólida y de una crítica intensísima. Parece que fuera la personificación de la crítica al actual concepto del honor.

¿Qué sucede en la vida real, en casos semejantes? Generalmente triunfan los ex-amantes, puesto que vuelven a su función de amantes porque la mujer cede, o porque ella misma encuentra placer en reanudar relaciones que ya no son un peligro para explicar decentemente la maternidad, o porque quiere mantener secreto su pasado al marido, hombre de honor, que no toleraría de ningún modo la revelación de hechos que lo dejaran en ridículo ante los otros hombres.

En la actual organización social el hombre-marido es el amo de la mujer con la que se ha unido legalmente. Se asemeja al comprador que pretende que no se le engañe en la compra de un mueble, por ejemplo, porque quiere una mercadería sin uso alguno, completamente nueva. Y si alguna vez nota, o le indican, que el mueble comprado como nuevo no lo era, entonces, se enfurece contra el mismo mueble, contra la mujer que hasta ese momento él amó y ella también le amó. La abandona o le dá muerte. En esta cruda realidad está encerrada la concepción y educación sexual del hombre, actualmente.

Y al hombre, ¿qué le exige la mujer para la realización de la unión legal? No le exige pureza física, ni castidad. Los mismos hombres ridiculizarían al que fuese al matrimonio en estado de absoluta castidad. ¿Rechaza la mujer, al hombre que ha amado a otra u otras mujeres que ha hecho madres a las mujeres que han caído en sus brazos? Nó. La actual educación sexual la ha provisto de una concepción que se relaciona íntimamente con el interés de los amos masculinos. La mujer no es libre, es poco menos que una cosa, un objeto de placer, un instrumento de goce sexual, cuya posesión se obtiene mediante la unión legal.

El hombre pretende que la mujer conserve su pureza física, para entregarla al esposo; y considera que ese atributo, físico es la garantía previa de amor, honestidad, fidelidad y felicidad futura. Y sin embargo, esos mismos hombres, durante su vida sexual — matrimonios o no — persiguen con afán y hasta la bestialidad, a la misma virginidad física femenina!

Los que exigen de la mujer virginidad física, no tienen reparo en ostentar como timbre de gloria sus hazañas donjuanescas, talvez realizadas, en no pocos casos, con pobres infelices que se entregan por el pan de cada día!... A ellos nadie les pide cuenta de su pasado sexual. Más aún; se les tolera, y hasta se admira, sus amores más o menos mercenarios, esas prácticas sexuales que, según el concepto corriente, los ha llevado a la categoría de "hombres". Y la inmensa mayoría, sin embargo, lleva en su propio organismo las huellas del amor por un tanto, que no tienen escrúpulo en transmitir a sus mujeres legales, a las purezas físicas, y a su descendencia.

La moral sexual contemporánea está basada en la condición privilegiada del hombre, que es el dueño, el amo económico, que aporta lo necesario para el sostén del hogar. Y esa misma desigualdad económica origina la moral sexual común, que es tan diversa según se refiera al hombre o a la mujer. La moral sexual no es la resultante del mútuo y libre sentir de hombres y mujeres. Es que la mujer — por lo general — no está capacitada para ganarse el pan, y vá al matrimonio con el propósito de tener en el hombre - marido el sostenedor para toda la vida. Su condición social a eso la impulsa. Se une muy pocas veces por amor. Y aun cuando así fuera, las condiciones y consecuencias sociales son idénticas. Está bajo una

dependencia efectiva, es la mujer del amo masculino. ¿El amor? Es el eterno tema de poetas y literatos, de novelistas y soñadores. Casi toda la literatura se funda en ese tema. Y eso mismo indica que el amor, en la unión sexual es aún la aspiración a realizarse. Es que el amor es una realidad poco frecuente.

La mujer rica es codiciada por el hombre de su misma clase social, quien ve en la unión legal casi siempre un negocio. El hombre rico, por su misma condición económica, ha podido comprar el amor y el placer a otras mujeres hermosas. La mujer pobre es para el rico también, que puede comprarla, corrompiendo su conciencia, atrayéndola con la visión de una vida cómoda que ahuyenta la miseria, las privaciones, los días amargos sin pan y sin trabajo. La mujer pobre es por lo común para el hombre pobre que se la lleva. pocas veces por un sano impulso sexual, y casi siempre como un elemento necesario para la casa, que reemplace en conjunto a la fonda, lavandera y planchadora, a todos los que aportan algo necesario y doméstico que hay que pagar. Y también para reemplazar, higiénicamente, a la mujer mercenaria que brinda placeres sexuales costosos y peligrosos. La mujer pobre, a su vez, persigue en la unión legal la resolución de un problema económico que de continuo la amenaza abocándola a la miseria o a la prostitución.

El drama de Berisso pone de relieve ese bárbaro e injusto fundamento de la moral sexual contemporánea, y, al mismo tiempo, revela cómo los hombres, por su condición social de privilegiados, de amos efectivos, hacen infelices a las mujeres, no sabiendo, ni pudiendo libertarse de los conceptos, ni de la educación sexual corriente.

¿Cómo ama el hombre a la mujer? Como se ama a un objeto adquirido en condición de absoluta propiedad personal. Cruda realidad! Si el hombre dá pan y techo, la mujer debe ser la esclava obediente y agradecida, fiel en absoluto, aun cuando se haya vinculado sin amor, obligada por sus padres o impulsada por necesidades económicas.

En esa condición de inferioridad social viven la inmensa mayoría de las mujeres. Y su condición social les ha forjado su esclavitud sexual. La moral dominante las vincula más aún a la condición de esclavas. Si el amor no existe — y es el caso más frecuente — el hombre impone respeto y obedien-

cia. Si el amor existe, la mujer vive de la protección económica del hombre y es siempre una esclava, aun cuando sea mejor tratada por la mediación de ese vínculo afectivo; una dulce esclava! pero siempre un ser protegido.

Pobre mujer la que intente rebelarse abiertamente contra un estado social que la ha rebajado a la condición de objeto útil para el hombre, y que no tenga como fundamento de su rebelión la capacidad económica para prescindir del hombre para ganarse el pan y ser libre! Todas las puertas le son cerradas. Los parientes y amigos, con violencia inusitada, la hostigarán, impulsándola a volver a la vida de sometida, a la situación degradante de bestia de placer del amo masculino, que es al mismo tiempo el amo económico y social. Y si esa acción no es suficientemente eficaz, entonces intervienen los hombres de la ley que la obligarán a que siga viviendo con quien ya no ama — o nunca amó — con el hombre a quien no la une ningún vínculo leal y afectivo. Los hombres de la ley la dominarán o la castigarán. Los hijos le serán quitados y su condición social de madre será borrada coercitivamente.

Fácil le hubiera sido a Berisso presentar el caso más común, es decir, un ex-amante que vuelve a ocupar su antiguo puesto, triunfando de ese modo la simulación y la mentira, tal como triunfan en la realidad de la vida bajo el manto de la legalidad. Y aun así su drama hubiese servido para demostrar, mejor, mejor aún, para indicar, cómo son de injustas y odiosas las bases que fundamentan el vivir de las mujeres con relación a la sexualidad, especialmente. Berisso ha tomado uno de los pocos casos en que la mujer no cede al ex-amante y que quiere defender su "honor" y el "honor" de su marido.

¿Qué debe hacer una mujer que se decide en ese sentido? ¿Confesar su pasado? Eso hubiera sido lo leal. Y más leal hubiese sido una confesión antes del matrimonio. Todo esto es lo que se piensa de inmediato, casi espontáneamente, mientras se sigue con atención el desarrollo del drama, cuando no se tiene tiempo de pensar de acuerdo con lo que se nos ha "enseñado" al respecto, anteriormente. Es que la emoción que suscita la situación angustiosa de la mujer, de la víctima que en la escena representa por un momento un personaje real, impide "pensar". Y guiados por un impulso rápido, originado por la emoción, en ese momento estamos fuera de la acción de la "opi-

nión" fría que todos tenemos cuando en lugar de presenciar el hecho, razonamos "serenamente".

Pero, ¿es frecuente que el hombre sea capaz de amar y de admirar a una mujer que procediera confesando lealmente su pasado? No es común. Y si alguna vez sucede, se trata de una excepción muy excepcional! La mujer tiene el mayor cuidado en ocultar su pasado, porque sabe muy bien que el hombre es exigente, que es un amo absoluto que pone su "honor" en la virginidad física femenina, y porque sabe también que el matrimonio ha de ser mediante esa condición. Si el hombre se ha unido a una mujer no virgen, revelarles después el secreto es lo mismo que haberle hecho comprar un mueble viejo haciéndole creer que era nuevo! Se enfurecerá, se considerará burlado, y sufrirá enormemente su vanidad de "hombre".

Existen hombres buenos y sin embargo no son capaces de sentir, ni de apreciar, toda la grandeza moral que encierra la acción de la mujer que revela su condición de no-virgen, antes del matrimonio, o que hace conocer al hombre-marido que no lo fué al unirse con él legalmente, revelación que hace tardíamente, para escapar de las garras de un ex-amante al que ya no ama.

Berisso trae a la escena a un ex-amante que sigue amando de verdad a la mujer que fué su amante; y que vuelve para llevársela, argumentando con una solidez y un espíritu crítico que impresionan profundamente, aun cuando sea doloroso que su intervención venga a hacer infelices a dos que se aman.

En la lucha entre Nelly y Linares y entre Julián y Nelly está condensado todo el drama, la crítica formidable a la moral sexual y contemporánea, a la unión matrimonial civil y religiosa.

Por qué un hombre pretende que una mujer lo ame, o vuelva a amarle otra vez, si ella no le quiere? Y aquí surge con toda nitidez, dolorosamente, la visión de la condición de inferioridad social en que vive la mujer. El hombre se atribuye a sí mismo un derecho de posesión y de autoridad sobre la mujer y lo funda en el amor que por ella siente. Y sin embargo, no ha consultado a la mujer, no ha obtenido su consentimiento, ni espera la aparición de un afecto correspondiente. El hombre le habla en nombre del amor que siente, y no permite que la mu-

jer hable y accione en nombre de lo que ella siente. Libertad? Pura ficción!

Linares alega "derechos" y esgrime como arma el pasado de Nelly, seguro de que será eficaz, porque sabe que el marido — como la inmensa mayoría de los hombres — repudiará a la mujer con un pasado semejante y la abandonará. ¿Qué hacer? Nelly intenta mentir, seguir fingiendo, aparentando ser la mujer "pura", cuyo único amor es descubierto, dando lugar a una escena magistral, profundamente crítica y dolorosa, entre Julián y ella. El hombre-marido ha sido feliz hasta ese entonces, ha amado a su mujer, ha sido amado por ella, pero al conocer su pasado -- un pasado anterior a su matrimonio — se aparta de lo que fué "todo su amor"! Qué inconsistente era el vínculo afectivo! Toda una vida de intimidad amorosa y de alegrías, todo se vá barranca abajo por la revelación de un pasado que no era del dominio matrimonial... Qué bárbaro es el concepto del "honor"!

Berisso ha sido rudo hasta el dolor, pero ha sido honesto. Lástima que esa rudeza dolorosa no sea tan saludable como comunmente se piensa porque el teatro es impotente para educar a la gente transformándola. Cuántos hombres de entre los expectadores del drama habrán sentido, por un momento, toda la injusta condición de la mujer y, sin embargo, cómo es realmente exacto que esos mismos hombres, vueltos a sus hogares, a sus diarias ocupaciones, sigan siendo los mismos "bárbaros" del estúpido concepto del "honor", con su psicología y práctica de amos y dominadores exigentes, gozadores del derecho de posesión de la mujer, de ese ser ¡oh ironía! que denominan la dulce compañera de la vida, remedando, de ese modo, la vulgar mentira de la poesía y de la literatura!

Julián es la víctima y el instrumento cruel de nuestra educación sexual, y sobre todo de las costumbres de su clase social. El mismo lo sabe cuando dice a su mujer: "antes eras mi alegría, Nelly; ahora eres... toda mi tristeza"! Ni siquiera ha triunfado en el drama esa falsa moral cristiana del perdón. Y no ha triunfado porque Berisso ha querido ser exacto hasta la misma crueldad porque la vida misma es cruel. La piedad y el perdón solo sirven para la literatura, para las novelas y cinematógrafos, para falsear la noción de la realidad. No se concibe un hombre-marido que "perdone" y que se atreva a seguir

viviendo con su mujer, conservando al mismo tiempo sus vinculaciones sociales. Berisso ha sido honesto puesto que no ha dado, en esto, una de las tantas soluciones cómodas y artificiosas, sino que ha planteado el problema con sus elementos reales, crudamente, con todo su dolor y amargura. Y, fatalmente, el hombre-marido ha seguido los dictados del bárbaro concepto del "honor".

Escena dolorosa y admirable. Julián, el tipo completo del hombre de "honor", sin fanfarronadas, instruido y educado en esa moral sexual exclusivista del hombre-amor, recrimina a Nelly por acciones pasadas, que no se refieren a la vida marital, y la abandona por la herida inferida a su "honor". ¡Qué mal-trecha sale la eficacia de la moral casera, de la religión y de toda la educación contemporánea con respecto a la mujer! Resalta, admirablemente, cómo la educación sexual actual es ineficaz para contener el impulso natural de la sexualidad, o que, cuando mucho, su eficacia estriba en saber tejer a su alrededor la mentira y la simulación para ocultar la acción efectiva. La moral y la religión — "los frenos guardianes de la virginidad física!" — caen rotos en pedazos cuando el impulso sexual quiere manifestarse.

Berisso no aborda el problema de la capacidad, ni de la capacitación de la mujer para la lucha por la vida y por el sexo. O no lo ha querido, dejando que el espectador se lo planteara a sí mismo.

Que cúmulo de injurias "decentes" llevan las palabras de Julián cuando queriendo defender su "honor", recrimina a Nelly por su pasado! Y cuanta verdad encierran las palabras de Nelly cuando le responde diciendo: "No; te di lo que por una temporada te hizo feliz, mi amor; y me reservé lo que hubieses rechazado, lo que ya no me ha sido posible ocultarte: mi desgracia...!"

Julián insiste en su papel de víctima. Es que la mayoría de los hombres piensan de ese modo, consideran que las "faltas" de la mujer alcanzan igualmente al hombre-marido, aun cuando se refieran a una época anterior a la unión legal. ¿A quién ha "faltado", en realidad, Nelly, si era libre, sin vínculo alguno con Julián? El hombre-marido decide desvincularse y

como "suprema piedad" — que revela aun más el derecho del hombre sobre la mujer — quiere indemnizar a Nelly, subvencionando los gastos que demandará su existencia y la del fruto de su unión. Y esto mismo es la comprobación de que la mujer es esclava, un ser sin independencia, porque no es capaz de ganarse la vida, porque ha ido al matrimonio en condiciones de inferioridad económica y porque tiene una educación sexual fundamentada en la conveniencia del amo-masculino. En esa condición de inferioridad social, cuya base está en la economía, reposa la razón de ser de la vida dolorosa y esclava de la mujer y está basado el problema sexual a resolverse.

Nelly se resuelve por la lucha para vivir y ganar el sustento del hijo que nacerá, negándose a ser "ayudada" por el hombre que, ahora, sólo le tiene un poco de piedad, que la abandona porque el concepto del "honor" es más fuerte e imperioso que el sentimiento del amor. La mujer se resuelve por el trabajo.

La escena entre Nelly y Linares es de gran interés, y poco común en la vida y en el teatro. Linares vuelve a insistir en su amor, presentándose como el solo hombre que ama a Nelly. Su argumentación es poderosa. Dice cosas de un gran valor crítico. Analiza la separación de los dos esposos, criticando severamente ese amor que no es amor. Y cuanta verdad encierran estas palabras: "los seres que se aman no se separan". Una verdad lapidaria, venga de boca de quien venga. Sin embargo, él también insiste en el bárbaro concepto masculino del amor sexual que considera a la mujer como una cosa a la que se tiene derecho porque se la ama. Ha venido a llevarse a Nelly, a su Nelly, porque es "suya" y porque él la ama... Y lo repite con una insistencia espantosa. La mujer es del hombre que la quiere! ¿Y la voluntad de la mujer no es de valor alguno? Esto es la demostración gráfica de que el hombre, aún el que ama de verdad, considera a la mujer como una cosa que ha de ser, o es, suya porque él la quiere. Linares es el espíritu crítico de la unión legal. Los hombres como Julián huyen "avergonzados", o expulsan a sus mujeres que siendo buenas y honestas durante la vida marital tienen un "pasado" que llega a conocerse. Y cuanta verdad encierra su argumenta-

ción cuando Linares dice que el mundo aplaudirá al marido que abandona a la mujer, demostrando que es un hombre de "carácter", mientras que en realidad se trata de un cobarde, cuya cobardía es enaltecida como si se tratara de una gran virtud! El hombre de "honor" es un impotente, un incapaz de ser fuerte, que no sabe pensar ni sentir noblemente, un cobarde que huye y que los demás hombres consideran como un valiente.

El desarrollo ulterior del drama es interesante bajo otros aspectos.

Nelly, mujer de la alta sociedad, tiene que ir a ganarse el pan para sí misma y para su hija. Se atreve a afrontar la nueva situación en que la ha colocado el abandono del hombre-marido, y que ella ha aceptado. Convengamos en que el caso es también de excepción. En ese mundo de arriba las mujeres, pocas veces — y podríamos decir nunca — son capaces de luchar a brazo partido con la miseria y por el pan, trabajando. La simple voluntad de así quererlo no es suficiente. Se necesita capacidad y costumbre.

No hay que exagerar el valor de esa acción tan excepcional porque en la inmensa mayoría de los casos es solamente un artificio del dramaturgo. La realidad es otra. Las mujeres de esa clase social han sido educadas para otra vida. Constituyen el adorno de la casa. Sirven para lucir las buenas formas, más o menos cuidadas, los vestidos y alhajas; para pasear y divertirse; para gozar, parasitariamente, de la vida, sin afanes, sin trabajo, sin realizar, en la mayoría de los casos, ni el esfuerzo natural de la crianza de los hijos, porque el dinero del hombre-marido les permite encomendar esa tarea a otras mujeres.

Una mujer de esa clase social, puesta, por excepción, en el duro trance de tener que dejar comodidades y placeres para ganarse el pan trabajando, no es capaz de adaptarse a la nueva vida. Casi siempre se niega a seguir por esa senda, porque su psicología — hecha de distinta manera que la de las mujeres que trabajan — no puede modificarse tan inmediata y profundamente. Presiente su fracaso. Y puede decirse, sin temor a equivocación, que esas mujeres tratan de continuar la vida cómoda, fácil y placentera, lanzándose a la caza de un hombre de su mismo mundo social, que les brinde

los medios necesarios para persistir en esa vida, a la cual no pueden, ni quieren renunciar. Para lograrlo se prostituyen en una prostitución dorada y elegante. Esas mujeres no son como las mujeres del pueblo, educadas en la escuela del trabajo, viviendo en la miseria, luchando por el pan, sometidas y sometibles al duro esfuerzo de ganarse el pan.

Berisso, ¿ha querido hacernos ver cuán doloroso es para esa clase de mujeres la lucha por el pan? Si es así, efectivamente ha logrado su propósito. Pero, esas mujeres son manifiestamente incapaces de una nueva vida; por una que se lanza a luchar por el pan, impulsada por un vigoroso deseo de defender su dignidad femenina, hay millares que rehuyen esa lucha y se entregan al hombre que siga sosteniéndolas en una vida fácil, cómoda y placentera!

Nelly aprovecha de sus conocimientos musicales para ganarse el pan y mantener a su hija. Da lecciones. Debe actuar en su mismo mundo social, ocultando cuidadosamente su procedencia y su condición de mujer separada del marido, porque éstas la harían, a los ojos de las otras señoras, un sujeto peligroso para la moralidad de las niñas, sus discípulas de música. Desde esa nueva situación logra conocer mejor a su mundo social, ese mundo que ella no conocía sino superficialmente. Vé cómo esas señoras se aprovechan de los que les sirven, explotando sin escrúpulos a quienes están en la dura necesidad de vivir trabajando. Al cabo de varios años se ha transformado; la lucha por la vida ha hecho de Nelly otra mujer, ha perdido la fe, no cree en la eficacia de la unión legal; sostiene que la mujer de conciencia no necesita de los "privilegios" que, se dice, le acuerda el matrimonio; comprende que la justicia es una quimera y que la caridad rebaja y deprime. La dura y amarga experiencia la ha aleccionado destrozándole todas las ilusiones, porque la ha puesto frente a hombres y mujeres, en choque con sus intereses, pasiones, costumbres y preocupaciones morales. Ya es otra mujer. Triste y sufriente, pero valerosa, se ha dedicado con pasión de madre al cuidado de su hija.

No termina ese duro aprendizaje de la vida que un nuevo hecho viene a amargarle más aún la existencia y a recordarle

cruelmente, que el bárbaro concepto del "honor" no ha terminado su obra de venganza. Julián, amparado por la ley, falseando los hechos, reclama y obtiene que la justicia le haga dueño de la hija de Nelly. ¡La madre no es dueña de su hija! La ley le despoja de sus derechos naturales. El juez, hombre como los demás hombres, es el instrumento legal y coercitivo de ese bárbaro procedimiento. "Todo es legal, pero no es justo"! —exclama Roberto, el defensor de Nelly. Sí, todo es legal y es justo, pero a la manera de como lo han establecido los hombres. La niña es llevada. Los afanes de la madre no son tenidos en cuenta, el derecho maternal es destruído por la ley y por su instrumento viviente, el juez. ¿Esto es, efectivamente, por qué el juez no se pone en la misma situación de aquel a quién se le arrebatan los hijos, en esa forma? No. El sentimiento no alcanza a los duros hombres de la ley. Es lo que sucede siempre. Cuando la acción no interesa de inmediato y personalmente, entonces, se es un frío razonador, un instrumento rígido de un mecanismo implacable y espantoso. Los jueces tienen hijos pero han de juzgar, no sobre los suyos, sino sobre las madres y los hijos ajenos. ¡Han de juzgar sobre la pena y el dolor que no sienten!

La maternidad es gloriosa y respetada en la concubina y no en la mujer legal. Hasta ese derecho pierde la mujer que se une legalmente a un hombre... "Si hubiese sido su concubina no podría quitármela" — exclama Nelly, cuando le anuncian que en virtud de la resolución del juez, su hija pasará a poder del hombre-marido. En esa expresión está encerrada una formidable crítica al derecho que acuerda la ley al hombre-marido con respecto a los hijos. ¿La mujer que se vincula legalmente a un hombre tiene menos derechos naturales, y la mujer que se une a un hombre sin vínculos legales es la verdadera madre a quien nadie puede quitarle los hijos? Efectivamente es así, en la vida real.

El dolor vence a Nelly que muere víctima del combate emprendido por su emancipación, por su libertad y por el derecho maternal. Una víctima de los hombres, de los bárbaros que obran a impulso del brutal concepto del "honor"!

Berisso, ha escrito un buen drama. Es un profundo observador de la vida social. Lleva al teatro trozos palpitantes

de la vida dolorosa de las mujeres. Condensa en escenas rápidas, vivas y emocionantes, la acción de los tipos representativos.

De la representación del drama se recaba la impresión dolorosa del serio y hondo problema sexual.

¿Por qué impresiona tan vivamente ese drama — y los que se le asemejan? ¿Por qué el drama real, el que se desenvuelve en la vida, no nos alcanza a impresionar tan profundamente? Es porque en la escena se tiene la visión y el efecto de conjunto, y toda nuestra atención se concentra en el drama, olvidándonos, por un momento, de nuestro modo de ser; de pasiones, intereses y "opiniones" al respecto. Se es sorprendido por una acción intensa. En la vida social, o no se vé la totalidad del drama, o se reciben impresiones muy indirectamente, salvo el caso en que uno mismo sea parte activa o interesada. El teatro reposa sobre ese artificio. Berisso, con el drama *Con las alas rotas*, lo ha sabido utilizar admirablemente, impresionando a los espectadores con hechos de la vida ajena a ellos mismos, pero que pueden alcanzarles, en cualquier momento de su existencia.

¿Educan esos dramas? Si con el término educación queremos significar transformación de la psicología individual, podemos afirmar que no educan, porque las palabras y los gestos son reflejos de hechos y de estados de alma, porque no son agentes modificadores e impulsores. Esos dramas tienen como mérito la alta virtud de revelar la existencia de problemas sociales y de ser, según la sagacidad y el talento del escritor, la exposición del reflejo de la vida social, revelando al mismo tiempo la valentía moral del autor.

BARTOLOMÉ BOSIO.

Necochea.

CAMPO ARGENTINO (1)

Febrero lluvioso

Yo dejé el campo amarillo
en la grande derrota de los cardos,
y al regresar me encuentro
que un Febrero lluvioso lo ha cambiado.

Campo mío argentino,
no entras en el Otoño al salir del Verano.
¡Oh rósea primavera de Septiembre!
Y este segundo renacer del año.

Mañana

Campos, cielos, nubes,
aire ligeramente frío...

Hoy me parece el mundo
una bolita de cristal flamante
entre los dedos míos.

Payador

¡Oh, pobre payador!
Nuestro oficio es idéntico.
Mejor o peor medidos,
los dos hacemos versos.

(1) Del libro del mismo nombre, de próxima publicación.

La diferencia es poca
payador trashumante y polvoriento...
Tú en voz alta los cantas,
yo los rumio en silencio.

Cosecha

Un moscardón zumbando en mi aposento,
el camino, sin nadie, polvoriento,
y el campo, todo trigo, amarillento.
Hinchado está de expectativa el viento.

Lingera

El cielo está pálido
bajo el sol de fuego.
Cada nube blanca
es un reverbero.

Los trigos maduros
amarillos, secos,
ondulando en lomas
piérdense a lo lejos.

Contra el horizonte,
verde casi negro
un monte se pinta,
oasis en desierto.

¡Largo es el camino
entre pueblo y pueblo!
Tosca, sal, arena
volando y ardiendo.

Con los pies desnudos,
hambriento y sediento,

NOSOTROS

el pobre lingera
marcha a pasos lentos.

Pasa un tren sonoro,
un auto violento,
un sulky liviano,
un caballo esbelto.

Y el pobre lingera
marcha a pasos lentos.
Ninguno le dice:
—Sube, compañero.

El no tiene nada
sobre el campo inmenso;
ni un mal ternerillo
ni un grano pequeño.

Sólo tiene leguas
que andar en silencio.

FERNÁNDEZ MORENO.

Huanguelén, 1919.

BOLIVAR Y WASHINGTON (*)

Carlos Pereyra, autor del interesantísimo libro: *El Mito de Monroe*, poco conocido entre nosotros por desventura, ha publicado un volumen más interesante si cabe, o por lo menos, de igual mérito para los que se preocupen por los diversos problemas que plantea el hispanoamericanismo. Sabido es que la mayoría de nuestros asuntos — nacionales, continentales o internacionales — requieren ser planteados al principio, depurándolos de toda la escoria que contienen para intentar luego la búsqueda de su solución más acertada. Nuestro asunto internacional máximo, — como es fácil probarlo, digan lo que quieran algunos desprevénidos, — el Hispano-Americanismo (1) no es de los menos trabajados, pero continúa siendo un problema de solución aparentemente imposible, por mal planteado, para muchos. Es urgente aclarar infinidad de puntos oscuros, derribar preconceptos, apaar diversos ídolos de barro que vienen usurpando, de antiguo, el lugar a ídolos de oro, que no necesi-

(*) BOLIVAR Y WASHINGTON. — Un paralelo imposible, por Carlos Pereyra. *Editorial América*. Madrid.

(1) ¿Qué es el hispano americanismo? El distinguido cubano don Mariano Aramburo, nos da la respuesta más sintetizada: "es la tendencia natural, espontánea, irresistible—puesto que brota de las más íntimas honduras del alma de la raza—de los pueblos de origen español, a labrar una *hermandad internacional*, que sea expresión activa de la comunión étnica en que anhelan vivir por siempre y prosperar, fuertes y respetados por todo el mundo", es cosa "asentada firmemente en la naturaleza y todo empeño enderezado a negarla o disminuirla sería tan vano como risible", y está puesta frente al llamado *pan-americanismo* que no es más que "la tendencia artificiosa, mañera y unilateral de los Estados Unidos, a formar, con todos los pueblos del continente americano, una como entidad jurídica y económica que asegure y consagre, con las sanciones del derecho contractual, la hegemonía de la Federación", y que "busca su realización cultivando solamente las artes de la diplomacia, para decidir a los gobiernos a obligarse mediante pactos y tratados que no podrán nunca concertarse sobre bases de identidad"...

tan ni necesitarán, convertirnos en idólatras para merecer nuestro gran cariño y respeto. La época en que nos toca vivir — y por lo tanto actuar, — es de revisión continua de toda cosa. La historia no queda rezagada, y es por lo contrario una de las “ciencias y artes” que más preocupan. La tarea es tremenda; primero, por la suma de trabajo personal que requiere; segundo, — y no enumero más — por lo difícil que se hace el cambiar una vieja idea ya adquirida por los autores y el público. No obstante ella se llevará a cabo, y aun cuando las actuales generaciones no alcancen sus benéficos resultados, otras vendrán que han de encontrar el campo limpio de abrocales inútiles, ahorrándose la penuria nuestra de tener que *desaprender* lo mal aprendido.

El Sr. Pereyra hace, a su manera, labor en ese sentido. Dueño de un simpático y encantador estilo de polemista, irónico y burlón, ligero y sensato, publica libros que por el contenido de suyo fastidioso, nacerían condenados a dormir siestas tucumanas, en las bien forradas bibliotecas, sino fueran llevadas hasta el lector por la amenidad de su composición; por la sal de sus frases, por “el grano de audacia en todo”, “que es importante cordura”, según Gracián.

Este “Paralelo imposible”, con sus 450 páginas no cansa un solo instante. No es un libro exento de pasión, como recomiendan algunos para tratar de historia. Es un libro escrito por un hombre, y eso es todo. La figura interesante y sin duda, enorme, de Simón Bolívar, está trazada por su pluma, brillantemente. Hecha la evocación de su época, de la revolución sudamericana y delimitados con exactitud los conceptos de anarquía, de dominación y de emancipación que para el caso importan; dibujadas en cuatro lapizazos seguros las figuras de algunos de los héroes contemporáneos del Libertador, y recalcada la compleja psicología de éste, desde su niñez hasta su muerte, — que nosotros, argentinos, por deficiente educación escolar, (en este sentido pésima), y por puntillos de amor propio infantil, no conocemos como fuera nuestro deber, — presentanos tan exactamente el campo de acción de sus actividades múltiples que el paralelo con Wáshington es, en verdad, imposible. Conocemos un Bolívar disminuído, insignificante, para algunos casi microscópico, y un Wáshington agrandado desmesuradamente. La verdad no está en el medio, como decía el griego. El Sr. Pereyra

intenta con este libro tan recomendable, dar a cada uno su volumen propio, el pedestal que necesitan, hecho puramente con sus obras. Ni es Bolívar la figura de pacotilla que muchos suponen, ni es Washington el refugio de todas las virtudes como todos quieren hacer creer los que cándidamente háblannos de su "*corazón wáshingtoniano*"!!!

El "Washington sin pedestal" que el Sr. Pereyra nos presenta, aún si le quitáramos la tinta que trae para ensombrecerlo, queda, al asumir su verdadero tamaño imposible de comparar con el Libertador. No caben aquí las citas que trae el libro sobre la vida militar de uno y de otro; no puedo hacerme eco por razón de espacio, de la agitada existencia, ¡todo un poema! del uno, y la plácida y burguesa del otro, pero citemos sólo las líneas que el Sr. Pereyra dedica al asunto de los esclavos. Washington es muy rico — casó con una viuda platuda — Bolívar es más rico aún, por herencia paterna. Washington quería la abolición de la esclavitud. Todos sus historiadores lo dicen y lo repiten mucho; quería la abolición, pero la dejó recomendada en su testamento; él no libertó a uno solo de sus esclavos, ni su viuda que lo sobrevivió, tampoco. El humanitarismo de Washington se reduce a escribir frases más o menos lindas. Bolívar, en cambio, dueño de una imaginación de poeta, de un corazón de frágua, de un romanticismo precioso que no le prohibió ser un legislador de primera línea — "liberta de un golpe y con sonrisa de patricio 2.000 esclavos negros de una sola de sus haciendas patrimoniales." No hay que agregar una palabra.

"El primero en la guerra, el primero en la paz, y el primero en el corazón de sus conciudadanos" es una corona de oropel que nadie podrá destruir, sin embargo Washington ha sufrido en vida y en muerte la contrariedad de ser lo que nunca quiso ser: un héroe."

En el libro se prueba que fué Hamilton el genio constructor de los Estados Unidos y no Washington. La leyenda personal de Washington se refuerza según acertada observación del Señor Pereyra refiriéndose al historiador Gervino "en el prejuicio de las orgullosas razas teutónicas que niegan toda manifestación de grandezas reales en las razas que habitan los países del mediodía. Aún la América-española no ha dejado de aceptar este modo de ver las cosas, y a lo menos, los que se creen espíritus superiores, consideran como un rasgo de puerilidad, o

cuando menos como una paradoja, toda comparación que pudiera ser favorable a Bolívar con detrimento de Wáshington."

El citado historiador alemán, y con él, todos, no ha acertado a trazar la figura de Wáshington, pues conocía, o lo aparentaba una imagen falsa del "virtuoso ciudadano". Para Germino, según el Sr. Pereyra, Wáshington era:

1º Un hijo del pueblo, cuando en realidad fué miembro de una casta de privilegiados.

2º Un sacerdote del deber cívico, que todo lo sacrificaba al cumplimiento de ese deber, lo que es verdad, pero que no tiene significación cuando se toma en cuenta que el deber de Wáshington era lo que Wáshington decía, siempre de acuerdo con sus intereses personales y de clase.

3º Un soldado místico de las libertades políticas, cuando precisamente si por algo se distinguió Wáshington fué por haber contribuído a poner todos los frenos necesarios en las instituciones políticas de su país, para que la voluntad del pueblo quedase sin representación y sin eco en la vida pública de los Estados Unidos.

4º Un fanático de la legalidad, lo que es falso, pues Wáshington violó todas las legalidades, — la colonial y la de los Artículos de Confederación — hasta que se formó la legalidad que a él le convenía y que impuso desde la presidencia.

5º Un desinteresado incapaz de mover los resortes político para sacar ventajas en favor de sí mismo, de sus parientes y de sus amigos, cuando toda su acción pública no fué sino un diluvio de mercedes a sus amigos en forma de nombramientos, de concesiones y de beneficios de todo género, y cuando su administración se caracterizó eminentemente por el sello impopular de sus medidas, calculadas para beneficiar al grupo de que formaba parte el egregio comerciante Jorge Wáshington."

Tales son las bases. Querer con ellas compararlo a Bolívar, es ocioso, aunque "el vulgo dice, y dice bien, que las comparaciones son odiosas". No embargante esto, ¿se quiere el paralelo? dice el Sr. Pereyra, pues, sea y "quede bajo la responsabilidad de quienes lo desean":

"Bolívar es un místico bajo la obsesión de la idea fija. Wáshington es un realista de roca.

"Bolívar es un sentimental. Wáshington es un calculador.

"Bolívar es un imaginativo. Wáshington es un razonador.

“Psicológicamente se asimilan en la unificación perfecta de la voluntad. Históricamente, Bolívar es un guerrero. Wáshington no es un guerrero, aunque en la infancia le gustara jugar a los soldados, como a todos los muchachos, y de hombre le gustara tener bustos de guerreros, como a todos los hombres, y aunque hubiera hecho algo que puede vagamente llamarse guerra, (sin que le niegue yo la cualidad viril del valor en el grado que correspondía a su casta aristocrática, y esto lo subrayo muy especialmente.)

“Bolívar era un orador y un escritor. Wáshington un silencioso y un inexpresivo. Bolívar era un estadista de gran talla. Wáshington conocía admirablemente los asuntos políticos de su país; pero no figuró nunca entre los autores de concepciones políticas práctico-utópicas como las de Bolívar, o prácticas como las de Hamilton.

“Bolívar era esencialmente un dictador. Wáshington lo fué accidentalmente y sólo para la guerra.

“Bolívar naturaleza rica, conoció todas las pasiones y se desvió por todos los senderos torcidos; pero alcanzó en Bucaramanga el equilibrio supremo de la serenidad conquistada a costa de luchas internas y de la experiencia ganada en las tempestades de la vida. Wáshington tuvo siempre un número limitado de virtudes, de aficiones, de conocimientos, de aptitudes, de hábitos, de ideas y de propósitos. Su vida fué siempre equilibrada siempre igual y podría compararse a aquellos pagarés que escribía con buena letra a los trece años. La desigualdad no cabe en estos espíritus cuadrados”.

Ese es el paralelo único que resulta en este libro tan jugoso, tan sustancioso, tan recomendable.

B. GONZÁLEZ ARRILI.

LETRAS AMERICANAS

Al aceptar la honrosa tarea que se ha dignado confiarme la Dirección de Nosotros, lo hago — debo confesarlo — obedeciendo a un propósito egoísta. Deseo contraer conmigo mismo la obligación de conocer, estudiar la mentalidad de aquella parte de América latina, que geográficamente, tan lejos se encuentra de estos parajes.

¿Existe, efectivamente, eso que se denomina hispano-americanismo como algo concreto oponible al "europeísmo" y a la América no latina, vale decir, "al yanquismo"? En caso afirmativo ¿en qué se funda, cuáles son sus caracteres, qué persigue?

Quienes pregonan su existencia invocan tres factores esenciales, a saber: comunidad de raza, identidad de creencias y de idioma.

Ahora bien, en lo que a la Argentina se refiere, el primer factor, la raza, poco a poco se va alejando de ese punto de partida común. El último censo — y también los anteriores — acusa la existencia de elementos que provienen de todo el mundo, y, si bien es cierto que los españoles figuran en un porcentaje apreciable, en el hecho son ellos que se adaptan al nuevo medio y se diluyen en el conjunto. El indígena originario, confinado en regiones extremas se extinguirá naturalmente y su puesto será ocupado por esta nueva variedad de la *pianta uomo*, producto de la cruce de todas las variedades arias y semitas. ¿Sucederá lo mismo en los demás países americanos? ¿En qué porcentaje entrará el indígena y los orientales, es decir, razas inferiores a las ramas europeas? El tiempo lo dirá; pero, desde luego puede afirmarse que la resultante de otras regiones americanas se diferenciará cada vez más, de la resultante argentina, y, por lo tanto, el primer elemento, la comunidad de

raza que se enumera como factor esencial del "hispano-americanismo", irá perdiendo los rasgos comunes que pudo tener en sus comienzos.

Por su parte la identidad de creencias ya carece de toda importancia. En la Argentina, las cuestiones religiosas, poco a poco, han sido solucionadas. La libertad de cultos es absoluta. Los judíos tienen sinagoga donde los rabinos celebran sus funciones con la misma libertad que los sacerdotes católicos en las parroquias tradicionales. Los rusos, los protestantes y hasta los árabes profesan tranquilamente sus ritos. Antes de un lustro, con la sanción del divorcio absoluto y la separación de la iglesia y el estado, la religión quedará circunscrita a lo que debe ser; una cuestión que sólo concierne al fuero de cada cual.

Es, pues, también probable que las creencias religiosas no desempeñen papel apreciable en la constitución del flamante "ismo".

Queda el idioma.

No hay duda de que este elemento es más real. Pero tras de que el idioma común lo mismo sirve para entenderse que para pelearse, puede suceder que los habitantes de dos regiones que aparentemente articulan los mismos sonidos, se encuentren como el señor Groussac en presencia del bibliotecario de Méjico, es decir, que, a pesar de hablar la misma lengua y de ejercer exteriormente la misma profesión, no lograban entenderse. Reducido a sus verdaderas proporciones el idioma, podría ser un buen medio para llegar a un fin; pero, por sí mismo, no lo realiza ni es indispensable para conseguirlo. La mejor prueba la encontraremos en nuestras relaciones "mentales" con España: siempre hemos empleado el instrumento que ella utiliza para exteriorizar lo que siente y lo que piensa; pero hemos traducido, adoptado y adaptado ideas y sentimientos franceses, ingleses, etc. De ahí que las fórmulas y rótulos podrán tener idéntica estructura gráfica y diferir, sin embargo, substancialmente su contenido.

Pero aun en el supuesto de que existiesen esos factores en cantidad y calidad ponderables, ¿cuál sería el propósito del hispano-americanismo? ¿Una nueva forma de "convivencia" nacional e internacional y en cuyo seno el nuevo tipo humano profesará una nueva religión, elaborará un nuevo derecho, creará

un nuevo arte y luchará para que impere mayor justicia? ¿Qué caracteres específicos tendrán todas estas cosas nuevas? ¿En qué se diferenciarán de las "cosas nuevas" que persiguen los norteamericanos, los europeos y aun los japoneses? No las vemos, ni es probable que existan. La fórmula general de todas esas aspiraciones, fué elaborada hace más de un siglo por la Revolución francesa y los principios de Wilson no agregan nada a la famosa declaración de los Derechos del Hombre.

La novedad de esos principios, hay que reconocerlo, estriba en que no se trata de meras declaraciones, sino que las acompaña un gigantesco esfuerzo para que se traduzcan en hechos. Por lo demás, las cuestiones graves que están llamados a resolver todos los países, inclusive el americano, no son de carácter internacional, porque los políticos y los diplomáticos siempre tropiezan con las frasecitas que "satisfacen el honor nacional". Lo importante radica en los problemas internos, estrechamente vinculados a lo que más directamente afecta a la finalidad de la vida, es decir, la producción y distribución de la riqueza. Estos problemas van siendo idénticos en todo el mundo y por lo mismo son verdaderamente internacionales. La solución, con diferencias de detalles, que en manera alguna afectará su esencia, tendrá que ser también internacional y de una uniformidad aplastadora.

Si lo que antecede es exacto ¿qué cabida puede tener el pan hispanismo como algo diferenciado, y en qué grado contribuirá a resolver esos problemas? ¿Continuará echando mano de Cervantes, de los manes de los conquistadores y de los héroes de la independencia? ¿Multiplicará las embajadas parlanchinas, cuya única misión, en definitiva, queda circunscripta a un recíproco sahumero? No creemos que se insista en banalidades tan efímeras. La causa que origina al presunto "ismo", es la misma que tiende al acercamiento de todos los pueblos. La tierra "se achica". Hoy con diferencia de grado, lo mismo nos interesa lo que sucede en Arcángel que lo que pasa en Santiago de Chile. La interdependencia de los fenómenos sociales es cada vez más estrecha. Mientras instituciones como el "mir" han existido centenares de años sin inquietar a los demás países, hoy, el maximalismo preocupa al mundo entero.

La verdadera tarea de la América latina, sin "ismo" que la desnaturalice, consistirá, pues, en contribuir sinceramente a

esta obra de perfeccionamiento universal, aportando para el caso, la cuota parte que la naturaleza le ha deparado, librándose día a día de la "south-american" impedimenta que gravita sobre su política, su arte y su ciencia en forma de caudillo más o menos genial, de adjetivo más o menos sonoro y de diccionario más o menos enciclopédico.

Trabajar, sin acordarse de que existieron Leroy Beaulieu, Verlaine y Kant, no será muy brillante, pero resultará obra propia.

Eso desearíamos consignar mensualmente en estas páginas: la satisfacción de que, en el otro confín de la tierra, la política ha dejado de ser la herramienta que utiliza el hábil admirado para ubicar en puestos bien rentados a los tontos que lo admiran; de que "el arte" es algo más que una tarea de imberbes, ansiosos de *épater le monde avec son cornetin*, y que, la ciencia, nada tiene que ver con la enumeración de seres y de cosas al alcance de cualquier desocupado.

Y si no cumplimos honestamente con tan agradable misión — la patria y NOSOTROS, nos lo demanden, como se dice en los juramentos oficiales.

Discursos por *Fernández Sánchez de Fuentes*, profesor de la Universidad, miembro del Instituto Americano de Derecho Internacional. — Habana, 1918.

Con raras excepciones, la guerra no ha producido más que honrosos alegatos a favor o en contra de los beligerantes. Mejor dicho, el noventa por ciento de la masa cúbica de papel impreso se ha transformado en imprecaciones contra Alemania y sus aliados. No es el caso de examinar ahora si tales anatemas son o no justificados, por cuanto, ya la conciencia universal **está formada** desde hace rato. Alemania ha perdido el pleito aún en el terreno heroico. El águila imperial, en el supremo momento plegó las alas y se escabulló entre las zarzas. Estamos de acuerdo; pero de ahí a suscribir todo lo que se ha estampado contra Alemania y especialmente contra el Kaiser por considerarlo autor directo de la guerra, media un buen trecho, no en defensa del Kaiser, si no porque es inconcebible que setenta u ochenta millones de seres puedan haber obedecido incondicionalmente a la sola voluntad de un individuo o de una camarilla. No lo ignoramos: es el antropocentrismo corriente entre los vendedores de sardinas, pero no es concebible que, en pleno

siglo XX, cuando existe una doctrina sobre la interdependencia de los fenómenos, cuando el proceso de la civilización ha llegado a "su culminación", no es concebible que un individuo o media docena de individuos, puedan por su sola voluntad detener el curso de ese proceso, invertirlo, poner en movimiento millones de hombres, alterar el ritmo de la vida universal. Existe algo "dessous du panier", como dicen los franceses, que mueve a todos los autores y cuya investigación escapa a la mirada del político, del general o del hombre de negocios. Esa investigación paciente, ordenada, sujeta a un método que permite encontrar cristianamente la verdad, corresponde al hombre de ciencia. No es ese el propósito que guió al señor Sánchez de Fuentes al pronunciar sus discursos, el primero en la sesión inaugural de la segunda reunión de la sociedad cubana de derecho internacional, y el segundo al recibir una bandera ofrecida por los estudiantes italianos a los de la Habana. Probablemente no fué ese el propósito del autor, por cuanto el Derecho y menos el internacional, no persiguen el descubrimiento de la verdad, sino el reconocimiento de fórmulas para vivir en paz, hacer la guerra, etc., fórmulas que en la mayoría de los casos ni aseguran la paz ni evitan que se violen en la guerra. De ahí que, por este motivo, sin duda alguna, el folleto del señor Fuentes contenga hasta en la versión francesa que sigue al texto castellano, varios paréntesis en bastardilla que dicen *applaudissement, vifs applaudissement, applaudissement prolongés*.

Se trata de una arenga muy semejante a las que suelen pronunciarse por estas latitudes, a pesar de nuestra distancia del trópico. Véase, por ejemplo, este párrafo, aplaudido con sonora razón:

"Y aún hay más; desde este aspecto del sentimiento se ha
 "llegado por estas naciones que constituimos la comunidad in-
 "ternacional de hoy, es decir, por los aliados, a la ficción su-
 "blime de suponer que un Rey no necesita de la posesión ma-
 "terial de su territorio para continuar siendo soberano ni pa-
 "ra que su reino exista; y por virtud de esa sublime ficción
 "un Monarca tan desgraciado como caballeresco, tiene hoy más
 "adictos que los que pudiera haber tenido nunca, más vasa-
 "llos que jamás pensó contar, porque a falta de suelo de su
 "amada patria, profanada por la planta rapaz del invasor, su
 "imperio se asienta en la universal concepción del honor y rei-

“na en todos los corazones nobles de la humanidad que sin cesar aclaman y saludan en él a Alberto I, el Rey Caballero”.

Lo transcripto—presumimos que no habrá dos opiniones—es bonito, lleno de elocuencia y hasta arrebatador, si se quiere; pero ¿cabía esperar que inaugurase sus sesiones una sociedad de derecho para pronunciarlo?...

El hombre que parecía un caballo, por Rafael Arévalo Martínez. — Ediciones «Sarmiento», cuaderno 14. San José de Costa Rica, 1918.

Si no fuera por el nombre ya conocido del autor, nos induciría a leer el contenido de este cuaderno, el siguiente párrafo de uno de sus prologuistas, el señor Ricardo Arenales, que dice así: “... ha publicado Rafael Arévalo Martínez, una pequeña novela, o, mejor dicho, un cuento que acabo de leer con la más profunda emoción. Diré, antes de pasar adelante, que la obra es de una belleza y una intensidad extraordinarias”. “Dicho está—termina el párrafo, que la creación del poeta de Guatemala más bien acusa los destellos del genio que las manifestaciones del talento cotidiano” (sic). Para satisfacer el interés que despierta el prólogo, emprendemos la lectura del cuento. El autor, después de decirnos que “mi impresión de que aquel “hombre se asemejaba por misterioso modo a un caballo, no fué obtenida entonces sino de una manera subconciente, que acaso nunca surgiese a la vida plena del conocimiento, si mi anormal contacto con el héroe de esta historia no se hubiese prolongado”, agrega:

“En esa misma pristina escena de nuestra presentación, empezó el señor de Aretal—es decir, el *Hombre que parecía un caballo*, a desprenderse para obsequiarnos de los traslúcidos collares de ópalo, de amatistas, de esmeraldas y de carbunclos que constituían su íntimo tesoro. En un principio de deslumbramiento, yo me tendí todo, como una gran sábana blanca para hacer mayor mi superficie de contacto con el generoso donante. Las antenas de mi alma se dilataban, lo palpaban y volvían trémulas y conmovidas y regocijadas a darme la buena nueva”.

Como el lector se habrá dado cuenta por las citas, se trata de una narración fantástica mediante la cual el autor nos cuenta que habiéndose puesto en contacto con un sujeto cuya alma ofrecía aparentemente rasgos superiores, en el hecho resultó algo así como un centauro:

Como se ve, la concepción no parece muy original. Diariamente, en el lenguaje corriente comparamos a nuestros semejantes con animales, plantas y hasta rocas. Fulano es una hiena. Zutana es una gata, etc. La originalidad, la belleza, el arte en una palabra, debería estribar en la ejecución. No creemos que el autor lo haya conseguido, sobre todo en forma que merezca calificativo de genial. El encanto de estas ficciones reside en la ingenuidad que emplea el autor para infundirnos la creencia de la posibilidad de lo que narra. Ejemplo universal, *La Divina Comedia*, el conjunto más admirable de cosas imposibles, expuestas con la seriedad de un agrimensor que da cuenta de la medición de un campo. El señor Arévalo, en cambio, rompe vuelta a vuelta el encanto de su ficción con consideraciones que cabrían en un texto de moral o cuento realista, pero en manera alguna al referirse a un hombre que poco a poco va exteriorizando o proyectando "su hipógrifa conformación". Además, ¿por qué el señor Arévalo comienza diciéndonos desde el primer párrafo que su héroe se asemejaba a un caballo, y en seguida nos habla de collares, ópalos, amatistas y esmeraldas? La impresión hubiera sido más artística si en vez del tesoro de bellezas que se imaginó en un comienzo, hubiese gradualmente descubierto los atributos caballunos, hasta que "sintió sus cascos en la frente y el veloz galope rítmico y marcial con que aventaba las arenas del desierto aquel sujeto con rostro humano y cuerpo de bestia". Para terminar, conviene consignar, lo que con tanta seriedad asegura el señor Arenales, es decir, que "el protagonista del cuento no es un personaje puramente fantástico, sino un individuo de carne y hueso que vivió en Guatemala, a quien trataron los intelectuales y a quien ahora reconocen fácilmente en el libro de Arévalo Martínez. Queda notificado el señor Onelli.

LUIS PASCARELLA.

Otros libros recibidos:

Los Optimistas, por Jesús Castellanos, Editorial América, Madrid.

Ladrones de Tierras, por Vicente Pardo Suárez, Habana 1918.

Doña Juana Sánchez, novela histórica, por Tomás O'Connor D'Arlach, La Paz (Bolivia) 1918.

Laudatorias Heroicas por *Antonio Borquez Solar*.—Santiago de Chile.—
Imprenta Universitaria. 1918.

Por ser muy peligroso, aunque fácil, no intentaremos profetizar, como tantos hicieron, con respecto a las futuras consecuencias de la conflagración actual. Ni queremos ahuecando la voz con tono sabihondo pretender dar la palabra definitiva sobre las probables tendencias dominantes o significativas de la época por venir, tras de esta terrible hora histórica que por fin va pasando.

Reformas fundamentales se están operando en la sociedad desde ahora — perceptibles hasta para los ojos más míopes — reformas que permiten, con base lógica, augurar el grato espectáculo de una “tabula rasa” de tanto y tanto prejuicio entre los cuales es muy de señalar cierta literatura... Mas, dejemos las profecías, labor como hemos visto negativa, para hacer el balance de la poesía guerrera, forma literaria que tuvo como nunca posibilidades de realización por los elementos reales ofrecidos para dar la obra definitiva.

Y en efecto decíase: ¿quién podrá negar que a nuestros contemporáneos les será dado admirar un renacimiento lírico-heroico? Y razonaban así: con la exaltación de los sentimientos las cuerdas más sensibles pónense tensas y vibran. Las emociones recogidas en el campo de batalla al pasar por el alma enardecida, sometidas a la disciplina del arte, ricas de fuerza humana y por lo tanto eterna, crearán formas verbales perfectas que como el mármol para la mano febril del estatuario serán para el poeta voz sublime llevada por las alas del verso... Otros también creían que por el solo hecho de estar las naciones empeñadas en tan grande lucha, nada más fácil que referir en verso la participación cabida a cada cual, para que cualquier voz asumiera caracteres representativos, al par que significación nacional.

Un crítico francés afirmaba: El fragmento épico a la manera de Víctor Hugo es forma viviente que convendría a las mil maravillas para glorificar las explosiones de nuestros asombrosos ejércitos.

Esta manera de ver las cosas, esta forma de razonar, muy corrientes durante la guerra, no estaba contraloreada por el juicio histórico, como muy vuela pluma habremos de ver. Despojada la epopeya del encanto legendario, desceñida de ese tul de misterio que encanta nuestros espíritus con sus alternativas de mundos reales e irreales; reducida la función poética a mero pasatiempo fotográfico, falta del sentido de representación tendremos tan sólo una obra desmayada y fría.

¿Podriase negar con eficacia que nada grande Napoleón ha inspirado a los poetas de la época con sus empresas titánicas? ¿acaso la epopeya vivida de Garibaldi ha tenido (no olvidamos el canto inspirado de d'Annunzio de *La Notte di Caprera*) su digna epopeya poética?

Esa enorme figura artística; ese sublime poeta civil y crítico asombroso y filólogo excepcional y prosista admirable que se llamó Giosué Carducci, en la conocida polémica para defender su *Ca Ira* ya lo dijera en forma tan convincente que me permito traducir: "Siempre lo he creído, lo dije antes y lo repito también otra vez: en la actual civilización la epopeya ha muerto hace tiempo, ha muerto para siempre; y la epopeya histórica no nacerá nunca por la contradicción que no lo consiente. Epopeya e historia son términos que el uno mata al otro". Y prosigue luego de un largo juicio histórica en probanza de sus conceptos: "No me habléis de alejandrinos. La solemne monotonía de este gran metro del mil doscientos en el cual recuérdase y resuena la cadencia de los grandes pasos de un barón de las cruzadas, que desmontado del caballo caminara todo vestido de fierro; ni vosotros tenéis el coraje y la fuerza de rehacerla, ni nuestro público tiene la paciencia de soportarla. Los poetas del romanticismo francés en la mitad primera de este siglo (XIX) lo quebraron para tornarlo moderno y flexible: los del día pueden hacer de él "menudillos mussetianos" para uso de mujercillas más o menos parnasianas. Nada más, nada más... No pidamos más *epos* moderno a ningún metro. ¿Queréis vosotros poemas sobre Napoleón, sobre la revolución italiana, sobre Giuseppe Garibaldi? No faltan, — y no carecen de méritos; — pero dijo muy bien Milelli, rara vez lograron hacerse leer, siempre a hacerse olvidar. Hasta el poema - novela, el poema romántico quien lo puede ya sufrir? Pero es que no sentís la gran falsedad de los poemas de Jorge Byron, no sentís abu-

rrimiento en aquella cavernosa vacuidad poblada sólo de las líricas contorsiones y de los ululatos de aquel Laocoonte de su alma?...

... "Oh bellos ojos no sé si de musa o de mujer, en vano sonreís fulgurando de lejos: yo niego y no afirmo: no puedo entonces hacer epopeya".

El tema merece por su interés dilucidación más amplia y se nos perdonará cierta minuciosidad en tratarlo, siendo indispensable, ya que en ello estamos, establecer la importancia de esa producción en los cuatro países más allegados a nuestra mentalidad.

Henry Barbusse, el entonces mediocre autor de *Nous autres* y *L'Enfer*, tuvo de la guerra europea, los elementos para esa obra maravillosa, mezcla de realismo y de la más intensa poesía, que ha tenido innumerables traducciones y cuya edición francesa pasa ya de los 200.000 ejemplares!

Aparte de Barbusse con *Le Feu*, Francia, la tierra de los novelistas por excelencia bien pocos nombres ha podido elevar a la admiración del mundo: René Benjamin, Paul Gerald, ya conocido con el bello libro de poesías *Toi et moi* (con su exquisito *La guerre, Madame!*, finamente traducido al italiano en la edición Sónzogno de Milán) y Georges Duhamel, han elevado el termómetro de la novela hartó bajo con las frías disquisiciones (aunque aparentemente cálidas) de los Paul Margueritte, Pierre Loti y otros...

Paul Bourget no se ha superado; Maurice Barrés repite su nota que hoy carece del encanto de lo utópico de otrora; Anatole France ha callado, al revés de Romain Rolland que ha hablado bien alto con el discutido *Aux dessus de la mêlée* que ha tenido su eco en *Une voix de femme dans la mêlée* de la interesante Marcelle Capy...

Estas dos obras de negación, a las cuales hay quien reconoce la necesidad de agregar *Le feu*, como obras realizadas han tenido tanta o más eficacia que los innumerables "diarios del frente". Lo mismo puede decirse de Italia, que, salvo algunas páginas de Sem Benelli, d'Annunzio, Mario Puccini... ha dado muy poco.

En prosa. H. G. Wells salva el honor de Inglaterra con dos bellísimos libros; aparte que al grande escritor puede

llamársele sin caer en error: el profeta de "La liga de las Naciones"...

Como vemos, en la prosa de guerra, real representación del momento, no se han hecho grandes cosas, aunque como es sabido todos los grandes escritores han movido los puntos de sus plumas y en gran número se han improvisado los pretendientes de gloria en literatura guerrera.



Sin ser excepcional, como intentamos exponer, la prosa de guerra ha dado algunas páginas definitivas y perdurables, lo cual no se puede decir de la poesía en su fase épica. Veámoslo.

D'Annunzio ha hecho *La beffa di Buccari* y el *Cántico per l'Ottava della Vittoria*, que, apresurémonos a decir, no agregan nada a la gloria del que a justo título y por derecho puede llamarse poeta de raza. A nuestro juicio valen más los admirables discursos publicados bajo el título *La riscossa* que el *Cántico*; como es indudable que tiene voz profunda y emotiva el "diario de la burla de Buccari" de que carece la *Canzone del Quarnaro*. Igual apreciación hacemos de Sem Benelli, cuyas *Parole di Battaglia* están por sobre sus versos ocasionales.

Las mejores páginas de versos las ha dado Bélgica y ello se explica: el contenido elegíaco y doloroso llega más a nuestra sensibilidad por la verdad que lo informa; así como en Italia, Ada Negri llegó con sus sollozos femeninos y sus pensamientos de madre dolorida, a dar impresiones intensas e inolvidables... Sólo un belga (Marcel Wyseur con su excepcional *Les Cloches de Flandre*), solamente un país con gente cuyos ojos han visto como el gran Verhaeren *Les ailes rouges de la guerre*, pudo encontrar una estrofa como esta del joven poeta:

... la Mort aujourd'hui ne rôde plus en Flandre
car il n'est plus personne aux villages détruits,
plus personne a tuer et plus personne à prendre:
les femmes, les enfants, les vieillards son partis...

La epopeya no la advertimos en ninguna parte; canta la elegía y cuando ella cesa tan sólo la esperanza de un futuro más sereno da notas animosas.

La Francia vencedora de Verdún y el Marne tan sólo ha encontrado dos obras notables alrededor de las cuales mucho ruido se ha hecho. Hablamos de Paul Fort y Henry Bataille, autores de dos obras con intenciones épicas dentro del carácter correspondiente.

Con *La divine tragedie*. Bataille no ha alcanzado el "élan" necesario a la construcción épica. Este gran escritor que como poeta había dado nuevas formas a la moderna poesía francesa es inferior a su labor, porque aunque no faltan en su obra páginas felices, ella carece de armónica contextura.

Paul Fort, con *Poèmes de France*, está muy por debajo de la exquisitez a que nos tenía acostumbrados. Esta obra es, sin duda, la más frígida de las brotadas de la gentil personalidad del autor de las "baladas francesas".

En suma; cuando los elementos ofrecidos por la guerra hánse utilizado para obra de negación, a veces, como se advierte en la novela, han resultado; cuando se ha intentado la creación de un monumento épico sólo se han realizado algunas partes del todo... algún detalle nada más: faltan los cimientos y las paredes...

*
* *

El señor Antonio Borquez Solar, hizo unas *Laudatorias heroicas*, donde vemos agitarse caóticamente bajo la gran lumbré del sol: cien caciques y sus tribus, cóndores, pumas, dioses y demonios en consorcio con los héroes de la Independencia...

Pecaríamos de injustos al no reconocer la ímproba labor a que se ha dedicado el señor Bórquez Solar, como es digno de mención el soplo cálido que anima la obra y que declara en todo momento su ferviente patriotismo...

El autor dice como final de su obra: "*Mis laudatorias heroicas* tienen por objeto entusiasmar y fortificar a los niños y a las vírgenes, a los jóvenes y a los hombres maduros, en el culto de los héroes y en el amor a los laureles épicos. ¡Y no más!"

Si pudiéramos hablarle sin presunción diríamosle: en la

fragua de la gran guerra todos nos forjamos de nuevo... cada cual ha adquirido un nuevo temple: somos otros... muy diferentes...

Y teniendo en cuenta ciertas experiencias nuevas, agregaríamos de una vez para impedirle interrupciones:

¿No es esto que Vd. hace, no es el suyo, trabajo para conseguir, tan sólo, desviar las conciencias de los problemas del presente que tan graves y urgentes son, llevándolas hacia las nebulosas y abstractas percepciones de un pasado que debemos creer desaparecido para siempre?

¿No sería más alta su misión de Vd. si como poeta se propusiera llegar al alma chilena con lenguaje de verdad, con palabra humana y en correspondencia con esta hora de evidente renovación?

¿No nos ha enseñado esta guerra que sólo vivirán las páginas de hondo realismo, de ansia vivida, de sed de justicia? ¡Cuántos ídolos al parecer eternos han caído ya!! Cantar, por otra parte, los héroes verdaderos es inútil: con anteponer a los nombres de San Martín, O'Higgins y otros (agregue Vd. los que el juicio histórico proporciona) las palabras: Héroe, Libertador, Mártir... se habrá hecho la única, indudable y eficaz realización épica posible en nuestros días...

ARTURO LAGORIO.

NOTA. — De entre los muchos libros recientemente recibidos, se tratará en esta sección en el próximo número de *La casa junto al mar*, versos de M. Magallanes Moure, *El Relicario*, versos de José María Delgado, *Remanso de ensueño*, por María Monvel, *La familia Gutiérrez*, novela por Magariños Borja, *Florilegio de prosistas uruguayos* por Vicente A. Salaverri, y otros.

LETRAS ESPAÑOLAS

Novelas y novelistas, de *Andrenio*. — Biblioteca «Colleja». 1918.

El señor Gómez de Baquero que firma con el pseudónimo de *Andrenio*, ha reunido en un volumen varios estudios sobre Galdós, Baroja, Valle Inclán, León, Unanumo, Pérez de Ayala y la condesa de Pardo Bazán. En sucesivos tomos piensa incluir ensayos sobre Valera, Pereda, Blasco Ibáñez y Palacio Valdés.

Los que componen el libro que nos ocupa son de muy diverso valor literario y crítico. Pecan, por lo general, de superficialidad y ligereza; pero este defecto es más sensible en algunos capítulos que en otros.

El estudio más completo es el dedicado a las novelas de Baroja. No dice el señor Gómez de Baquero las cosas sutiles y profundas—a veces demasiado sutiles y demasiado profundas—que la extraordinaria y extraña personalidad del escritor vasco sugirió a Ortega y Gasset; pero su ensayo contiene muchas y muy discretas observaciones sobre el modo de novelar de don Pío, y juicios muy justos sobre el valor de sus obras. Por otra parte ese es el capítulo más extenso del libro. De las trescientas treinta páginas de éste, más de cien contienen el estudio sobre Baroja y sus novelas.

Pero esas ciento y pico de páginas pudieron haberse reducido considerablemente si el señor Gómez de Baquero se hubiera preocupado de hacer de ese estudio un todo orgánico y no una sucesión de artículos llenos de repeticiones y de redundancias. Así, casi no examina el autor una obra de Baroja sin hacer la defensa de su estilo, con los mismos argumentos cada vez y casi con las mismas palabras.

Las censuras a Ricardo León, especialmente el de los úl-

timos tiempos, pecan de moderadas. El señor Gómez de Baquero es, en efecto, un crítico tímido o excesivamente respetuoso. Se trata, sin duda, de una actitud simpática y preferible a la pedantería y suficiencia de otros críticos que en España y aquí padecemos; pero en ésto como en muchas otras cosas, *in medio consistit virtus*. Sin llegar a la ridícula actitud de algunos jovencuelos presumidos que tratan "desde la altura" al mismo Homero, se pueden y se deben hacer, al escritor que las merezca, las observaciones más rudas. Con censuras "enguantadas" como las de Andrenio no se va a ninguna parte.

El estudio sobre las dos últimas novelas de doña Emilia Pardo Bazán es lo mejor hecho del libro. Los ensayos sobre Unamuno y Pérez de Ayala son, por el contrario, de aquellos en que más descuellan la superficialidad y la ligereza antes apuntadas.

Pero donde estos defectos resultan más notables es en los artículos sobre Galdós con que comienza el libro, y resultan más notables, precisamente, por la inmensa grandeza de la personalidad literaria de que dichos artículos tratan.

Las objeciones, sobre todo, que la obra inmortal del excelso maestro sugiere al señor Gómez de Baquero son de una insignificancia, una falta de consistencia y una ausencia de comprensión abrumadoras.

Por otra parte, parece que el autor se ha puesto a escribir sobre Galdós sin haber leído o al menos sin saber el asunto de todas las novelas de aquél. Así comete la imperdonable ligereza de censurar a *Nazarín* por su final vago y nebuloso, agregando algo que demuestra que el señor Gómez de Baquero no ha leído ni sabe siquiera de qué trata *Halma*, que es, precisamente, la segunda parte de *Nazarín*. En efecto, Andrenio se pregunta al final de su estudio de *Nazarín*, si muere el calumniado apóstol o si sana de su dolencia, y dice luego, que este punto queda en duda, y que esto pudo hacer sospechar un tiempo si continuarían en otra novela las aventuras de *Nazarín*.

En el umbral de la vida, de Manuel Bueno. -- Biblioteca «Calleja». 1918

Manuel Bueno es uno de los primeros periodistas españoles. Algunos artículos suyos, como el que hace poco publicara en *Heraldo de Madrid* sobre la cuestión catalana, le presen-

tan además, como un pensador valiente y un político honesto y avisado.

Pero el señor Bueno no se ha contentado con la fama que sus campañas periodísticas le han justamente proporcionado. Ha querido aspirar también al aplauso de los públicos de los teatros y a la reputación de novelista.

Como autor dramático ha fracasado, quizá en parte sólo por falta de suerte y de constancia. Yo asistí a uno de sus estrenos, hace diez años. Era en el Español, donde doña María Tubau vegetaba lamentablemente. No había casi público. La obra, con un segundo acto muy atrevido y muy real, era en los otros dos actos, muy pesada. La crítica tuvo para con ella la benevolencia llena de sobreentendidos que señala el "succés d'estime" de un compañero. Creo que Bueno, desalentado, no ha repetido la intentona.

Por el contrario, ha publicado ya cinco tomos de cuentos y novelas.

El que acaba de dar a luz no es—por de pronto—una novela, a pesar de que otra cosa se diga en la portada. Es una colección de artículos, de los que la mayor parte pertenecen al género de cuento o de novela corta.

Ninguno de ellos descuella ni por el estilo, ni por la originalidad, ni por el pensamiento.

El argumento es, por lo general, melodramático o folletinesco. El cuento que da nombre al tomo es, en este respecto, notable; pero no le van en zaga *Mater admirabilis* y *Entre sombras*.

El lenguaje no es, ni mucho menos, un modelo de corrección. Asombra leer en la obra de un periodista tan moderno como Bueno, párrafos llenos de vacuo énfasis y de falsa elocuencia. Asombra también ver tantos y tan poco felices neologismos y tantos injustificados extranjerismos. Molesta asimismo leer que de la protagonista de un cuento, joven mística y romántica, diga el autor que la traía "escamadísima" la intimidad que notaba entre su madrastra y un primo de esta, y que en otro cuento se hable de cuando el recurso de la pignoración "marraba". Ese descuido en el empleo de término en exceso vulgares llega a la grosería en algunas ocasiones. A un joven le hace decir Bueno, hablando de su novia, algo tan bajo y tan torpe que preferimos no reproducirlo (pág. 84, línea VII).

En cuanto al fondo, es amargo y denota un escepticismo misantrópico que, felizmente, ya no va siendo de moda en la literatura contemporánea. Que, por ejemplo, "la constancia en amor es una forma de la inferioridad" y otras "boutades" por el estilo, ya no impresionan a nadie. A veces el autor exagera su espíritu de pesimismo y de protesta. Así, en *Dolor de amar*, el protagonista está furioso porque un tren viene con retraso. Clama contra la compañía y, naturalmente, nadie le hace caso. Entonces, no sabemos si él o el autor se deja decir que ya sabe "cómo se arreglaría todo eso", pero que "por desgracia los españoles carecemos de lo que yo me sé: de una cosa que simboliza y personifica la virilidad". No se sabe qué es peor en esta salida de tono, si lo ridículo de la actitud del personaje que se expone a una congestión por una cosa tan insignificante y tan frecuente en todas partes como el atraso de un tren, o la categórica afirmación que complementa aquella actitud, afirmación para hacer la cual no advertimos en qué datos pueda el autor haberse basado.

En lo que se refiere a la originalidad no es, por cierto, excesiva. Falta, especialmente, en el ya citado *Mater admirabilis* y en *El viajero misterioso*, inspirados ambos en cuentos muy conocidos.

Lo mejor del libro es *El Bautismo de sangre*. Encierra en pocas páginas el análisis de un carácter, no por degradado menos interesante y un drama terrible, impresionante y perfectamente verosímil. Es también, uno de los pocos capítulos de la obra en que el autor consigue alejar la preocupación de la lujuria.

Reyes, favoritos y validos, de Ricardo Fuente. — Biblioteca «Nueva», 1918

El autor de *Reyes, favoritos y validos* es una personalidad curiosísima. Gran periodista, no ha figurado casi nunca su firma en los diarios de la península. Gran erudito y gran trabajador en lo que realmente parece interesarle, los estudios históricos, *Reyes, favoritos y validos* es el primer trabajo de la materia que da a la publicidad.

Se ha dicho de él que es un abúlico y como tal lo ha presentado Ciges Aparicio en una de sus tremendas novelas, la dedicada a la prensa española. En ella aparece, en efecto, Fuen-

te, bajo otro nombre, claro es, como un ser falto en absoluto de voluntad y de energía.

Sin embargo, Fuente ha demostrado en diversas ocasiones fuertes chispazos de esa energía que parece faltarle habitualmente. Una de esas ocasiones fué, precisamente, el viaje que hace años hizo a Buenos Aires. En pocos meses, el pretendido abúlico se hizo, a fuerza de talento y de simpatía, una personalidad de enorme influencia entre los centenares de miles de españoles que residen entre nosotros.

Por lo demás, la abulia de Fuente no le ha impedido permanecer republicano, cuando tanto hubiera conseguido con el fácil pasaje a la monarquía, y trabajar callada, pero honesta y útilmente en el puesto de director de la biblioteca municipal madrileña.

De sus ocios de director de dicha biblioteca ha resultado, indudablemente, *Reyes, favoritos y validos*.

Es un libro, ante todo, amenísimo, a pesar de la erudición de que rebose, y la amenidad no excluye en él la buena forma literaria y la copiosa información histórica.

Es, además, un libro valiente. Las alusiones, más o menos directas—casi siempre más—a la familia real española, son frecuentes y sangrientas.

Toda la podre de las monarquías en general y de la española en particular, es expuesta a la vergüenza pública con crudeza absoluta, no velada por consideración alguna.

El estilo es llano y sencillo, como que se trata de una obra de vulgarización destinada al gran público; pero a veces adquiere, por la misma magnitud del asunto, un tono de grandilocuencia que no resulta nunca ridículo.

CARLOS C. MALAGARRIGA.

FILOSOFIA Y PSICOLOGIA

Horacio G. Piñero

El mejor homenaje que podemos rendir a los muertos es decir sin embages la verdad acerca de sus méritos reales. No nos solidarizamos, de nuestra parte, con esa crítica complaciente y desquiciadora, propia de caballeros de salón y no de hombres estudiosos, que inventa cualidades excepcionales, a modo de corona laudatoria, que resulta de huecos oropeles, en torno a todo ser que baja a la tumba.

No pretendemos con estas palabras preliminares desconocer las virtudes que han adornado al Dr. Piñero. Acaso la más destacada fué la de ser un activísimo y ejemplar administrador como lo probó en su pasaje por la Asistencia Pública. Pero esta faz no nos interesa aquí. Lo que mueve nuestro comentario es el Piñero pensador y profesor.

Como pensador careció de originalidad y no logró dar un sello propio a la exposición y divulgación del pensamiento ajeno. Los trabajos que deja escritos son de valor muy reducido en cuanto a su contenido, y en cuanto a la forma se resienten de ausencia de método en la exposición y de una redacción imprecisa, hinchada, ampulosa.

Con frecuencia decía Piñero en sus clases: "nosotros los fisiólogos", "nosotros los psicólogos". Y Piñero, ciertamente, no fué fisiólogo ni psicólogo, aunque enseñara fisiología y psicología. Entusiasta de la enseñanza experimental para nadie es un misterio que Piñero nunca hizo un experimento con sus propias manos. Con todo — y esto no deja de ser un mérito — fué el primero en introducir al país un laboratorio de psicología; amplió, considerablemente, el de fisiología, donde los instrumentos traídos por Piñero facilitaron la formación de verdaderos fisiólogos, como el Dr. Houssay — que cuenta en su haber con investigaciones propias de valer—y como el doctor Soler.

En psicología Piñero atribuyó excesiva importancia a la técnica experimental y al método clínico, confundiendo la psicología fisiológica y médica con la verdadera psicología, que encuentra su base más amplia en el método de observación y en el genético. Enseñó, pues, una psicología mutilada y muy estrecha, reduciendo el edificio entero de la psicología a dos modestos compartimentos.

Aquel profesor, fanático del experimento por encima de todo — y es preciso no confundir experimento con experiencia — que no se convencía de la actividad refleja de una rana hasta no provocarla, irritándola con un estimulante mecánico o químico, rechazaba la explicación físico-química de la vida y pregonaba un vago o inconcretable "vitalismo", abandonado hace tiempo por insubstancial y tendencioso en Europa, y solamente defendido por alguno que otro fisiólogo como Grasset, jefe de la escuela de Montpellier, que recoge, como un tesoro sagrado, varias centurias de tradición católica. Hablaba, también, de las "reconfortaciones de la fe" y al explicar los fenómenos fisiológicos superiores echaba mano del famoso polígono de Grasset, con su célebre y migratorio centro O, ridiculizado en Francia por todos los psicólogos. Ese polígono, a pesar de la precisión geométrica de sus líneas, explicaba harto fácilmente los más arduos problemas que es como no explicar ninguno, escamoteando a todos. Veinte generaciones argentinas, bajo la dirección de Piñero, han sido educadas en la estéril logomaquia del polígono de Grasset, especie de áncora de salvación para los hombres que buscan compromisos entre la ciencia y la fe y que no se resignan a sacrificar un homenaje a las convicciones científicas las supersticiones del gran mundo.

Una como innata y desbordada vocación oratoria transformaba las lecciones de Piñero en largos discursos o mejor dicho en torrentes o en cascadas de palabras, sin que faltaran ni la hinclazón de la voz ni la gesticulación abundante. Esmaltaba el discurso, de trecho en trecho, con largas citas de autores cuyos nombres anotaba en la pizarra, haciendo gala de una erudición de catálogo de librería, como si quisiera deslumbrar y anonadar a su auditorio de gente sencilla y perecedera. El alumno no requiere profesores que le hablen desde una montaña o desde un tablado. Requiere profesores que se le acerquen y le guíen intelectualmente, como un amigo afable o como

un hermano mayor que ha tenido ocasión y tiempo de aprender mejor una ciencia en cuyas verdades le ilustra sin aparatosidades.

En medio de todo nos apresuramos a reconocer el gran entusiasmo, el fuerte cariño — y esto en nuestro medio burocratizado no es poco — que Piñero ponía en sus lecciones. Sus clases eran de las más concurridas en las dos facultades en que profesaba. Y no obstante lo que llevamos dicho y que en veinte años casi no renovó su programa, como si repitiera constantemente la misma serie de clisés, se contaba a Piñero entre el pequeño núcleo de los profesores estimados en nuestra Universidad, donde el tipo del maestro no existe y donde el buen profesor es un ave rara.

Al irse para siempre, prematuramente, deja en el mundo de los recuerdos las huellas de un sano entusiasmo y de una generosa exaltación por la enseñanza.

En torno de la metafísica—Su posible renovación según Ingenieros, por Armando Donoso. - Un folleto de 52 pág. - Santiago de Chile, 1918.

En un elegante folleto el escritor Armando Donoso, ventajosamente conocido y apreciado en nuestro medio, estudia, en concepto altamente honrosos para Ingenieros, las "*Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*", que nosotros ya hemos analizado en estas mismas páginas. Donoso acepta y apoya esos proposiciones en las que advierte la posibilidad de una fecunda renovación metafísica.

Termina con estas reflexiones: "¿Qué interés puede tener para la filosofía científica una renovación de la metafísica en el sentido en que lo intenta, con laudable acierto, José Ingenieros? ¿Espaciar acaso el horizonte del conocimiento lógico, recurriendo a probabilidades hipotéticas que no sólo no contraríen los resultados de la ciencia sino que sean al mismo tiempo una anticipación de ella? ¿Qué se habría avanzado en el problema del conocimiento? Si el único criterio de la verdad debe consistir solamente en la verificación experimental ¿por qué desvivirse por otros resultados que no sean los de la experiencia?"

Sin embargo, y a pesar de todo, tienen razón quienes como Ingenieros no se contentan con los solos resultados de la experiencia en sus búsquedas especulativas, ya que existe algo

más que la simple verificación inmediata cuando se va tras de la verdad. El filósofo procura llegar más lejos, queriendo conocer la propia naturaleza de cuanto origina sus afanes, y las condiciones de la verdad misma. Y en esta parte se justifica ya toda posibilidad metafísica y toda aspiración lógica, pues si el conocimiento de la verdad constituye la base de la filosofía, el estudio de los medios y de los principios que han hecho posible tal conocimiento no son menos fundamentales.

Mientras el control experimental no sea completo, no sólo por insuficiencia momentánea de los métodos científicos, sino que porque la posibilidad experiencial será siempre menos que la variabilidad de los principios que rigen el mundo físico, se hará necesario el conocimiento hipotético de los problemas últimos, que seguirán siendo objeto de constantes aproximaciones de la filosofía; lo cual justifica la disciplina del razonamiento metafísico y su necesaria renovación al tratar aquellos problemas que excedan los dominios de la experiencia.

Mucho dista tal concepción de la metafísica de la que intentaron los filósofos clásicos, ya que ésta no pasa de ser más que una aproximación hacia las posibilidades lógicas de las ciencias, ni más ni menos que el cálculo matemático, forma de anticipación racional que puede ser ratificada por la experiencia en sus ulteriores verificaciones."

Psicología y Ciencia: Educación—La obra y la reforma universitaria ante la Filosofía—Ensayo-proemio por el doctor *Antonio Vidal*, profesor en la Universidad y en las escuelas normales.—Un folleto de 48 pág. Buenos Aires, 1918.

Más obscuro que Heráclito y más impenetrable que Kant este delicioso folleto del doctor Antonio Vidal, en el que se termina reclamando una "*ciencia-macho*", es un admirable espécimen de esa literatura "en difícil" que suele cultivar cierta casta de hombres privilegiados por la naturaleza, que exhalan puro néctar científico por todos los poros.

Adivinamos que este trabajo contiene sesudas y hondas reflexiones, cuya exégesis veraz nos podrá dar algún genio de frente iluminada por un resplandor de inmortalidad, para quien parece ex-profeso escrito. Simple y mediocre mortal ¿cómo osaré penetrar en los profundos arcanos encerrados en las cuarenta y ocho preciosas páginas de este folleto?

LIBROS VARIOS

Minúsculo. Versi di Manuel González Prada, tradotti in versi italiani da Folco Testena, con un preludio di Clara Bistoni. Biblioteca dell' "Italia del Popolo". N.º 3. Buenos Aires, 1919.

Folco Testena no es sólo un periodista ardiente y vibrante, de rara originalidad, sino también un diestro artífice del verso. Sus conocidas versiones de todos los mejores poetas jóvenes argentinos, entre las cuales merecen ser particularmente recordadas, la versión completa del *Espejo de la Fuente*, de Arrieta, y las de *Melpómene* y *El Poema de Nenúfar*, de Capdevila; su arriesgada empresa de traducir el *Martín Fierro*, realizada con no poca fortuna, a juzgar por las partes que de dicha traducción conocemos—, todo ello nos muestra al talentoso poeta italiano empeñado en una obra que nos es profundamente grata. Ahora nos ofrece Folco Testena la traducción de un librito de versos, *Minúsculas*, del ilustre escritor peruano Manuel González Prada, fallecido el año pasado. Hemos leído este pequeño volumen de versos italianos, *Minúscule*, con interés y placer. No hemos podido compararlo con el original, porque no lo conocemos. (¡Qué lejos estamos del Perú!) Sabemos, sin embargo, y fácil es verlo a través de esta versión, que si fué González Prada uno de los más valientes campeones de la democracia liberal de América, alma rebelde, orador magnífico, crítico tan rico de cultura como de ideas, satírico terrible, prosista insigne y libre, no manifestó como poeta aquella genialidad que resplandece en el orador, el crítico y el satírico. Pero fué un buen poeta, original, renovador, conceptuoso y elegante. No podríamos ahondar el análisis, por la razón ya expresada; aunque sí podemos decir que ha compuesto Testena un volumen de poesías ágiles de ritmo, vivaces (son delicadísimos y dignos de estudio, sobre todo los "trioletts", las baladas

y los rondeles) y siempre nobles por el pensamiento y la expresión.

Curiosidades de la guerra por *Alejandro Sux*. Ediciones literarias. Paris.

El periodista argentino Alejandro Sux, corresponsal de *La Prensa* en Europa, ha publicado en un volumen, la primera colección de artículos que en calidad de enviado especial al frente, envió a nuestro gran diario bajo el título común de "Lo que se ignora de la guerra".

El joven escritor nos muestra en este libro muchos aspectos y escenas de la catástrofe, poco conocidos, sin aparente importancia o ignorados; y preferentemente describe en sobrias notas, la vida de la retaguardia, de la Francia laboriosa y serena que entre innumerables y terribles padecimientos ha sabido sostener heroicamente la fuerza, el valor, la confianza de sus soldados. Constituyen por tanto una útil información, aunque modesta, estas *Curiosidades de la guerra*.

Obras de la Avellaneda. Edición Nacional del Centenario. Tomo IV. *Novelas y Leyendas*. Habana, 1914.

Ha llegado a nuestra redacción, aunque no completa, la edición de las *Obras de Avellaneda* que el gobierno de Cuba ha mandado imprimir con motivo del Centenario de la ilustre poetisa, que con su vasta obra en prosa y verso, honró a la vez a su patria de origen y a España. Acabamos de recibir el cuarto tomo, el cual como el segundo, que nos llegó el año pasado, lleva la fecha de 1914, primer centenario del nacimiento de la poetisa. Ambos son voluminosos y están muy bien impresos en excelente papel. El último trae las novelas y leyendas que escribió doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, naturalmente de inspiración y factura románticas, a saber: "El artista barquero o los cuatro cinco de junio", "Espatolino", "Dolores" y "Sab". En total 541 páginas. El segundo comprendía las obras dramáticas (638 páginas).

Por no habernos llegado el primer tomo, nos es imposible dar mayores noticias al lector, respecto al carácter que tiene esta edición nacional, su plan, los tomos que habrán de componerla, etc.

La moral de Ulises por José Ingenieros. Ediciones Selectas "América". Cuadernos mensuales de Letras y Ciencias.—Nº. 2.

Bajo la dirección de don Samuel Glusberg han comenzado a publicarse en esta capital, unos pequeños cuadernos de letras y ciencias que llevan por título *Ediciones Selectas América* y se proponen contribuir a difundir el pensamiento y el arte del continente, dando a luz todos los meses una monografía o ensayo o colección de artículos o de versos de algún escritor americano. En el primer cuaderno apareció un *Florilegio* de Amado Nervo; el segundo trae una monografía de José Ingenieros, titulada *La moral de Ulises*. Como todos los ensayos menores del conocido pensador y escritor argentino, éste es de interesante y entretenida lectura. Trata en él el autor de *El hombre mediocre* un asunto en que su destreza de psicólogo y afares de moralista hallan una vez más ocasión propicia para manifestarse con lucimiento. *La moral de Ulises* es la simulación, el engaño, el fraude. . . El héroe homérico es tomado en este ensayo como tipo representativo de todos cuantos "acostumbran vivir de la mentira, de la hipocresía, de la simulación: del Fraude en sus mil formas"; inmensa cohorte de caracteres falsos que son su progenie. Como tal, como inmoral maestro de mendacidad, lo estudia Ingenieros en los poemas homéricos y a la luz de los trágicos y moralistas griegos, destacando hábilmente sus rasgos indignos y dejando en la sombra, fuerza es reconocerlo, aquellos que tanta admiración y simpatía le han ganado justicieramente al divino hijo de Laertes. En un capítulo final, rotulado "Del Fraude a la Sinceridad", anota Ingenieros sobriamente sus conclusiones morales, y en él, con fe optimista, afirma la posibilidad de un porvenir mejor; que la solidaridad y la justicia pueden elevar el nivel moral de los hombres; que la moralidad humana es perfectamente perfectible, y que la moral del fraude irá cediendo su primacía a la moral de la sinceridad.

—El tercer número de las ediciones *América*, publica unas interesantes páginas de Almafuerte, bajo el título común de *Espigas*.

Otros libros y folletos recibidos:

ARGIA. — Contribución al estudio histórico del Teatro Argentino, por Alfonso Corti. Edición de la *Revista de la Universidad*. Buenos Aires, 1918.

LA CULTURA UNIVERSITARIA EN LA PRENSA. — Apuntes presentados al primer Congreso de Estudiantes Universitarios realizado en Córdoba, Julio de 1918, por Dardo A. Rietti. Córdoba, 1918.

TIERRA VIRGEN, por Gabriele D'Annunzio. — *Ediciones Mínimas*. — Cuadernos mensuales de Ciencias y Letras. Director: Leopoldo Durán. N.º 33. Buenos Aires, 1918.

EL JARDÍN DE LAS CARICIAS, por Franz Toussaint. Versión castellana de Roberto Guibourg. *Ediciones Mínimas*. Números 34 - 35. Buenos Aires, 1918.

POEMAS, de Guillermo Valencia. *Ediciones Mínimas*. N.º 36. Buenos Aires, 1918.

ALGUNOS PROCEDIMIENTOS PRÁCTICOS DE BIOPSIA, por el doctor Salvador Mazza. — (De la Revista de la *Sanidad Militar*, N.º 5 — Año 1917). Buenos Aires, 1918.

LA OBRA DE ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN, por J. A. Galvariato, director de "Revista Jurídica" y de "Vida Económica". — Madrid, M. C. M. XVIII.

LA SEPARACIÓN JUDICIAL DE BIENES EN LA DISOLUCIÓN DE LA SOCIEDAD CONYUGAL, por Ernesto Quesada, fiscal de cámara. Buenos Aires, 1918.

LA PERSONALIDAD DE CARLOS GUIDO Y SPANO, por Ernesto Quesada. — (Extracto de la Revista NOSOTROS. Año XII. Número 114. — Octubre, 1918). Buenos Aires, 1918.

EL DÍA DE LA RAZA Y SU SIGNIFICADO EN HISPANO-AMÉRICA, por Ernesto Quesada. — (Extracto de *Verbum*, Año XII. Tomo 46). Buenos Aires, 1918.

LES TRAITÉS DE 1831 ET DE 1839, par Trévire et Nervien. — *Les Cahiers belges*. Números 19-21. — Bruxelles et Paris. G. Van Oest et Cie., éditeurs. 1918.

LA QUESTION AFRICAINE, par le Baron Beyens, ancien ministre de Belgique a Berlin. — (*Le Portugal*. — *L'état indépendant du Congo*. — *Le Congo Belge*. — *L'avenir de L'Afrique*). Bruxelles et Paris. G. Van Oest et Cie., éditeurs. — 1918.

CONSIDÉRATION POLITIQUES SUR LA DÉFENSE DE LA MEUSE, par Emile Banning. (Mémoire rédigée en 1881-1886). — *Réédité avec un Avant-Propos et une Introduction sur la vie et les idées politiques d'Emile Banning et sur sa conception de l'indépendance de la Belgique*, par Historicus. — Bruxelles et Paris. — G. Van Oest et Cie., éditeurs. 1918.

EL GOLFO DE FONSECA EN EL DERECHO PÚBLICO CENTRO-AMERICANO. LA DOCTRINA MELÉNDEZ. Por el doctor Salvador Rodríguez González. San Salvador, Imprenta Nacional, 1917.

CHILE Y PERÚ. — *Comentarios a la Nota de la Cancillería Chilena*. Publicada en "La Nación" el 9 de Diciembre de 1918. — Buenos Aires, 1918.

LA FUNCIÓN SOCIAL DE LAS UNIVERSIDADES LIBRES, por Ernesto Nelson. — Prólogo de Rafael Roisman. — Biblioteca Popular de la Universidad Libre Israel. — Buenos Aires, 1918.

IDEALES VIEJOS E IDEALES NUEVOS, por José Ingenieros. — Biblioteca Popular de la Universidad Libre Israel. — Buenos Aires, 1918.

LA VIDA INTIMA DE CÉSAR LOMBROSO, por Juan José de Soiza Reilly. Biblioteca Popular de la Universidad Libre Israel. Buenos Aires, 1918.

PRIMER CONGRESO DE EXPANSIÓN ECONÓMICA Y ENSEÑANZA COMERCIAL AMERICANO A CELEBRARSE EN MONTEVIDEO, DEL 29 DE ENERO AL 5 DE FEBRERO DE 1919. Montevideo, 1918.

EL ALMIRANTE DON MANUEL BLANCO ENCALADA, por Benjamín Vicuña Mackenna. — (Contiene este volumen además la *Correspondencia de Blanco Encalada y otros chilenos eminentes con el Libertador*). — Biblioteca de la Juventud Hispano-Americana. Editorial-América. Madrid.

LOS ÚLTIMOS VIRREYES DE NUEVA GRANADA. — *Relación de mando del Virrey don Francisco Montalvo y noticias del Virrey Sámano sobre la pérdida del reino (1803-1819)*. — Biblioteca de la Juventud Hispano-Americana. Editorial-América. — Madrid.

LA JUSTICIA EN EL EJÉRCITO. LA REFORMA DEL CÓDIGO, por el doctor Alfredo L. Palacios. Anexo de la Revista Militar número 1. Septiembre, 1918. Buenos Aires, 1918.

TEMAS, por Félix R. Escobio. Buenos Aires, 1918.

LA LUCHA CONTRA EL ALCOHOLISMO Y EL SUFRAGIO FEMENINO, por la doctora Paulina Luisi. (De la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Año VIII, T. XVI). Buenos Aires, 1918.

SOBRE LA MAYOR EFICACIA DE LA VACUNACIÓN ANTITÍFICA A ALTAS DOSIS. La actual vacuna de la Sanidad Militar Argentina. Las lipo-vacunas de Le Moignic y Pinoy, por el doctor Salvador Mazza. Extracto de lo publicado en *La Prensa*

Médica Argentina el 10 de noviembre de 1918. Buenos Aires.

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DEL BACCHARIS CORIDIFOLIA (D. C.) — Tesis presentada para optar al título de doctor en Química, por Víctor Arreguine (hijo).—Buenos Aires, 1918.

ORTOGRAFÍA CASTELLANA, escrita por Marco A. Hoyos. Segunda edición. Manizales. Colombia, 1918.

LA REVOLUCIÓN SOCIAL Y EL MAXIMALISMO, por A. Mariano Ferrari. Buenos Aires, 1919 (folleto).

LA NOSTRA GUERRA. 24 Maggio 1915 - 4 Novembre 1918. *Storia della guerra d'Italia*. Supplemento del giornale *L'Italia del Popolo*.

PRÁCTICAS PARLAMENTARIAS. *Las Asambleas Legislativas*. Tomo III. Por Vicente Pardo Suárez. Habana, 1918.

DERECHO FORAL. *Biskaya*. Por Tomás Otaegui. Buenos Aires.

ASOCIACIÓN WAGNERIANA DE BUENOS AIRES. Memoria y Balance, correspondientes al año 1918.

VIBRACIONES DE LA PATRIA, por Jesús de Sarría. Editorial Vasca. Bilbao, 1918 (folleto).

LA CUESTIÓN CHILENO - PERUANA. — 1: Una circular del Ministro de Relaciones del Perú, don Francisco Tudela. 2: Respuesta del Ministro de Relaciones de Chile, don Luis Barros Borgoño. Santiago de Chile, 1919.

LO QUE ES ALEMANIA. N.º 7. LA ACCIÓN SOCIAL OBRERA EN ALEMANIA, por Robert Schmidt, miembro del Parlamento Alemán; J. Giesberts, secretario del Partido Obrero. Cuarta edición. Unión de Libreros Alemanes. Buenos Aires, 1918.

EN CAMINO HACIA LA DEMOCRACIA, por Alberto J. Pani, secretario de industria, comercio y trabajo. Poder ejecutivo federal. México, 1918.

UNA ENCUESTA SOBRE EDUCACIÓN POPULAR, por Alberto J. Pani, con la colaboración de numerosos especialistas nacionales y extranjeros y conclusiones finales. Poder Ejecutivo Nacional. México, 1918.

BIBLIOTECA "FRANCISCO BILBAO". Publicación mensual. Director: Angel M. Giménez. Buenos Aires. Han aparecido hasta ahora: I. Angel M. Giménez: *De la época de Rosas. — Restauración de la Compañía de Jesús*. (1836). II. Domingo F. Sarmiento: *La escuela sin la Religión de mi mujer*. III. Miguel L. Amunátegui: *La encíclica de León XII contra la independencia*

NOSOTROS

de la América Española. IV. Francisco Bilbao: *La cuestión religiosa. El enemigo*. V. E. Cambaceres: *El estado no tiene religión, ni costea culto alguno*. VI. D. F. Sarmiento: *El incendio del Salvador. La Compañía de Jesús ante la Constitución*.

LA REVOLUCIÓN RUSA Y LA VERDAD DEL MAXIMALISMO, por el Dr. Antonio de Tomaso, diputado nacional (folleto). Buenos Aires, 1919.

ORIENTACIONES PERIODÍSTICAS. — DON MANUEL J. CALLE. Ensayo por Alejandro Andrade Coello. Quito, 1919.

CENTRO AMÉRICA. Organo de Publicidad de la oficina Internacional Centro-América. Enero a Setiembre de 1918. Vol X. N.os 1, 2, y 3. Ciudad de Guatemala.

LA FRANCE HÉROIQUE DANS SA MUSIQUE MILITAIRE, GUERRIÈRE ET PATRIOTIQUE. — Guillermo M. Tomas. — Editada por la Comisión Nacional Cubana de Propaganda por la guerra y de auxilio a sus víctimas. La Havane, 1918.

POESÍAS de los señores Gustavo Sánchez Galarraga y Miguel E. Oliva y Padró, premiadas en el concurso patrocinado por esta comisión y organizado por la Academia Nacional de Artes y Letras. — Com. Nac. Cub., etc. Habana, Octubre, 1918.

HIMNO A LA LIBERTAD — CANTO DE LIBERTAD (Marcha patriótica). Por Eduardo Sánchez de Fuentes y Guillermo M. Tomás. Premiados en el Concurso celebrado por la Comisión Nac. Cub., etc. Habana (Con sus correspondientes arreglos para bandas.)

SOCIALISMO POLÍTICO. SOCIALISMO OBRERO. (Cartas a un socialista). Por el Dr. Bartolomé Bosio. Biblioteca de "La Acción Obrera". Vol. V. Buenos Aires, 1919. (folleto).

X. X.

NOTA. — Nos es imposible dar noticia en este número de todos los libros y folletos últimamente recibidos. Continuaremos en el próximo.

NOTAS Y COMENTARIOS

Amado Nervo.

Amado Nervo, el dulce y hondo poeta mejicano, cuya venida a Buenos Aires anunciamos meses atrás regocijados, está por fin entre nosotros. Aunque esta revista no rinde homenaje sino a los embajadores de la libérrima república del arte, le es grato saludar en Nervo también al diplomático de la gran república hispano-americana del norte. Buena diplomacia es ésta, y con ella no habría tanto malentendido entre las naciones.

Nosotros, en fraternal unión con *Ideas* y la *Revista de Filosofía*, ofrecerá el 8 de Abril a Amado Nervo, una comida. Será ésta sin duda una fiesta intelectual de las que dejan duradera memoria.

"El Mercurio" de Santiago y "Nosotros".

Tenemos por costumbre no reproducir lo que de NOSOTROS se escribe en la República y en el exterior. Los juicios muy favorables que sobre NOSOTROS se vierten de continuo en las publicaciones americanas, españolas y francesas; las frecuentes reproducciones de que son objetos nuestros artículos, nos dicen elocuentemente cuánta autoridad ha logrado conquistarse esta revista en el extranjero con sus doce años de existencia no infructuosos para el acrecentamiento de la cultura argentina. No solemos hacer mención casi nunca de este creciente éxito y prestigio que nos enorgullece; hemos de hacer hoy, sin embargo, una excepción.

El primer diario de Chile, *El Mercurio*, en su suplemento ilustrado al número del 2 de Marzo, ha honrado a NOSOTROS y a sus directores con un artículo escrito por el ilustre es-

critor Armando Donoso, titulado *Dos escritores argentinos*, al cual no podríamos pasar por alto sin manifiesta descortesía.

No reproduciremos lo que el crítico dice de la labor personal realizada por ambos directores de Nosotros. La noble simpatía con que el crítico la juzga, nos veda la reproducción en estas páginas. Pero sí, queremos transcribir lo que de la revista dice: "que es, por el momento, una de las expresiones más interesantes de la cultura argentina"; "que representa una labor admirable y un esfuerzo único en nuestra América donde, generalmente, las revistas viven lo que las rosas".

Mucho agradecemos al decano de la prensa chilena, esta demostración de simpatía y estimación realmente honrosa.

Letras Americanas.

El creciente número de libros que recibimos de las demás repúblicas americanas, nos obliga a confiar a dos colaboradores la tarea de informar sobre ellos en la sección correspondiente. Acompañará desde ahora en dicha tarea, a Arturo Lagorio, el doctor Luis Pascarella. Distinguido universitario, que es también un hombre de letras, Luis Pascarella ha publicado recientemente una novela, *El Conventillo*, acogida con aplauso por la crítica: en ella muestra, y otros trabajos suyos que vieron la luz en Nosotros asimismo lo declaran, que su concepto del arte no está desvinculado del concepto de su función social, y ello, lo confesamos, nos es grato. No nos cabe duda que los escritores de América que nos envíen sus libros, hallarán en el crítico un comentador bien orientado y sereno, y los lectores de Nosotros, una información práctica e imparcial sobre las letras americanas.

"Revista de Filosofía".

Los tiempos no son ya los dormidos años en que nuestra juventud intelectual no tenía ni vivo entusiasmo ni orientación alguna: de esto hace apenas dos lustros. Frescas corrientes ideales están fecundando la tierra y para todos ha llegado la hora de decir su palabra y tomar su posición ante los problemas que plantea esta tremenda crisis de nuestra civilización. La *Revista de Filosofía* que dirige José Ingenieros y que es repre-

sentativo órgano del pensamiento argentino, tampoco ha querido mantenerse ajena a esta discusión de todos los valores sociales, como que es revista de "cultura" y de "educación"; y en tal sentido ha bajado también a la arena a combatir por la causa del futuro, que esperamos sea la de una mayor justicia para todos. El último número de la *Revista de Filosofía* trae a este propósito una amplia sección referente a los "Problemas de la hora presente", en la cual son reproducidos como documentos significativos de los días que corren, éstos: *La Paz Internacional y el Derecho de las Naciones*, discurso de Joaquín V. González; *La huelga sangrienta*, editorial de NOSOTROS; *La reacción antisemita*, por Leopoldo Lugones y José Ingenieros; y un manifiesto de la "Asociación de Sociedades Culturales".

Ciertamente es grato al corazón ver que todos están en su puesto, y nos complace asimismo saber que las palabras de la dirección de NOSOTROS no son consideradas ni ociosas ni perjudiciales.

De esto tenemos una confirmación más en las muchas cartas de felicitación recibidas con motivo de nuestro citado editorial, y suscritas por distinguidísimos escritores y universitarios.

"Martín Fierro".

Es aquí de todos sentida la necesidad de un periódico que con entera independencia de nuestros partidos políticos, y con mayor razón por completo ajeno a los intereses de camarilla, afronte con valentía, sin preocupaciones comerciales ni pequeños escrúpulos tradicionales, el problema moral, político y social de la República. Alguien dirá: como la revista *España*, de Madrid. Ni afirmamos ni negamos. O eso u otra cosa, pero si se necesita un periódico que viva del espíritu del tiempo, que es espíritu de renovación heroica. Publicación que tiene que ser obra de jóvenes; publicación que en nuestro ambiente necesitará emplear, acaso como en pocos, las armas de la sátira.

Promete llenar esta necesidad, la publicación quincenal *Martín Fierro*, cuyo primer número apareció el 15 de Marzo. Días antes ya circulaban por la ciudad unos papelitos muy originales, anunciando la inminente aparición. Vale la pena copiar algunos de ellos. Por ejemplo: "Si en su modesta opinión, las ideas se deben combatir a palos, no lea *Martín Fierro*". Otro:

“Si en Enero de 1919 fué usted guardia blanca, no lea *Martín Fierro*”. Otros: “Si usted cree que el comisario siempre tiene razón, no lea *Martín Fierro*”. “Si usted cree que Botafogo es una gloria nacional, no lea *Martín Fierro*” “Si usted es un muchacho que rompe espejos en el *cabaret* y estafa a la lavandera, no lea *Martín Fierro*”. “Si usted cree que para terminar una huelga de ebanistas, es necesario apelar a un general de artillería, no lea *Martín Fierro*”.

Como se ve, estos intencionados anuncios constituían ya todo un programa.

Este no ha sido desdicho por el primer número, al contrario; sin embargo, esperamos un mayor esfuerzo de los valerosos e ingeniosos redactores de la simpática publicación, a la cual deseamos larga existencia y muchos lectores, cosas ambas las cuales significarían que su predicación juvenil, de la que el descontento es el acicate, la risa el arma y la corrección del ambiente palabrero y sin ideales el fin — no habrá sido inútil.

Hay afiladas plumas en *Martín Fierro*: cuanto más corten, mejor habrán sido empleadas. Y que los graves problemas de la nación y del mundo no les sean indiferentes. Todo por el bien de la República.

“América Latina”.

En 1914, en los primeros meses de la guerra, un inteligente periodista, Benjamín Barrios, fundó en París una revista ilustrada escrita en idioma castellano y titulada *América Latina*, destinada a mostrar al público de lengua española los aspectos palpitantes de la trascendental contienda, y a iluminarlo y orientarlo con respecto a las fuerzas en lucha y el significado y carácter de cada una de ellas. Ciertamente *América Latina*, que ha alcanzado una difusión no común entre las revistas, prestó durante aquellos cuatro inolvidables años de la tragedia un útil servicio de esclarecimiento y propaganda a la causa que los aliados defendían. Como que nunca a sus números les faltó interés y generosa elocuencia; como que siempre estuvieron ampliamente documentados y tuvieron el apoyo y la colaboración de los más eminentes estadistas, pensadores y escritores de Europa, quienes la honraron con sus autógrafos. Sobre todo fueron ex-

cepcionales sus hermosos números especiales publicados en cada aniversario de la guerra.

Ahora que ésta se ha concluído, los directores de *América Latina* que actualmente son Benjamín Barrios y Ventura García Calderón, han resuelto transformar la revista en un instrumento de paz y acercamiento entre los pueblos del viejo y nuevo continente. "Hemos decidido reorganizarla por entero, nos dicen sus directores, para conceder mayor importancia en sus columnas a la vida intelectual, social y económica de nuestras repúblicas". Quieren, en una palabra, convertirla en la revista representativa del continente americano en Europa, y en tal sentido han elaborado un notable programa que ya está en vías de realización en los últimos números aparecidos.

A los escritores de América corresponde ahora colaborar en la obra común a que han sido invitados por periodistas de tanta autoridad y responsabilidad como Barrios y V. García Calderón, a fin de que la excelente empresa rinda todos los frutos que de ella pueden y deben esperarse.

"Plus Ultra".

Ha cumplido tres años de existencia la revista *Plus Ultra*. Es notorio que ella representa hasta la fecha el mayor esfuerzo realizado en el país en materia de revistas ilustradas. Algunas de las páginas de *Plus Ultra* son verdaderas páginas de arte, regalo de los ojos y del espíritu. Es *Plus Ultra* una publicación de las que merecen ser coleccionadas. Presentada con elegancia, dibujada con gracia, nítidamente impresa, rica en fotografías artísticas, considerada desde el punto de vista gráfico es excelente.

Nos es grato saludarla con simpatía de colegas no tan ricamente vestidos, en este su tercer aniversario.

"Vida nuestra".

La revista israelita *Vida Nuestra* ha llevado a cabo, con todo éxito, en sus números 7, 8 y 9, una interesante encuesta sobre los trágicos sucesos de Enero y la parte que en ellos cupo a los judíos aquí residentes. Todas las respuestas, que han sido muchas y algunas muy autorizadas, condenan, como no

podía esperarse otra cosa, los desmanes de aquellos días y proclaman la verdadera doctrina argentina en materia de hospitalidad. Han contestado hasta ahora: L. Lugones, A. L. Palacios, R. Rivarola, J. González Castillo, A. A. Bianchi, H. P. Blomberg, Folco Testena, E. Guibourg, R. F. Giusti, J. L. Alberti, M. Loreiro Gómez, E. Mouchet, E. Herrero Ducloux, F. A. Gutiérrez, general Luis J. Dellepiane, O. Magnasco, N. Piñero, J. Ingenieros, C. Ibarguren, E. Nelson, M. A. Barrenechea, A. Capdevila, E. Berisso, J. P. Ramos, A. Storni, J. P. Calou, C. D. Viale, R. P. Díaz, J. Pallarés Acebal, V. Mercante, R. Rojas, M. Bravo, E. F. Barros, J. Santos Gollán (hijo), A. Colmo, A. Melián Lafinur, C. Muzzio Sáenz Peña, E. de la Guardia, N. Coronado, general A. M. Lugones, H. Dobranich, V. Raffinetti, A. Lagorio, J. A. Quirno Costa, E. J. Bullrich (hijo), F. de Aparicio, A. de la Mota, J. Llanos, A. A. Soldano, J. Cruz Ghio y G. Coria Peñaloza. En el próximo número de *Vida Israelita* quedará cerrada la encuesta.

NOSOTROS.
